

VIRUS INHUMANO

LOUIS CHARBONNEAU



LA INVASIÓN INVISIBLE



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



LA INVASIÓN INVISIBLE

Louis Charbonneau

Título original: *Corpus Earthling*
Traducción: Mª A. Roura y R. Orta Manzano
Editorial Cenit, 1961

I

Aquello volvió... el sueño dentro de un sueño, la mente extraña dentro de la enfermiza mente. Ahogándome en el traicionero remolino al borde del sueño, luché por alcanzar la firme realidad de la consciencia, por despertar, pero de nuevo me sentí sorbido, hundido lentamente en el horror de la pesadilla...

Estaba en una solitaria franja de playa, en una noche azul, la arena brillaba blanca contra la oscuridad, negra como la tinta, del cielo y del agua. Las olas llegaban y rompían a mis pies en ruidosa confusión. Más allá de la faja de arena, estaban agrupadas las pequeñas formas oscuras de las casas remolque. Pero mis ojos estaban fijos en la figura que se mantenía alejada más arriba de la playa, y un terror desconocido se pegó a mi nuca como un peludo animal de múltiples brazos.

—¡No!

El viento arrebató de mis labios el grito de protesta y lo desgarró en pequeños fragmentos de sonido.

Y la extraña mente habló a mi oído, en el interior de mi cerebro, pero sin provenir de él, murmurando una insinuación:

—¡Ahógate! —urgió—. ¡Ahógate!

No me moví. Mis piernas parecían haber echado raíces en la arena. La voz habló otra vez, enérgica, imponiéndose aún más.

—¡Camina! ¡Ahora! ¡Entra en el agua!

Me mantuve en pie, resistiendo el terrorífico poder de la voz. La figura en lo alto de la playa parecía más cercana, semiborrada por el viento que hacía saltar lágrimas a mis ojos. Me sentía atado al suelo y mi cuerpo se curvaba como si un ventarrón lo zarandease de un lado a otro. Mis piernas .empezaron a temblar sin control. La orden me :martilleó con implacable presión, llenando mi mente y borrando toda conciencia, salvo las retumbantes ¿palabras, abrumándome con su brutal fuerza.

Y adelanté un pie. Di un paso. Torpemente, rígido como un robot que levantara sus piernas. Luché para que mi cuerpo obedeciese la protesta de mi propia voluntad.

—¡No! ¡Alto! ¡No te mueves! —me dije.

Pero el grito de resistencia fue borrado por la orden que surgió en mi cerebro.

—¡Anda! ¡Anda! ¡Anda!

Los pies se resistieron, arrastrándose por la blanca arena. Luego, la comprimida superficie húmeda, las oscuras huellas, y la fría espuma azotó mi cara; el agua se arremolinó alrededor de mis tobillos, y retrocedió por la

húmeda pendiente marrón. Confusa, empujado por la irresistible fuerza, cada paso era un penoso conflicto que estremecía mi cuerpo. Lancé una furiosa mirada hacia la figura de la playa. Más cercana ahora... mucho más cercana. Aproximándose para el ataque final. Y sentí odio, un rabioso y desesperado odio, mezclado con terror.

Una ola reventó delante de mí como un latigazo. La espumeante cresta saltó y cayó en torno a mí, lamiéndome las rodillas. Por un momento, intenté pararme. Pude notar cómo el tejido de mis vestidos mojados se pegaba a mis piernas.

Luché otra vez y perdí.

Anda. Baja. Un paso, luego otro. El agua me llegaba a la cintura, entumeciéndome de frío. Una ola se elevaba con su cresta, temblorosa y, golpeándome hasta hacerme perder el equilibrio, me cubrió de espuma con agitada violencia.

—¡Arriba! ¡De pie! ¡Anda!

Estaba mojado, los párpados me pesaban y sentía gusto de sal en la boca. El frío me calaba hasta los huesos. Vacilando, casi cayéndome, arrastré mi cuerpo contra el empuje del agua. Otra ola, y caí de cara en ella. Todo mi cuerpo estaba entumecido, húmedo y tiritante, y el abatimiento penetraba en mi cerebro donde la voz me abrumaba con su implacable poder, destrozando mi voluntad; dominándome como si fuese un niño, me conducía hacia adelante, paso a paso. Otra ola rompió contra mí y me levantó golpeándome hacia atrás; el agua me llenó los ojos, la nariz y la boca, mientras me hundía. Tragaba agua, y me levanté sintiendo un peso en el pecho.

—¡Abajo! ¡Abajo!

La voz habló sin piedad y volví a arrastrarme hacia adelante. Al fin me encontraba más allá de la línea de la resaca, donde el agua subía pesadamente, formando altas montañas. Y había una nueva fuerza en el profundo empuje del mar. Otro paso, y otro, y otro más. Intenté saber por qué, pero mi cerebro no quería funcionar. El agua me cubría la cabeza y descendí... descendí, hundiéndome en las negras y frías aguas.

La voz sonaba triunfal, exultante, alcanzando, a través del tumultuoso mar, mi cerebro entumecido.

—¡Abajo! ¡Entrégate al agua! ¡Muere!

En el último momento sobrevino el pánico. Mi cuerpo trataba de expulsar el agua mortal, mi mente reaccionaba contra el negro abismo que me atraía, ahora tan cercano, tan tentador.

Y probé a remontarme del fondo del mar, pero el agua era un grueso e impenetrable muro que pesaba sobre mí. Podía ver algo de luz cerca de la superficie y me esforcé frenéticamente por alcanzarla, buscando a tientas, más allá de ella, el aire vivificante. La extraña mente que me había conducido abajo, estaba ahora...

La mente callaba...

Me desperté tiritando en mi cama. Las sábanas estaban húmedas de

sudor. Yacía rígido, incapaz de moverme. El pánico desapareció lentamente. No podía pensar, miraba fijamente con la visión embotada, la lisa y brillante superficie de plástico que formaba el techo sobre mi cabeza.

Y cuando el terror se esfumó, me sentí hueco, agotado y frío como si toda mi fuerza y vigor hubiesen desaparecido por la misma abertura por la que se había marchado el terror.

Un sueño, me dije a mí mismo. Tan sólo un sueño. Pero esta débil afirmación no bastó para convencerme. La barrera que yo había levantado contra mis pensamientos se derrumbó, y la escalofriante explicación de lo que me sucedía atravesó la brecha, golpeándome con nauseabundo impacto.

Me estaba volviendo loco.

II

Me levanté lentamente. Los músculos de mis brazos, piernas y hombros estaban rígidos y doloridos, como si de verdad acabasen de sufrir la penosa prueba que había soñado. Miré la esfera luminosa del reloj empotrado en la pared de la habitación, al lado de la telepantalla. Eran más de las tres de la madrugada.

El piso del remolque crujió suavemente al entrar en la diminuta cocina. Este crujido siempre me daba la impresión de que el remolque estaba en movimiento. Lo mismo que un barco que gimiese protestonamente, a pesar de navegar sin aparente balanceo por aguas tranquilas. Oprimí el botón de la cafetera, y luego, como estaba demasiado cansado para trasladarme a la zona destinada a vivienda, ya que habría tenido que regresar al poco rato me quedé en pie al lado del fregadero, con la vista fija en el brillante botón rojo, como hipnotizado.

No podía desprenderme del estado de depresión nerviosa producido por la repetición del sueño.

El botón rojo parpadeó, otro verde produjo un destello y una taza de café cayó dentro de la ranura debajo del tubo por el cual el café fluía en un negro chorro caliente. Añadí un terrón de azúcar y trasladé la taza a la salita de estar.

Ésta era una pequeña habitación de aproximadamente dos metros y medio de ancho por tres de largo. Todo el mobiliario estaba empotrado. Lo componían un sofá a lo largo de la estrecha pared, debajo del ventanal, dos sillas laterales de plástico sobre pedestales, una mesita de café y un escritorio con su taburete giratorio. Las habitaciones eran pequeñas, pero lo suficientemente confortables para una persona sola. La cocinilla, en el centro del remolque, incluía un pequeño comedor. Más allá estaban el lavabo, el cuarto de baño, y el pequeño dormitorio. Anteriormente, nunca había tenido la suerte de encontrar un lugar para establecerme, tan cercano a la universidad. Y mucho menos con vista a ella.

Oprimí el botón de la pared y las cortinas se apartaron lentamente a los lados del ventanal, para ofrecerme una vista panorámica de la cuenca oeste del Valle de San Fernando. Era una esplendorosa noche de luna. La comunidad de los remolques donde yo vivía estaba en un altozano de Mulholland Drive, cercano a la cima de las montañas de Santa Mónica. Detrás de mí, al pie de la ladera sur de las colinas, se encontraban las ciclópeas construcciones de la Universidad de California en Los Angeles. Mi remolque estaba orientado al noroeste. En la lejanía se veía el halo luminoso, siempre visible, del espacio del puerto de la Comandancia Espacial del Oeste, aunque no podía distinguir las enormes proas de los cohetes lanzadera que apuntaban al cielo y que podían verse fácilmente durante el día, proyectando sus dominantes siluetas como una cadena de colinas en el lejano fondo del valle.

El halo luminoso era originado por el reactor atómico cuyas instalaciones de energía producían la fuerza requerida por las naves interplanetarias. Los enormes proyectiles atronaban el espacio diariamente, transportando piezas a la estación espacial donde es estaban montando las naves interplanetarias.

Al pensar en el momento en el que hombre emprendería su segundo viaje a Marte, para el que faltaba escasamente un mes, sentí desaparecer en parte mi depresión. El fuerte café caliente había relajado los músculos de mi estómago. Encendí un cigarrillo e inhalé profundamente el humo.

Por último, permití a mi cerebro volver a pensar en el sueño. Era la tercera vez que lo había experimentado. La misma pesadilla con todos sus detalles, con su latente deseo de muerte y su peculiar ilusión de extraordinarios poderes mentales, el misterioso enemigo desconocido y el extraño terror acuático. La terrorífica realidad del sueño, unida a la imperturbable convicción de que había en él algo portentoso, era tan sólo parcialmente explicada después del brusco despertar.

Pero el sueño no era el único síntoma que había tenido. Estaban también las voces... y la convicción de que alguien planeaba algo contra mí. En ciertas ocasiones las voces eran extraordinariamente reales, murmurando en mi oído con tanta claridad como si yo emplease auriculares y ellas resonasen en el éter. Puede que estuviese mirando el valle por la ventana o tal vez en mi puesto en una oficina de la universidad, y oyese los fragmentos ininteligibles de pensamientos, frases, palabras o medias palabras que saltaban dentro de mi cerebro con tímida brusquedad, dando la peculiar sensación de que estaban siendo formulados por otra persona. Durante más de un año sólo oí voces evasivas, pero más recientemente me convencí de que algunos estaban conspirando contra mí.

«Alguien me espía.»

Esta alarmante declaración había estremecido mi mente, hacía poco más de un mes. Hubo entonces una sensación inmediata de silencio total, y me encontré a mí mismo conteniendo la respiración, con el cerebro vacío, en blanco y receptivo. Pero no sucedió nada más... únicamente aquel silencio expectante.

Durante las semanas siguientes las pruebas de que existía un espía fueron numerosas. También había notado una profunda animosidad hacia mí en las voces que hablaban en mi mente. Estaban tratando de localizarme. Quiénes eran, yo no lo sabía; pero me daban caza, fría y metódicamente.

En el sueño, me habían atrapado.

La psicología no era mi fuerte. Enseñaba Literatura Inglesa en la universidad y estaba más familiarizado con el trabajo de Dostoievski sobre la mente humana que con los de Jung o Freud. Pero más tarde, al comenzar a oír las voces, hice algunos estudios intensivos sobre psicología anormal y consulté a algunos amigos míos del departamento psicológico, procurando no discutir abiertamente mis síntomas con ellos.

La búsqueda había sido espantosa. No encontré nada en la literatura

psicológica que correspondiera exactamente a mis síntomas; pero aprendí que las mentes, al igual que las huellas dactilares, siempre tienen unas características individuales. Y había muchos casos paralelos al mío. Casos de personalidad múltiple en los cuales una de ellas había hablado a la otra, como una voz que sonase límpidamente en el cerebro, y siempre había intentado matar al sujeto. La lucha de personalidades se expresaba frecuentemente en forma de sueños en los cuales la mente inconsciente dramatizaba el conflicto en términos grandilocuentes. Un factor típico lo constituía el hecho de que el enemigo resultaba siempre irreconocible.

Sabía que me hacía falta un tratamiento mental; ahora que aún estaba a tiempo... antes de que yo hiciese algo peligroso. No entraba dentro de lo imposible el que intentara suicidarme, tal como sugería el sueño. Y sin embargo...

Sin embargo, yo creía en las voces. La razón me decía que no podían existir. La lógica afirmaba que eran un producto de mi mente enferma. Pero mi fe en ellas constituía una barrera que me impedía iniciar un tratamiento mental.

Construí una frágil teoría sobre la existencia real de seres telepáticos, que se comunicaban mediante transferencia mental directa, y que estaban tramando un complot. ¿Contra quién? Contra mí, desde luego. Pero únicamente porque yo representaba una amenaza para ellos. Yo podía oírles, y me consideraban un intruso en alguna clase de maquinación monstruosa, algo mucho más importante que mi vida.

Encontré más fácil demoler estas teorías que construirlas; no obstante, me aferré a ellas con furiosa esperanza. Por otra parte, o bien eran voces auténticas, enemigos reales, o yo estaba loco.

Estas últimas reflexiones fueron interrumpidas por un destello de luz que bañó la estrecha faja de tierra que circundaba mi remolque. Me acerqué rápidamente a la ventana lateral y miré ansiosamente a través de los visillos de plástico. Cuando me percaté de la procedencia de la luz me tranquilicé, sonriendo débilmente. Por unos instantes continué mirando las cortinas del dormitorio del remolque vecino. Esta vez no podía ver nada claramente, tan sólo una borrosa sombra en movimiento, pero bastaba para revivir una escena que recordaba perfectamente.

Poco después, la luz se encendió en la parte delantera del remolque, pero los visillos continuaron impidiéndome ver a mi vecina.

Me separé de la ventana con un leve sentimiento de embarazo, recordando la sensación de culpabilidad que había experimentado unos días antes cuando mi nueva vecina olvidó correr las cortinas de su dormitorio.

Hay un algo especialmente estimulante en la contemplación de una mujer hermosa cuando ella no se da cuenta de que es observada. Y esta vez nada me había hecho suponer que vería el rubio encanto de una figura femenina.

Hacía dos semanas que ella se había trasladado al remolque vecino. La

vida en los remolques obliga necesariamente a intimar con los vecinos, y yo la había visto numerosas veces. No era de la clase de chica en que se fija uno. Y tuve la impresión de que era extremadamente tímida. La primera vez que me la encontré, al día siguiente a su traslado, la saludé sin detenerme. Contestó rápidamente, balbuceando un nombre al que no presté atención, mientras me presentaba a mí mismo, y luego giró velozmente entrando en su remolque. Fracasé al intentar sacar una impresión de su aspecto. Joven, delgada, más alta que el tipo medio y rubia. Unos ojos grandes que miraban asustados y de cuyo color no me acordaba. Y eso era todo. Nada que me sirviese para reconocerla si la encontraba por la calle.

Durante los días siguientes, ella evitó todo contacto más cercano. Mi primitiva suspicacia hacia todo recién llegado, una reacción debida a mi idea de que un enemigo desconocido estaba intentando cazarme, se evaporó rápidamente. Intercambié saludos con la muchacha varias veces, pero ella no parecía dispuesta a conversar y se escabullía a la menor oportunidad. Deduje que interpretaba erróneamente mis demostraciones amistosas, y empecé a considerarla una de esas almas tímidas que desean que se las deje solas. Y perdí mi interés por ella.

Hasta aquella noche en que la vi a través de la ventana de su dormitorio. Mirando al exterior, quedé sorprendido al ver a la muchacha mientras se ponía por la cabeza la camisa de dormir. Demasiado sorprendido para moverme, me quedé mirándola con la boca abierta. La camisa resaltaba con su pálido verde tornasolado sobre el tono dorado de su piel. Durante unos momentos pude verla perfectamente: tenía los brazos levantados sobre la cabeza, y sus pequeños senos resaltaban firmes y perfectamente modelados, mientras todo el cuerpo estaba bañado por una suave luz. Luego bajó los brazos y dio un paso que la apartó de mi vista. Entonces me di cuenta de lo que había estado haciendo. Apesadumbrado, me dije a mí mismo que no debía continuar actuando como una vieja fisgona, pero ya no pude borrar la deliciosa imagen de mi pensamiento. Ni pude dormir durante el resto de la noche.

Ahora, con una sonrisa algo triste, cerré la luz frontal de mi remolque, y regresé al pequeño dormitorio. Noté que mis nervios se rebelaban ante la perspectiva de dormir otra vez... de sonar quizá. ¡Ay!, era fastidioso. Porque, mientras se duerme, todos los sueños son posibles...

Me obligué a mí mismo a apagar la luz y a permanecer echado en la estrecha cama. Al cabo de un rato, los ojos empezaron a dolerme, de mirar tan fijo al techo.

«No pienses más en ello», me dije. «Mañana tendrás tiempo para meditar a la luz del sol. Piensa en la chica de la puerta de al lado. Te olvidaste de todas tus penas al mirar por la ventana.»

«Es posible que la cuestión sexual sea el fondo de tu problema. ¿Cómo interpretaría un psicólogo tu sueño? El enemigo sin rostro está clarísimo. Esto significa que es alguien muy cercano a ti, alguien a quien odias y no deberías

odiar... o alguien por quien sientes una pasión morbosa. Y, ¿cómo explicas el símbolo del agua?»

Pero no existía nadie cercano a mí, no podía ser nadie. Mi madre había muerto. Hacía más de dos años. Y nunca llegué a conocer a mi padre, el hombre de Los Alamitos que había sido el amante de mi madre durante una semana en Albuquerque y había dejado su semilla en ella.

Esto era una respuesta, desde luego. El hijo bastardo. ¿Cuál era el índice de locura entre los bastardos? ¿Era superior al normal?

Ahuyenté la idea de mi mente. Durante largo rato estuve mirando el techo de plástico y, luego, la imagen de una tímida muchacha de senos erguidos apareció en mis pensamientos. La tensión se alejó de mí, y el horror del sueño fue olvidado.

Son graciosos los trucos que utiliza la imaginación.

III

La noche siguiente trabajé hasta bastante tarde, corrigiendo una serie de ejercicios de los estudiantes de primer año. Yo no daba clases nocturnas, pero las aulas continuaban iluminadas: para los que las tenían. Yo encontraba difícil concentrarme en los ejercicios de los adolescentes, trabajos de composición expositiva, a pesar de que el aula estaba tranquila y casi totalmente vacía durante la mayor parte de la noche. Casi en el fondo del montón de papeles, encontré un ejercicio cuyo tema me sobresaltó. Se titulaba: «Cómo realizar una sesión espiritista».

Era un juvenil y jocoso trabajo superficial sobre el tema, y yo no había creído nunca en sucesos e influencias preternaturales, o en poderes extrasensoriales. Pero ahora me puse a la defensiva, resentido por el tono burlesco del ejercicio. ¿Es que había algo imposible? ¿Qué era lo que realmente sabíamos? ¿No era el más profundo filósofo tan ignorante como este muchacho de diecinueve años?

Me preguntaba si un hombre podría poseer una percepción extraordinaria y extraños poderes mentales, durante veinte años, sin saberlo. ¿Se daba a conocer, por sí solo, un talento apropiado a la transmisión mental y a la recepción de comunicaciones del pensamiento? ¿O eran necesarias dos personas sensitivas; un emisor y un receptor? ¿Se puede ser telépata sin saberlo, simplemente por no haber encontrado a otro?

Recordaba un incidente, ya distante en el tiempo y confuso en mi memoria, al cual me había negado a dar importancia durante los últimos meses. La experiencia en sí misma, aunque espantosa, no era un caso único. Por lo menos, había oído hablar de casos similares acaecidos a muchas personas, pero siempre deseché la historia considerándola una pura coincidencia, un producto de una imaginación demasiado activa.

Ya he mencionado a mi padre. Hasta que cumplí los dieciocho años no supe quién era ni si aún estaba vivo. Mi madre siempre me había hablado de él, como si le hubiesen matado, el año en que nací, durante la breve guerra Chino-Americana de 1963. Después de mi extraordinaria visión, me dijo la verdad y me relató, entre lágrimas largo tiempo contenidas, su propia historia.

Ernest Cameron era un físico famoso. Estaba casado y tenía dos hijos. Si damos crédito a mi madre, no era un matrimonio feliz, pero al que él no deseaba renunciar. Durante parte del año 1962, estuvo en Nuevo Méjico trabajando en el Ejército, en el campo de las armas atómicas, especialmente aquéllas que producían un infierno de destrozos en un área reducida, y que acostumbraban a llamar «bombas limpias»; eran los días en que las armas atómicas aún no estaban prohibidas. En aquel entonces mi madre era una muchacha de veinte años que vivía en Albuquerque.

Conoció a Ernest Cameron durante un fin de semana y se enamoraron súbita y catastróficamente. Sus relaciones amorosas duraron nueve días. Más

tarde, al intensificarse la amenaza de guerra en Asia, él fue rápidamente trasladado a ultramar.

Mi madre no volvió a verle jamás, pero ya llevaba dentro de sí, el pequeño germen de vida que se transformaría en un hijo que él nunca llegó a conocer: yo, Paul Cameron.

Ella continuó amándole siempre. Luego, se trasladó a Los Angeles y cambió su nombre por el de Rose Cameron, deseando que yo llevase el nombre de mi padre. Durante dieciocho años, desde que hube nacido, se comportó como una viuda; posición falsa que nadie trató de indagar.

Mi visión le forzó a decirme quién era yo en realidad, y quién era mi padre. Todo sucedió durante una soleada tarde. Estaba en el patio de nuestro pequeño remolque, sentado en una silla de mimbre, gozando perezosamente del sol estival y meditaba optimistamente mis esperanzas de cursar estudios superiores. Acababa de graduarme en la escuela secundaria, y me tomaba una semana de vacaciones antes de dedicarme a buscar empleo. Entonces sobrevino la visión.

Lo vi. Un hombre de mediana edad, cabello pajizo, algo encorvado, cargado de hombros y de andar cansino. Preocupado y con la vista clavada en el suelo, dio la vuelta a una esquina y comenzó a cruzar una calle que no había visto en mi vida. Yo estaba sentado en la silla de paja, mirando el familiar bullicio del parque de remolques, y la visión se sobreponía a las escenas reales, pareciendo tan viva y clara como ellas. Cuando vi el camión abalanzarse sobre el hombre, la ilusión fue tan auténtica, que grité avisándole. Él levantó la vista en el último instante de su vida, abriendo sorprendido unos ojos grises de suave mirada, sin demostrar miedo o terror. Como si aún no hubiese tenido tiempo de alejar su mente de algún profundo tema de reflexión y hacerse cargo del presente. Al bajar de la acera, por detrás de un automóvil aparcado, el conductor del camión lo vio cuando era ya demasiado tarde, aunque trató de desviarse inútilmente. Siguió luego una terrorífica y lenta escena en la que los neumáticos dejaban negras huellas en el pavimento mientras los frenos chirriaban y el gran camión daba tumbos... finalmente se oyó la violencia del impacto, el crujir de huesos al ser aplastados y vi un terrible espectáculo de sangre y de carne destrozada.

De pie, temblando al lado de la silla derribada en el suelo, en medio del patio y de los remolques, me di cuenta de que una exclamación de dolor, había brotado de mis labios. Mi madre estaba en el quicio de la puerta, mirándome asombrada, y bajó las escaleras corriendo.

—¡Pablo! ¡Dios mío! ¿Qué te pasa?

Lentamente, aturdido aún, miré a mi alrededor. Un par de chiquillos me contemplaban interrogativamente, un hombre se había detenido a unos treinta pasos y también estaba mirándome por encima de su hombro. La mujer del remolque vecino, espiaba por la ventana. Hasta los pájaros de los árboles estaban callados. El mundo parecía haberse detenido, esperando a que yo volviese a él.

Mi vista se posó en el rostro de mi madre, me moví y todo pareció cobrar vida, al igual que una película que se ha detenido y se pone nuevamente en acción, completando el movimiento y las frases de los personajes, ininterrumpidos por el operador.

—No lo sé —respondí lentamente—, no lo sé.

Encendí un cigarrillo, abrí una lata de cerveza y bebí un largo trago refrescante, mientras trataba de poner en orden la confusión que reinaba en mi cerebro, intentando comprender lo que me había sucedido. Mi madre insistía en que le explicase lo que me había hecho gritar, y tuve la tentación de decirle que había estado soñando. Pasaron varios minutos antes de que me sintiese capaz de traducir en palabras lo que me había sucedido. Me sentía extrañamente aislado, como si hubiese estado ausente durante mucho tiempo en un largo viaje y aún no estuviese reintegrado a la rutina familiar.

Le conté a mi madre la anécdota, sin omitir las partes desagradables, tranquilamente y sin apasionamiento, convencido de que ella no tomaría a su hijo por un mentiroso, ni por un loco. Una vez acabado mi relato, me quedé mirándola ansiosamente con algo de aprensión. Contada, la historia parecía pura fantasía. Por primera vez, pensé que posiblemente me había quedado dormido al sol sin darme cuenta, y que la pesadilla me había despertado. Pero la reacción de mi madre fue tan sorprendente, que olvidé mis dudas.

Durante varios segundos, me miró en silencio, sin verme, con los ojos velados. Una lágrima resbaló por las pestañas hasta la mejilla. Fascinado, observaba aquella única lágrima deslizándose hacia abajo, sobre su piel curtida por el tiempo.

—¿Podrías describírmelo otra vez? —dijo, y su voz sonaba en un forzado murmullo.

Al principio no comprendí lo que quería decir. Luego, perplejo, volví a describir al hombre de la visión. Podía imaginármelo perfectamente. Cabellos pajizo, ralos sobre la alta frente. Suaves ojos grises, revelando un carácter compasivo. Nariz delgada y aguileña. Una ancha y expresiva boca que se curvaba levemente en una sonrisa pensativa. Hombros curvados, que le hacían parecer más débil y bajo de lo que realmente era, pero mi impresión había sido la de que su altura era superior al término medio.

Tan sólo cuando el retrato estuvo completo, me di cuenta de que, exceptuando los hombros curvados y el pelo ya escaso, me había estado describiendo a mí mismo.

Los ojos de mi madre estaban fijos en la lejanía, mientras se tapaba la cara con las manos. Vi que sus hombres se estremecían. Una sospecha brotó en mi mente, pero la rechacé inmediatamente con un espasmo de horror.

—¡Madre! ¿Qué pasa? ¿Quién era ese hombre?

Quedé impresionado por la agonía que expresaron sus ojos.

—¡Oh, Pablo!

Poniendo mis manos sobre sus hombros la sacudí suavemente.

—Dímelo —la rogué—. Tienes que decírmelo.

—¡No puedo!

Yo era muy joven, pero me sentía ya muy maduro y protector, capaz de enfrentarme a todo.

—No tienes que ocultarme nada —insistí.

Vacilando a cada momento, me habló de mi padre y de los breves días durante los cuales ella le había conocido y disfrutado de un corto intervalo de amor, sobre los que había fundamentado su solitaria existencia. Me suplicó que no sintiese ningún rencor hacia el hombre que era mi padre. Él le había dado todo cuanto pudo, amor, ternura, comprensión y hasta un hijo. Estaba convencida de que la había amado realmente y nunca le culpó por estar separado de ella. Era lo único que podía hacer. Me reveló que él le había escrito algunas cartas durante los primeros meses que siguieron a su partida. Por último ella le escribió diciéndole que sería mejor para los dos que separasen definitivamente sus vidas. Nunca le dijo nada del niño.

Cuando terminó de hablar, tan sólo pude sentir piedad y amor por aquella mujer que había sufrido una soledad total durante los mejores años de su vida a cambio de unos instantes de amor. Había protegido a su hijo, bastardo, de la verdad que podía herirle, y había vivido con sus recuerdos y la ilusión de una vida que, a su manera, era dichosa.

El odio y el rencor vinieron más tarde. Y la vergüenza. Una sensación de que me habían engañado, chasqueado con la creencia de que yo era normal, de que había tenido un padre como todos los demás. Aborrecimiento al hombre que había entregado su lealtad a otra mujer. Y por último, cuando la ardiente llama de la cólera se hubo consumido, quedó la sensación de que yo era diferente, un ser raro.

Aquella noche, cuando los ojos de mi madre se hubieron secado, y pudo dormir por fin con la agitación de aquéllos que son relevados de la terrible carga de un secreto, yo yacía en la oscuridad con mi nueva sensación de soledad y recordé la inexplicable visión que había provocado la confesión de mi madre. Me pregunté qué clase de sueño puede sobrevenirle a uno cuando está sentado al sol con los ojos abiertos y completamente consciente. Ya que debía tratarse forzosamente de un sueño. El hombre era seguramente alguien que yo había visto, una imagen proyectada de mí mismo, un hombre cuya apariencia había hecho creer a mi madre que yo estaba describiendo a su antiguo amante. ¿Estaba Ernest Cameron vivo aún? ¿Qué habría dicho o hecho, si el hijo cuya existencia él desconocía, se le hubiera aparecido un día súbitamente, cara a cara?

Nunca pude llegar a saberlo. Antes de que pasara un mes, unos investigadores, siguiendo fácilmente la pista al remolque de mi madre desde Alburquerque a Los Ángeles, la localizaron en el modesto parque de nuestro remolque. Le habían correspondido la mitad de los bienes, valorados en más de treinta mil dólares, dejados por un tal Ernest Cameron, recientemente fallecido, profesor de física en la Universidad de Illinois, viudo, con dos hijos casados, que se habían repartido la otra mitad de la herencia. En su

testamento, reformado después de la muerte de su esposa, el Dr. Cameron, reveló el amor que había mantenido secreto durante casi veinte años.

Había muerto a causa de las heridas sufridas en un accidente de circulación el día 16 de junio de 1982. El día de mi visión.

Ahora, nueve años más tarde, recordando esta extraordinaria circunstancia mientras estaba solo, sentado en la pequeña oficina, pensé cuán fácilmente habíamos encubierto mi madre y yo la evidencia de lo desconocido. Por lo menos evitamos deliberadamente investigar los detalles de la muerte de mi padre. Era evidente que yo parecía haber soñado con el accidente de mi padre, pero mi madre que era una mujer profundamente religiosa, encontraba satisfacción en creer que Dios había obrado mediante unos de sus extraños e inapelables recursos. Y yo me refugié en un recuerdo de la visión tan borroso y confuso en los detalles, que finalmente pude llegar a creer en una coincidencia. Como si no se tratase de un sueño que casualmente reflejase la realidad de una muerte que se consumaba en aquellos momentos a miles de kilómetros de distancia, y fuese tan sólo el reflejo de un recóndito temor a la violencia que había en mí, en un mundo donde ésta reinaba por doquier.

La muerte de Ernest Cameron se convirtió en algo importante para nosotros, porque nos unió más estrechamente y porque nos reportó una cantidad de dinero que me permitió cursar estudios superiores.

¿Podía ahora estar seguro de mi videncia? ¿Fue aquella temprana visión un síntoma de mis poderes extrasensoriales, que ahora se estaban revelando bajo otros aspectos? Tenía que creerlo. Y al mismo tiempo esto me causaba miedo.

Eran las diez de la noche, cuando, abandonando el macizo edificio de la Facultad de Artes Liberales, atravesé lentamente el mullido parque verde. Las clases nocturnas habían terminado y la mayoría de las luces del edificio estaban apagadas. Se oía un continuo murmullo de motores arrancando y el rugido de los coches que se ponían en camino hacia las respectivas casas de sus dueños. Grupos de estudiantes discutían acaloradamente y las parejas de enamorados que se resguardaban bajo las profundas sombras de los árboles o paseaban cogidos de la mano, murmuraban frases íntimas y reían quedamente. Me sentí agotado.

Enderecé lentamente mis pasos hacia la zona moderna de tiendas, bares y restaurantes que bordeaban el parque. No me sentía animado a regresar a mi vacío remolque de las colinas. En aquel momento lamenté profundamente el extraño impulso que me había mantenido alejado de la amistad de mis colegas de la Universidad. Tal vez subconscientemente no deseaba exponerme a la desilusión o al desengaño, pero con esta conducta me había creado una situación solitaria y desamparada.

Mi paseo me llevó más allá de la Facultad de Ciencias. Uno de los ventanales del primer piso continuaba iluminado. La mayor parte del resto del

edificio estaba a oscuras. Me detuve un momento pensando en el Dr. Temple, el conocido geofísico, que seguía trabajando detrás de aquellas ventanas. Estaban demasiado altas para permitirme ver el interior de sus oficinas o laboratorios, pero yo sabía que él estaba allí. La capacidad de trabajo del anciano era legendaria. Y durante los últimos dieciocho meses, aquellas ventanas iluminadas parecieron simbolizar el progreso constante de los conocimientos humanos, no solamente de la Tierra, sino también del espacio ilimitado en el cual nos movemos. Y especialmente, claro está, de Marte; porque el Dr. Temple era el hombre que había dirigido el agotador programa de análisis y estudios de los fósiles y reliquias traídos del planeta rojo. Al igual que todos los de la Universidad, tuvo el privilegio de entrar en aquellas habitaciones y admirar las filas de extraños minerales y formaciones de fósiles guardadas tras los vidrios de vitrinas especiales. Partiendo de ellos, pieza a pieza, el Dr. Temple y su equipo de investigadores estaban reconstruyendo el pasado de Marte.

Aquella noche, probablemente, estaría ocupado en la preparación de la próxima expedición a Marte que se suponía iba a partir uno de los días de aquel mismo mes. ¿Qué listas de objetos habría preparado para traer a la Tierra a su regreso, a fin de revelar nuevos secretos del Universo?

Una vez más, la maravillosa aventura del espacio hacía parecer a mis problemas, mezquinos e insignificantes. ¿Qué importancia podía tener, en la fantástica inmensidad del tiempo y del espacio, la disputa privada de un hombre con su mente, al borde de la anarquía?

Me puse a caminar otra vez a través del parque. Mientras estaba parado, había permitido al frío de aquella noche de octubre atravesar el delgado tejido de mi abrigo. Apresuré el paso. «La Cueva», un popular café, estaba cercano y el deseo de un buen café caliente y humeante me hizo dirigirme hacia él.

Ya estaba cerca del borde del parque cuando la voz habló otra vez, de pronto, sorprendentemente fuerte, tan real en mi oído, que miré a mi alrededor con rapidez, buscando quién había hablado.

—¿Podemos comunicar sin peligro?

No vi a nadie cerca de mí. Lo que oía' estaba sólo en mi mente, era una emanación silenciosa en mi cerebro.

—Sí, pero con cuidado. No deben descubrirnos ahora que el momento está tan cercano.

Me detuve al borde del parque, completamente rígido y temblando, con mi mente igual que una pizarra en blanco sobre la cual escribían las voces. Dos de ellas. Había unas características individuales en los pensamientos que los diferenciaban entre sí, una diferencia de inflexión y timbre de las mentes tan inconfundible como el tono personal de una voz humana, aunque odiosamente asexual y desapasionado. La primera que había oído era más indecisa en su sonar, con menos control de su poder, dando la impresión de ser joven. La segunda era más vieja, con más peso, con más autoridad en su fuerza.

—¿Estás cómodo? —preguntó la segunda voz.

—Sí.

—¿El cuerpo nuevo, está sano?

—Completamente.

Comencé a moverme, apreciando que de ninguna forma podía descubrir la procedencia de las voces. Me deslicé a lo largo de la acera que conducía al café «La Cueva», rastreando las pulsaciones invisibles como un sabueso que husmea una pista.

El más viejo habló otra vez:

—¿No tienes dificultades con los padres?

—No sospechan nada.

Las voces estaban más cerca ahora, pero me encontraba solo en la calle, si se exceptuaba una pareja que paseaba por la sombra de la acera, una manzana más allá. ¿Y qué necesidad tenían ellos de hacer transmisión mental, cuando caminaban cogidos del brazo? No había duda de la existencia de las voces en mi cerebro. Ahora creía en ellas tan natural e incuestionablemente como aceptaba la existencia de la palabra hablada. Estaban ahí. Las oía. Ni la incomprensible pregunta acerca de un «cuerpo nuevo» me hizo pensar que las voces eran alucinaciones. Hablar de cuerpos como si fuesen vestidos, y probar otros nuevos por motivos de conveniencia y comodidad, eran cosas que no tenían sentido, pero no pensaba en buscar el significado de las palabras que había oído, tan sólo me interesaba descubrir su procedencia.

Y de pronto, me encontré delante de «La Cueva», mirando a través de los vidrios empañados. El local estaba casi vacío.

—¿De qué se trata, qué deseas que haga?

Era el joven, calmoso y conforme en su servilismo. ¿El joven? ¿*El* o *la*? Yo no habría podido asegurarlo.

—Tienes un trabajo importante.

No había duda de que estaban dentro de «La Cueva». La sensación de presencia mental era enorme, como si estuviese en el rincón de una habitación a oscuras, escuchando a dos extranjeros que hubiesen entrado precipitadamente en el pequeño local para intercambiar informes confidenciales.

—¿Has oído?

Abrí la puerta. Cuatro estudiantes sentados en un palco volvieron sus cabezas para mirarme. Hubo un súbito y total silencio.

Instintivamente me encaminé hacia el mostrador donde me deslicé sobre un taburete desde el cuál podía observar con disimulo los palcos que había a lo largo de la pared a mi derecha sin girar la cabeza deliberadamente. Lois, la camarera que hacía el servicio nocturno en «La Cueva» vino hacia mí por el estrecho pasillo de detrás del mostrador.

—¿Qué va a tomar, señor Cameron?

—Café, Lois.

—¡Inmediatamente!

Nunca se me ocurriría pensar en Lois como un posible agente de los pensamientos que yo había escuchado. Era una estudiante que había estado trabajando por las noches en «La Cueva», por lo menos durante diez semestres completos. Era más notable por la esplendidez de su pecho y de su cadera que por cualquier indicio de una capacidad mental relevante. Me extrañaba que estuviese aún en la escuela y no se hubiese casado con alguno de los estudiantes que siempre estaban flirteando con ella a través del mostrador. Su exuberante belleza rubia y abierta amistad se hermanaban mejor con la cocina y los niños, que con los libros y emparedados.

El local estaba desacostumbradamente tranquilo. De momento no vi a nadie más que a Lois y a los cuatro estudiantes del palco de enfrente. Reconocí a dos de ellos: Mike Boyle a quien se había considerado el mejor defensa de la costa en el último campeonato de rugby y podía llegar a serlo de toda América el próximo año, y Laurie Hendricks, una turbulenta pelirroja que se sentaba en la primera fila de mi clase de las once, para estudiantes de inglés de segundo curso. El aspecto adolescente y rubio del otro me parecía algo familiar, tal vez porque era común a muchos estudiantes. La segunda muchacha que se sentaba al lado de Mike Boyle era una llamativa y diminuta morenita. Nunca la había visto anteriormente.

Los cuatro tenían un aspecto demasiado normal para formar parte de la extraña experiencia que me había llevado allí, tan pronto reanudaron su animada conversación. Únicamente me dirigieron una mirada casual. Parecían ignorarme realmente mientras sorbía mi café, tratando de estudiar el grupo sin que lo notasen.

El siguiente pensamiento llegó sin previo aviso desde el fondo de la habitación.

—¿Se sabe algo más del espía?

Sorbí un largo trago de café caliente, quemándome la garganta. Inclinado sobre el mostrador, traté de controlar mi sobresalto y no toser. La taza golpeó el plato cuando la dejé sobre él.

Me percaté de que el espía era yo.

—Rumores. De nada de lo cual podemos estar seguros.

La pregunta había llegado desde el fondo, la respuesta desde más cerca. Estaba convencido de que emanaba de uno de los cuatro estudiantes sentados en el reservado a menos de cinco metros de mí.

Luego vi una mano que saliendo del último palco del fondo del restaurante se movía hacía la mesa. Una mano de hombre que revolvía descuidadamente el azúcar del café. Estaba sentado de espaldas a mí, apoyado en el alto respaldo del reservado. Era la voz más vieja, la más segura de sí.

—Tenemos que descubrirle —dijo.

—¿Podría ser... un intruso exterior? Tal vez uno de nosotros que...

—No. Pronto seremos muchos... A mi regreso. Pero ahora somos tan sólo unos pocos. Tiene que ser un humano.

—Pero habla con la mente,

—Esto no es tan raro. Lo extraño es que otros muchos no lo hagan, como lo hacemos nosotros.

Escuchando sentí un estremecimiento de horror, como si hubiese tocado algo frío y repelente. ¡Dios mío! ¿Qué querían decir? Ellos suponían que yo era... humano. ¿Qué eran ellos?

—Me gustaría regresar con usted para ayudarle en la expedición —dijo la lúcida mente joven.

—Tu tarea es encontrar al humano que habla con su mente y destruirle. Si puede oírnos, es peligroso. Cuando seamos poderosos aquí, no tendrá importancia. Pero ahora...

El horror se apoderó de mi mente, era la reacción, exaltada ahora, por la presencia del peligro, de una amenaza que aparecía cercana y real. Mientras intentaban darme caza, a mí, al espía, yo me había introducido en el cubil de ellos. Quienes eran, no lo sabía, pero poseían poderes mentales superiores a todo lo que podía imaginar. Y si sabían quién era yo...

—¿Cuándo se va usted? —preguntó el joven.

—Pronto. La partida está fijada para la última semana de este mes, si las condiciones son favorables.

—¿Podrá efectuar el cambio?

—No habrá dificultad en el cambio. Ya he escogido el ser humano entre la colonia espacial. Es joven y fuerte, pero mentalmente muy susceptible. Está bajo mi control. Tan sólo tengo que encontrar el momento para estar a solas con él. Claro está que este cuerpo que ahora ocupa debe darse por muerto cuando lo abandone sin dejar ninguna pista; es necesario que se simule un accidente en el que sea consumido o desaparecerá. Ahogado, puede ser lo más sencillo.

¡Ahogado! Mi repetida pesadilla volvía a mí, aterradora. Sentí que palidecía. Mi cabeza parecía flotar y experimenté un débil vahído.

—No comprendo completamente lo que es el cuerpo —dijo el pensamiento joven.

—Es un instrumento magnífico —respondió el otro—, pero desgraciadamente no tan perfecto en su estructura como los que estamos acostumbrados a habitar. Descubrirás que tienes que utilizar una gran parte de tus energías en los asuntos estrictamente corporales. Tienes que controlar constantemente la envoltura corporal para evitar que se desintegre demasiado rápidamente. Los órganos vitales no deben ser dañados. Con el tiempo, estos cuerpos humanos, tal vez puedan adaptarse más satisfactoriamente a nuestras necesidades. He conservado mi forma actual solamente porque era vital a nuestros planes.

—¿Cuándo hará usted el cambio?

—En el último momento, cuando los exámenes físicos detallados ya no sean posibles y cuando sea demasiado tarde para que el despegue sea aplazado.

—Podría requerir mis servicios en el momento de subir a la nave.

—¡No! Es vital que tú te quedes. Tienes que comprender que puede ser que yo no regrese. Todo es posible en el espacio. Si yo fracaso, aún queda la posibilidad de que otros de los nuestros vengan a la Tierra en otras naves. Si los humanos son más cuidadosos que antes, nuestros hermanos tal vez no logren escapar: «Será tu misión reemplazarlos».

—Sí; esto está claro.

De pronto me tapé las orejas con las manos, apretando las palmas con fuerza contra mi cráneo, como si la barrera de huesos y tejidos pudiesen detener las aturdidoras voces que penetraban furtivamente en mi cerebro. ¡Esto no podía ser real, no era posible! Era una locura. No podían ser seres extraños del espacio, llevando a cabo un plan destinado a apoderarse de las naves espaciales para transportar hordas de sus semejantes a la Tierra. Seres que podían posesionarse y habitar cuerpos humanos. No podía creer en esto.

—¿Señor Cameron?

—¿Qué? —alcé la vista sorprendido y asustado, mirando a los ojos azules de la camarera.

—¿Más café?

—Oh, sí. Sí, por favor.

Mi voz sonó ronca. La mano que ponía azúcar en el café temblaba. Mi cuerpo estaba preso en un espasmo momentáneo. Miedo. Miedo que desmoralizaba mi cuerpo y mi mente.

Luego me di cuenta de que las extrañas voces estaban silenciosas. Pero en el silencio había algo de «suspense»; la tensión indefinible de una espera. ¿Había hecho algo que me traicionase? ¿Había sido audible el latigazo del miedo?

Lentamente dirigí una penetrante mirada hacia el palco del fondo de la sala. El hombre se había sentado fuera del alcance de mi vista. Ni su mano era visible. Hice un esfuerzo para mirar al otro palco donde los estudiantes estaban discutiendo aún en voz baja; el constante murmullo esparcía por el local retazos de risa. Los ojos de Laurie Hendricks se encontraron con los míos y vi en ellos señales de que me había reconocido. Estaba sonriendo y sus grandes ojos grises miraban calculadoramente. En este momento el joven rubio le dirigió la palabra y ella giró hacia él, con una franca sonrisa en sus rojos labios.

Desvié la vista a otro lado. Unos metros más allá en el mostrador, Lois estaba frotando enérgicamente una imaginaria mancha de la superficie reluciente. Encendí un cigarrillo poniendo todo mi empeño en tranquilizarme, y mirando las nubes de vapor de mi café juntarse con los densos anillos de mi cigarrillo.

Algo trató de sondear mi mente. Mi reacción fue instintiva, como la de una tortuga que se encierra en su caparazón con sorprendente rapidez. Congelé mi cerebro expulsando todo pensamiento de él. Yo ya no era nada. Estaba en blanco. No podían detectar ni un pensamiento ni una emoción o consciencia. La espectral sensación volvió otra vez, como el bastoncito de un

niño que tantease el caparazón de una tortuga para ver si se mueve o si encuentra un punto débil y vulnerable en la envoltura protectora. Una mente explorando la mía, tratando de forzar la entrada, pero no había ninguna abertura.

La presión cedió. Por un momento el silencio fue total, roto tan sólo por el murmullo del reservado cercano y el ruido de los platos que Lois apilaba en el fregadero metálico. Lentamente, puse nuevamente mi cerebro en funcionamiento.

—Bien... —el más viejo volvía a comunicar.

—¿Qué pasaba?

—No estoy seguro. Por un momento pensé... —el mensaje se interrumpió—. Debo irme.

—¿Cuándo volveremos a hablar?

—Debemos evitar todo contacto a menos que sea absolutamente necesario. Hay demasiado riesgo de ser detectados. No deberíamos volver a estar juntos en el mismo sitio hasta que el espía sea encontrado.

—¿Qué debo hacer cuando le encuentre?

Hubo una breve pausa. Esperé en tensión la respuesta, apretando penosamente los puños.

—Debe perecer en un accidente.

Surgieron risas del cercano reservado, roncas y francas, la risa joven de un mundo normal y sano. Tuve la súbita y amarga sensación de que había abandonado este mundo para siempre; su risa estaba irritando salvajemente mis nervios, en un extraño contrapunto a la sentencia de muerte que acababa de oír, pronunciada contra mí.

Algo después, los estudiantes comenzaron a salir de su reservado, dirigiéndose a la puerta y pasando cerca de mí.

—¡Hola, señor Cameron! —dijo Laurie Hendricks.

Correspondí al saludo con un movimiento de cabeza. Tenía un nudo en la garganta y me era imposible pronunciar ni una palabra. El grupo se esparció por la acera y yo experimenté una sensación de alarma. Uno de ellos era un ser extraño, ¿pero qué podía hacer yo? ¿Cómo descubrir cuál de ellos? ¿Debía seguirles a ellos o al hombre del palco del fondo?

Lancé una mirada en esta última dirección. Tuve la fugaz visión de un traje gris oscuro mientras el hombre desaparecía por el estrecho corredor que conducía a las habitaciones de dormir.

Y a una puerta trasera.

Me puse de pie tirando una moneda sobre el mostrador. Durante unos segundos estuve dudando entre las dos alternativas. Luego, atravesé impetuosamente el restaurante hacia el pasillo del fondo. Cuando llegué a él estaba vacío. Di la vuelta y corrí a la puerta principal.

Los cuatro estudiantes estaban al otro lado de la calle paseando sobre el césped del parque. Troté en pos de ellos. Parecían haberme olvidado. Pude ver a la pequeña morenita colgarse del brazo de Mike Boyle. El muchacho rubio

hablaba confidencialmente al oído de Laurie Hendricks. Me detuve en el lado de la calle más alejado del parque, dudando, viéndoles pasear lentamente. No podía seguirles de cerca sin ser visto. Debía mantenerme a distancia.

Miré hacia atrás, a «La Cueva». Un hombre estaba en la acera a la izquierda del restaurante, semioculto bajo la sombra de la fachada de una tienda. Aunque no pude ver su cara, sentí el impacto de sus ojos. No estaba allí cuando salí de «La Cueva». Los cabellos se me pusieron de punta.

Miré fijamente a la oscura silueta. Por un momento los dos nos quedamos quietos.

Lo que hice a continuación fue una locura increíble, no fue un acto consciente ni deliberado, ni tampoco un impulso temerario. Más bien me hablé a mí mismo, voceando mentalmente la pregunta que ocupaba mi pensamiento, proyectándola inconscientemente hacia el desconocido, que me observaba desde el otro lado de la calle.

—¿Quién eres?

Más tarde no pude aclarar lo que sucedió, pero en aquella fracción de segundo, mientras lanzaba el pensamiento hacia la negra figura, pude percibir una rápida reacción de sorpresa. Inmediatamente me di cuenta de mi propia estupidez. Había revelado mi personalidad. Ahora sabían quién era.

Entonces vi los faros delanteros de un coche que se acercaba rápidamente a mí, por el lado de la calle donde yo estaba; sus luces saltaban al encontrar algún bache en su camino. Algo me retuvo en la acera, cerca de la curva, mientras el coche se aproximaba velozmente. Pronto estuvo muy cerca; los ojos de sus faros tenían hipnotizada mi vista y el rugido aturdía mis oídos.

—¡Ahora! ¡Lánzate a la calle!

La orden golpeó mi mente con la fuerza de una explosión. Me tambaleé dando traspiés torpemente hacia la curva. Aún intenté luchar débilmente, tratando de controlar mis miembros que parecían de goma con una mente vacía y confusa, haciendo girar con violencia mis brazos en el aire.

—¡Delante del coche! ¡Cae!

Y me lancé hacia la luz cegadora de los faros que se me echaban encima. Se oyó un desgarrador chillido de frenos, un alarido que me pareció lejano, y una confusa masa de metal pasó por mi lado mientras yo caía.

IV

Me pareció emerger a través de gruesas capas de negro asfalto. Se oían voces furiosas y excitadas, pero pensé que nunca serían capaces de encontrarme; allí, debajo de la superficie.

—¡No fue culpa mía...! Él se me echó encima.

—Usted iba demasiado aprisa.

—¡Yo le digo que intentó suicidarse! ¡No fue culpa mía!

—Tiene suerte con que no haya muerto.

Abrí los ojos. Un círculo de rostros me observaban desde arriba. Bocas, ojos abiertos; grandes y redondos. Por un momento miré atontado sin poder pensar nada, sin experimentar sensación alguna. El entumecimiento comenzó a desvanecerse y volví a experimentar el cosquilleo del miedo. Todas las caras demostraban interés y ansiedad. Una de ellas era la de un forastero. El conductor del automóvil, pensé. Y una de las otras era una máscara tras la cual se ocultaba algún incomprensible monstruo.

—¡Señor Cameron! ¿Se encuentra usted bien?

Miré a los grandes ojos grises de Laurie, Hendricks. Eran notablemente bellos, enmarcados por largas y oscuras pestañas, y su color era vivo, profundo. Ahora estaban muy abiertos y preocupados.

El suave cutis de su frente aparecía fruncido por la inquietud y sus labios entreabiertos dejaban ver unos dientes perfectos. Me di cuenta de que ahora veía un aspecto de su personalidad, que hasta entonces me era desconocido. Me habían acaparado la atención un par de delgadas piernas, una cabellera roja y un suéter demasiado ajustado, pero nunca me había preocupado de su personalidad.

¿Era ella un ser extraño?

—¿Está usted bien, profesor?

Mis ojos se posaron en Mike Boyle, y vi su macizo y poderoso cuerpo elevarse como una torre sobre mí.

—Sí..., así lo creo.

Miré a cada uno de ellos; Laurie, Boyle, el joven rubio, la diminuta morenita con sus pequeñas facciones serias, el desconocido que demostraba más enfado que interés. El recuerdo del guardabarros del coche pasando casi rozándome mientras caía fue tan real que experimenté un sobresalto. Tuve que luchar contra el impulso de irme corriendo, cojeando, arrastrándome por el suelo si era necesario, para alejarme de aquella «cosa» que me miraba oculta tras unos ansiosos ojos humanos.

—¿Por qué diablos hizo esto?

Era el desconocido quien hablaba, el conductor del coche.

—Yo... pues tropecé.

—¡Dios mío, podía haberse matado!

—Sí. Lo lamento.

Me senté en el suelo. Varias manos se alargaron hacia abajo para ayudarme y me encogí de miedo a su contacto. Moví las piernas, tanteé mis brazos y costillas. No parecía haber nada roto. No había dolores agudos, tan sólo una masa de dolor sordo por todo el cuerpo. Había tenido mucha suerte. La próxima vez se asegurarían de que no me escapase.

Mike Boyle puso su carnosa mano debajo de mi brazo y me levantó sobre mis pies con la naturalidad de una persona mayor que levanta a un niño en el aire. ¿Podía albergar toda aquella musculatura un supercerebro?

Tuve que reunir todo mi valor para mirar miopemente al otro lado de la calle, al lugar desde donde aquel hombre me había estado observando.

La acera estaba vacía.

—¿Qué ha estado bebiendo, señor Cameron? —preguntó el joven rubio, con una sonrisa bonachona.

Sonreí débilmente.

—Café; no sé explicar lo que me ha sucedido. Perdí el equilibrio y caí. Fue como si alguien me hubiese empujado.

Escruté los ojos de los muchachos, pero ninguno demostró una reacción.

—Bueno; no puedo quedarme aquí toda la noche —dijo el hombre de la cara roja agresivamente, haciendo una declaración, un desafío—. Supongo que no está usted herido.

—No. Creo que no. El coche no me atropelló por muy poco.

—Tal vez sea mejor que le dé su nombre, señor Cameron —dijo el joven rubio.

—Sí, puede usted tener lesiones internas o algo así —añadió Mike Boyle.

—¿Para qué diablos necesita usted mi nombre?

Súbitamente me pregunté si debía alejar tan rápidamente a aquel forastero de mis sospechas. ¿No había aparecido su coche muy oportunamente? ¿No iba a demasiada velocidad?

—Sí, será mejor que tenga su nombre.

—Oiga, aguarde un momento; si piensa hacerme usted alguna reclamación...

—No tengo intención de reclamar nada, pero prefiero tener su nombre. ¿Usted debe estar asegurado, supongo?

—Sí, pero...

—¿Quiere que vaya a buscar un policía, señor Cameron? —preguntó el joven rubio agresivamente.

—No creo que sea necesario —dije mirando al forastero.

La sugerencia de mezclar a la policía en el asunto, convenció al hombre. Sacó su permiso de conducir. Laurie Hendricks encontró un lápiz en su bolso y copió el nombre y la dirección, Alberto Harrison, Remolque G 12, 444, Carretera de San Rafael Obtuve el nombre de su compañía de seguros y

le dije que eso era todo lo que yo necesitaba. Luego él insistió en tener mi nombre y dirección. Dudé mirando a los cuatro estudiantes. Pero decidí que no tenía importancia. Ellos podían enterarse fácilmente de estos datos a través de la escuela. Estaban en la lista de la Dirección.

Harrison se marchó finalmente, de mal humor, temeroso de que al día siguiente pudiese descubrirse alguna inexistente lesión. Yo estaba bastante convencido de que era inocente, pero no estaba de más saber su nombre. Y dónde podría encontrarle.

—Está usted seguro de encontrarse bien, señor Cameron?

Laurie Hendricks se había acercado. Mientras me hablaba descansó una mano en mi brazo y levantó sus verdes ojos hasta encontrar los míos. Percibí lo osado del choque de nuestras miradas. Sus dedos me quemaban a través de la manga de mi chaqueta y me envolvió el sutil aroma fragante que se desprendía de ella.

—Sí —dije lentamente—, gracias por ayudarme.

—Podemos acompañarle a su casa —ofreció Mike Boyle sin entusiasmo—. Tengo mi coche ahí.

—No será necesario.

Y rápidamente miré a la delgada muchacha que estaba junto a Boyle, dándome cuenta de que era la única del grupo, que no había dicho ni una palabra. Estaba mirándome con curiosidad. Al darse cuenta de mi mirada, sonrió.

—Sí, le acompañaremos gustosamente. A Mike no le importa.

Levantando la vista hacia el alto jugador de rugby, deslizó la mano bajo su brazo, como sugiriendo su dominio sobre él. En otra ocasión, el gesto me habría hecho sonreír. Pero ahora hizo que mis sospechas se desvanecieran.

En realidad yo no podía creer que ninguno de aquellos cuatro jóvenes normales, pudiesen ser nada más que lo que aparentaban. Pensar de otro modo era absurdo... aunque yo hubiese oído instruir a uno de ellos para que me matase.

¿O no lo había oído?

Y todas las dudas atormentadoras y todos los terrores de los pasados meses volvieron a mí. ¿Podía habérmelo imaginado todo: las voces, el atentado que casi me costó la vida y los misteriosos seres del espacio? ¿Era todo aquello la elaborada maquinación de una mente enferma?

No había nada de imaginario en la caída ante el automóvil embalado. Pero, ¿qué pasaría si no hubiera enemigos excepto en mi propia mente? La significación de esta posibilidad era horripilantemente clara. Pues, en ese caso, yo había tratado de suicidarme.

Vi los pies del joven rubio cambiar de postura con evidente impaciencia. Examiné al grupo una vez más y mis ojos se demoraron en el rostro de Laurie Hendricks, en la suave crencha de su brillante cabello rojo.

—¡Muchachos, continuad vuestro camino! —dije—. Ya estoy bien.

Me volví y me alejé andando, sin volver la vista atrás.

V

Era una mañana brillante. A través de las altas ventanas de la clase entraba, suave, la luz del sol, filtrada por las delicadas persianas de fibra de cristal que daban a todo el costado oriental del edificio. Miré hacia abajo, a los pacíficos patios, a las lentas corrientes de estudiantes que se movían lentamente, a la extensión de césped verde frío, a la sólida impresión de los edificios cercanos. A distancia pude ver una parte del campo de entrenamiento de rugby y pensé en Mike Boyle, arremetiendo con su fuerte hombro en un falso forcejeo, jurando y gruñendo, los gruesos muslos impulsándole poderosamente. Una juventud monstruosa, de acuerdo. Pero ¿un monstruo extraterrestre? Difícilmente.

Oí el incesante movimiento en el aula tras de mí, y arranqué mi mente de esos pensamientos para hacerla volver a la explicación del tema.

—¿Por qué se dice que *Beowulf* es una obra épica? —pregunté retóricamente, volviéndome—. A causa de su tamaño. A causa de la grandeza de su héroe. Porque expresa toda la lucha y aspiraciones y puntos de vista de su pueblo. Su acción está concebida a gran escala. Sus emociones son profundas y poderosas. Esto no es la historia del siglo veinte de un ama de casa que tiene un pequeñito lío con un hombre mediocre a quien se encontró en el supermercado. ¡Esto es grande. Es importante. Tiene que ver con los acontecimientos vitales de la vida. Tiene grandeza. La victoria es un triunfo sobre un formidable enemigo del pueblo. La derrota es muerte, e incluso en la manera de morir hay majestad y heroísmo.

Hice una pausa, dejando que mis miradas vagaran por la ciase, empleando el viejo truco de profesor de fijar la vista en la última fila y parecer así que estaba mirando a todos los estudiantes situados en medio. Sus rostros estaban todos vueltos hacia mí con apariencia de respetuosa atención. Un muchacho de la tercera fila estaba durmiendo con los ojos entreabiertos.

—Y la forma de escribir está de acuerdo con la acción heroica —continué, dejando que mi mirada se moviera hacia adelante para tropezar con una flameante cabellera roja y un par de piernas cruzadas con descuido y taimadamente cubiertas de hilo de plástico.

Sonreí. Laurie Hendricks pareció suspirar y el insignificante movimiento atrajo mi atención a su busto, suavemente delineado bajo un suéter de color limón.

—Naturalmente pierde mucho al traducirlo —añadí.

Hubo una respetuosa risita entre dientes en la clase. El viejo profesor, pensaba yo, con sus chistes académicos. Incluso en el siglo veintisiete, en mi cuarto año de enseñanza, había caído en la costumbre de repetir los mismos chistes cada semestre. Laurie Hendricks me sonrió animosamente y me vi reaccionando ante la roja curva de sus labios, más pronunciada ahora, y gustándome el hecho de que la hubiera divertido.

Durante la noche, larga y casi insomne, mi fe en la validez de las impresiones de mi mente había fluctuado enormemente. Había recorrido la amarga convicción de que todo lo que había oído era real y verdadero, todas las fases de afirmación, discusión y duda, hasta llegar a una lúgubre desesperanza, a un conocimiento de que las mentes ajenas y las maquinaciones macabras eran grotescos rancajos clavados en mi mente, extrañamente enferma.

Al mirar ahora a Laurie Hendricks, me vi de nuevo reluctante ante la idea de que tendría que creer que ella era algo más que una muchacha extraordinariamente guapa que me estaba dando motivos para sospechar que estaba más interesada de lo normal por mí. La circunstancia accidental del encuentro de la noche anterior había creado una nueva relación entre nosotros sin que se hubiera hablado una palabra esta mañana. No era ya sólo otra estudiante anónima. Y, sospechaba yo intensamente, no era ya para ella sólo otro instructor de asignaturas de relleno.

Me volví bruscamente hacia el muchacho dormido de la tercera fila.

—¡Señor Carbo! —dije con voz cortante—. ¡Señor Carbo!

Levantó la cabeza con una sacudida. Tenía todavía los ojos embotados por el sueño.

—¿Eh?

—Señor Carbo, ¿está usted aquí con nosotros?

La clase se echó a reír, avivándose ante una situación en la que cualquiera no tiene más remedio que parecer un poco ridículo.

—Señor Carbo, ¿qué piensa usted de la técnica de Beowulf al tratar al dragón?

—Creo que no lo comprendo, señor —dijo el muchacho débilmente.

—Habrá leído el resumen al menos, supongo, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Le extrañó algo en la lucha?

—Bueno, me pareció que era algo de gente sedienta de sangre.

—Los anglosajones eran un pueblo sediento de sangre —dije—. No tenían televisión, ni cine, ni participación sintética en los deportes que les facilitara una válvula de escape a su violencia. Incluso su literatura se parecía más a un grito de batalla que a una catarsis de las emociones.

—Sí, señor.

—Me complace el que esté de acuerdo conmigo, señor Carbo.

Comprendía que estaba portándome más bien con dureza, pero se espera siempre que el profesor convierta en un chivito a los estudiantes culpables de dormir, charlar o dejar de estudiar. Era una norma de los procedimientos de enseñanza y no sin valor en cuanto a conservar a la clase sujeta.

Lo descolgué del gancho de tortura, dirigiéndome a la clase en conjunto.

—¿Saben ustedes cómo dejan transcurrir el primer asalto los

boxeadores, estudiándose el uno al otro, para probar su forma de reaccionar? ¿Se han dado cuenta de algo parecido en la aproximación de Beowulf a la batalla?

—Sí —clamó un muchacho desde el fondo del aula—. Dejó que el dragón se tragara a un par de fulanos antes.

—Exactamente —dije con exagerado entusiasmo, pasando por alto el poco academicismo de la respuesta—. Señorita Hendricks, ¿querría usted leernos ese pasaje?

Ella miró confundida. Mientras recorría el camino hasta ocupar el sitio adecuado, hubo un golpeteo y un continuo crujido de papeles cuando comenzaron los alumnos a abrir los libros de texto para encontrar el pasaje indicado. Laurie Hendricks carraspeó y comenzó a leer. Su voz era grave, irresoluta, gratamente ronca. El pasaje que leyó describía con sangrientos detalles cómo el antiguo héroe había vigilado mientras el dragón entraba en la sala del hidromiel, cómo había esperado, fingiendo dormir, estudiando los movimientos del enemigo, aun cuando esto implicaba una muerte más bien horrenda para algunos de sus camaradas de armas. Conforme escuchaba estuve pensando en el más joven de los seres extraños de la noche anterior, cuando estaba yo de pie entre los estudiantes en el patio y vigilaba mientras el otro me obligaba a lanzarme ante el coche lanzado a toda velocidad. Oía las palabras del poema épico, viejo de siglos, y una importante y desligada parte de mi mente me decía que, al contrario que el poderoso guerrero anglosajón, yo no podía esperar al enemigo. Ya sabía cómo trabajaba. Si esperaba,, habría otro accidente. Tenía que descubrir al enemigo antes de que él o ella tuviera una posibilidad, de atacar.

Laurie Hendricks terminó de leer y me miró interrogativamente por encima del libro. Asentí para indicar que ya había leído bastante. Mi mirada la detuvo.

—El rasgo característico que quiero señalar —dije— es que la actitud en cuanto a la vida era muy distinta a la nuestra. A menos que ustedes comprendan y acepten esa diferencia, no podrán sentir la literatura de los pueblos de aquel tiempo ni responder a ella. Sus opiniones en cuanto al universo eran ajenas a todo cuanto sabemos nosotros. ‚La vida humana era barata. El seguir vivo representaba una lucha constante. La vida no duraba mucho...

Sonó el timbre para indicar el fin de la clase. Levanté la mano, acallando el inmediato tumulto producido por el movimiento masivo de los alumnos al levantarse de sus asientos.

—Tengo que hablarles uno a uno de los ensayos literarios de fin de curso —dije con rapidez, fingiendo no oír el gemido general—. Marcaré temas individuales. Si los alumnos de la... primera fila... quieren permanecer unos minutos, comenzaré con ellos.

Saludé con la cabeza y la clase se disolvió en una confusión de ruidos y movimientos. Los alumnos de la primera fila se demoraron. Me senté tras la

mesa, en el testero frontal del aula, e indiqué con la mano a los primeros alumnos que se acercaran. Con todo cuidado les fui señalando temas para los ensayos literarios. Como había supuesto, Laurie Hendricks esperó hasta quedarse la última. Estábamos solos en la clase cuando se levantó de su asiento y vino contoneándose hacia la mesa. La suave curva de sus labios resultaba provocativa.

—No parece encontrarse peor de lo que se podría suponer, profesor.

Sonreí débilmente.

—Sólo soy un instructor, señorita Hendricks, no un profesor. Y, si tengo buen aspecto, es gracias a usted y a sus amigos.

—Nosotros sólo le recogimos y le limpiamos el polvo.

Hubo un breve, confuso silencio. Nuestros ojos se encontraron apreciativamente. Ella apoyó una cadera firmemente redondeada contra el borde de la mesa.

—Me gustaría darle las gracias a sus amigos personalmente —dije al fin—. ¿Querría usted darme sus nombres?

—Seguro... pero no tiene por qué darles las gracias.

—Me gustaría hacerlo. Conozco a Mike BoyJe, naturalmente... pero, ¿quién era la muchacha que estaba con él?

—Esa es Helen Darrow. Estudia el doctorado en Física. Ella y Mike van ahora juntos siempre.

Miré sorprendido. La muchacha no me había parecido de la clase de personas que estudiara doctorado en Física. Y eso no iba de acuerdo con su admiración casi adoración, hacia el musculoso jugador de rugby.

—Son una pareja extraña —dijo Laurie Hendricks, echándose para atrás su cabellera roja con dedos alargados—. Pero a veces un hombre y una mujer pueden retiñir juntos cuando menos se espera.

Sonreí.

—¿Y quién era su pareja?

—Mi pare... ¡oh!, ¿quiere usted decir Bob? Es Bob Jenkins. Pero somos sólo amigos, profesor.

Deseé que le diese un poco de salida al vapor que ella misma estaba generando. La invitación de ella era demasiado clara, demasiado repentina. Sentí una cosquilleante cautela cuando miré directamente a sus verdes ojos.

—Tenía usted algo pensado para mí profesor —preguntó con la voz casi ronroneando—. Quiero decir del tema del ensayo literario.

—Sí, supongo que encontraremos uno... en cualquier momento...

Me detuve al considerar el esquema que estaba formando en mi pensamiento. Un plan medio formado se alumbró en mi mente y supe que, subconscientemente, había estado esperando todo el tiempo que arreglaría algo parecido. Hablé impulsivamente:

—¿Qué pasaría si fuera esta noche, señorita
Hendricks?

—¿Esta noche?

Su rostro expresó sorpresa, pero vi el revoloteo de algo más que brilló momentáneamente en sus ojos. Satisfacción.

—Tengo el tiempo cogido para los dos días siguientes entre las clases y otros compromisos. Pero dispongo de algún tiempo libre esta noche.

—¿En su despacho?

Vacilé.

—Podría usted venir a mi remolque. Estoy en la cima de la colina Beverly Glen. En la reunión de remolques del Valle del Paisaje.

—Conozco el lugar. Al salir de Mulholland, ¿no?

—Sí, estoy en el número 14-P.

Ella estaba sonriendo ahora abiertamente.

—Eso me parece magnífico... señor Cameron.

—¿A eso de las ocho?

—Allí estaré.

Se alejó de la mesa y cruzó el aula. Me vi contemplando el rítmico movimiento de sus caderas. Ya en la puerta, se volvió para lanzarme una mirada prometedora por encima del hombro.

No me moví. Al abrirse la puerta vi al joven rubio, Jenkins, que se unía a ella en el corredor. Le hizo a ella una mueca y le cogió la mano en forma casualmente íntima. Sentí un ataque de...

¡Dios mío!, pensé. De celos. De envidia.

Y me pregunté cuál era el verdadero motivo para pedirle a ella que fuera esa tarde a mi remolque. ¿Sentimiento de enemistad? ¿Para estrechar y reducir mi lista de sospechosos? Pero, si hubiera alguna posibilidad de que ella estuviera poseída por un poderoso ser extraño, sería increíblemente peligroso estar a solas con ella.

No me quedaría ninguna probabilidad de salvarme.

Lo característico de mi situación era que yo no quería creer que ella fuera el enemigo... y quería estar a solas con ella.

VI

Jack Hees, otro de los jóvenes instructores en la sección de inglés, me preguntó si me gustaría ir a un restaurante al aire libre para merendar. Vacilé... y de pronto me acordé de Lois, la rubia camarera de «La Cueva». ¡Otra vez había vuelto a portarme como un estúpido!

—No, hoy no, Jack —dije rápidamente—. Tengo que ir a un sitio.

Me miró burlonamente, se encogió de hombros y se alejó. Yo sabía que mis colegas pensaban de mí que era raro, reservado y antisocial. Jack había hecho más esfuerzo que ningún otro por mostrarse amistoso. Yo sabía muy bien que mi sensación de ser un intruso era un sentimiento nada saludable, pero no podía evitarlo.

Me marché rápidamente y crucé el patio. ¿Cómo podría yo haber pasado por alto un factor tan claro? Lois, estaba seguro, habría visto al hombre del palco negro la noche pasada. Al menos, ella le habría llevado el café. Aunque fuera un desconocido para ella, Lois podría describírmelo. Y quizá no fuera un desconocido. Tal vez viniera con frecuencia.

El pequeño restaurante estaba abarrotado de estudiantes. Me abrí paso hasta el extremo del mostrador. Lois no estaba a la vista. Aguardé hasta que Harry, el sudoroso propietario de «La Cueva», con su semblante eternamente grisáceo, se acercara a mí.

—¿Puedo hablarle un minuto, Harry?

Me miró fijamente, me reconoció como cliente juicioso, y probablemente me juzgó sagazmente lo que era en realidad, un joven profesor no muy importante.

—¿No puede esperar? Tengo un trabajo de mil diablos.

Se apresuró a volver al pasillo sin esperar respuesta. Harry tenía algo que ver con la cocina,, pero durante las horas de más trabajo se encargaba de servir las mesas o de despachar desde detrás del mostrador, mientras el verdadero cocinero se preocupaba de cumplir los pedidos.

Volvió en seguida, aleteando una hoja del bloc de pedidos.

—¿Qué va a ser?

—Salchichas y café —dije—. ¿Dónde está Lois?

Sus ojos se pusieron inexpresivos y fríos.

—No viene hasta más tarde. ¿Por qué?

—Quería hablarle. ¿A qué hora viene?

—Escucha, la muchacha tiene bastante molestias con los jovenzuelos sin necesidad de que venga ahora...

—Sólo quiero hablarle.

—¿Sí? —Sus modales eran abiertamente beligerantes—. Voy a servirle lo que ha pedido.

Dio media vuelta y se marchó. Pasaron varios minutos antes de que pudiera cogerle otra vez. Sabía que algunos estudiantes que estaban a mi vera

me miraban fijamente, pero no me importaba.

Cuando Harry cayó al alcance de mi voz, hablé rápidamente.

—Harry, tuve un accidente ahí fuera la noche pasada. Enfrente exactamente. Creo que Lois puede haberlo visto y necesito hacerle unas cuantas preguntas. Ahora, dígame. ¿A qué hora entra ella de servicio?

Pareció dulcificarse aunque sus modales continuaron siendo bruscos.

—A las seis en punto —gruñó—. Está desde las seis de la tarde a medianoche.

Fruncí las cejas. Ahora que se me había ocurrido la posibilidad de que ella hubiera podido reconocer al desconocido del palco negro me sentía nervioso e impaciente por hablar con ella. Las seis de la tarde: eso significaba una larga espera. Podían suceder muchas cosas antes de que dieran las seis.

Cuando me sirvieron por fin lo que había pedido, me incliné hacia adelante y le hablé en tono urgente a Harry:

—Me gustaría hablar con ella tan pronto como fuera posible —dije—. ¿Tiene usted su número de teléfono?

Una fría agresividad endureció su rostro instantáneamente. Sus ojos se empequeñecieron y su expresión se heló.

—No doy las señas del servicio —dijo—. Ni siquiera a los profesores. La cuenta de lo que le he servido es... dos dólares y cuarto —añadió, apuntando con la cabeza al delgado emparedado y al café.

Irritado, arrojé el dinero en el mostrador. No obtendría más información de él. Me di cuenta de que sus sospechas se habían despertado demasiado rápidamente para ser normales. Lo más probable era que él quisiese a Lois para sí mismo, y el constante espectáculo de la competencia de hombres y muchachos tonteando con ella en su mismo restaurante le había llevado al borde de la rabia y de los celos.

La impaciencia me inundó, pero no había nada que hacer sino esperar. Me quedé vacilando en la puerta del restaurante, preguntándome si debía ir a las oficinas del Registro para tratar de localizar la dirección de Lois. Podría correr ciertos riesgos. Ya estaba infringiendo una de las reglas académicas por haber planeado una visita de Laurie Hendricks a mi remolque esa misma tarde, pero al menos yo tenía una razón aceptable... y, a pesar de las reglas, los encuentros con estudiantes en casa después de terminadas las clases con la excusa de proyectos relacionados con los estudios no eran demasiado raros. Pero, para mí, el tratar de averiguar el número del teléfono de una joven camarera, claramente comprometida, y que no era, desde luego, de mi clase social, ni tenía nada que ver con mis proyectos docentes, era algo distinto.

Pasé la tarde, excepto el rato que estuve dando una clase a las dos, en la seguridad de los rimeros de libros en la biblioteca. Reuní la bibliografía más reciente relativa a la existencia de vida en otros planetas. Había una sección especial dedicada a los proyectos de investigación que concernían a Marte, casi todos títulos de obras escritas por el mismo doctor Temple o miembros de su personal ayudante. Me llevaría mucho más de una tarde el revisar todo ese

material y podría ser que no me quedaran muchas tardes disponibles.

Tenía que actuar partiendo de la premisa de que yo no estaba loco, que estaba completamente cuerdo, pero que había interferido conversaciones telepáticas de las que se deducía que estaban decididos a destruirme. Esta convicción no era un engaño ni un fraude de mi mente. Era algo real. Amenazaban no sólo mi seguridad personal, sino la seguridad del mundo como conjunto. Y ellos planeaban traer a otros de su especie a la Tierra. Éstos eran los hechos a partir de los cuales había de comenzar mi investigación.

Todos los hechos apuntaban a Marte.

Me quedé sorprendido al ver la unanimidad de la opinión científica en cuanto a la posibilidad de vida en otros planetas. En nuestro sistema solar, había sólo un planeta, aparte de la Tierra, que pudiera albergar vida tal como nosotros la concebíamos. En otros planetas existía demasiado calor o falta casi absoluta del mismo; había gases tóxicos o falta absoluta de atmósfera, de donde deducían los científicos que la vida no podía existir. Podría haber planetas en otros sistemas solares que reunieran condiciones suficientes para sospechar la existencia de una forma de vida inteligente, pero en nuestro sistema sólo existía la Tierra... y el primer planeta que el hombre había alcanzado en su gran conquista inicial del espacio: Marte.

Había habido calurosos debates científicos acerca de la posibilidad de que Marte albergara vida, en el sentido humano de la misma, especialmente después del seguro descubrimiento de los famosos y discutidos canales. Incluso las observaciones realizadas desde la Luna, durante los pasados decenios de 1970 y 1980 habían fallado en el intento de proveer a la Humanidad de una teoría cierta sobre los mismos, quedando en pie el misterio que los envolvía. Pero siempre había seguido en pie un grupo de científicos que, desde principios del siglo continuaba manteniendo la idea de que la vida en el planeta rojo era no sólo posible, sino incluso probable.

Entonces se realizó la triunfal misión de 1989-90. No tenía por qué leerme los innumerables artículos para conocer los hechos generales acerca de lo que los humanos habían descubierto allí... y lo que no habían conseguido encontrar. Había vida en forma de microorganismo y vida vegetal. Había hasta vida animal... un menudo reptil que había sido visto y fotografiado, pero que había demostrado tan notable esquivez que nunca había sido atrapado vivo. Además de esto, había claros signes de una civilización muerta que había sido creada por seres inteligentes. No refinados según nuestras normas, especialmente en instrumentos y herramientas, pero inteligentes. Estos descubrimientos sirvieron sólo para crear el nuevo misterio marciano. El planeta abundaba en restos fósiles de animales inferiores, no altamente organizados. Nada más. Nada que pareciera ser capaz de poseer la inteligencia precisa para alcanzar el grado de civilización existente en Marte y excavar su asombrosa red de canales. Era como si los seres inteligentes que habían dominado el planeta hacía miles de años lo hubieran abandonado sencillamente. No había muertos allí. O se habían disuelto misteriosamente,

no dejando rastro alguno de ellos excepto las obras producidas por sus manos, dejando atrás un planeta agonizante.

Marte era el único lugar desde donde los seres extraños podían haber venido, pensaba yo... pero ningún ser inteligente había vuelto en la astronave. Incluso las muestras de vida vegetal habían perecido, sin poder sobrevivir al viaje de regreso a la Tierra. Y sin embargo...

Traté de recordar exactamente qué era lo que había pasado por alto. Las voces habían hablado de un próximo embarque. Y la verdad era que estaba planeado un nuevo vuelo a Marte. Habían hablado de este vuelo como si fueron a aprovecharlo para reincorporarse a su propio lugar de origen, para unirse a sus congéneres. Pero, si necesitaban una nave en la que volver a la Tierra, tendrían que volver en nuestra nave.

Y nada había venido. Leí, en el polvoriento silencio de los estantes de la biblioteca, la relación de lo que había sucedido cuando la primera nave, una nave inmensa, había regresado a la Tierra. Todos los supervivientes habían sido investigados en forma exhaustiva mediante complicadas pruebas físicas y mentales. Ninguna presencia extraña podría haber escapado al examen. ¿No estaban ellos asustados, incluso ahora mismo, por el peligro de ser detectados? ¿No era por eso precisamente por lo que querían mi muerte y que ésta pudiera ser achacada a un accidente? Hasta los fragmentos de rocas, los huesos y los hongos secos, habían sido concienzudamente comprobados, no una vez, sino muchas. Ninguna vida extraña había venido. Yo estaba tratando de creer lo imposible.

Cada vez que pasaba una página, esa tarde, mi depresión crecía. Cuando, al fin, mis ojos, enrojecidos y calientes por el esfuerzo, se negaron a descifrar más páginas, y puse a un lado el material que ya había leído, una ridícula parte del total de mi lista, no había descubierto ni un solo hecho esperanzados Pero la esperanza persistía. Quizá había algo que había pasado por alto, o algo en las últimas investigaciones que no había tenido tiempo todavía de leer, que podría ofrecer una clave. Y estaba Lois...

Miré mi reloj. Eran las seis y unos minutos. Apresuradamente separé el material que había leído del resto. Los primeros se los devolví al bibliotecario, dejando los periódicos y revistas técnicas que me quedaban por leer guardados en el pequeño pupitre que tenía reservado en la sala de lectura de la biblioteca. Corrí a través del verde césped frío del patio. Cuando llegué a la calle próxima a «La Cueva», me pegué a la pared, sobre la acera, esperando hasta que no hubo ningún auto moviéndose a la vista. Sería demasiado fácil para ellos emplear la misma técnica por segunda vez.

A esta hora de la tarde «La Cueva» no acostumbraba a estar demasiado llena. Había estudiantes en algunas de las mesitas y en el mostrador. Reconocí a un profesor de historia y a un zoólogo que hablaban plácidamente en uno de los extremos del mostrador. Lois no estaba allí. Otra muchacha servía las mesas, la misma que había estado de servicio antes ese mismo día, y Harry estaba todavía detrás del mostrador. Me miró cuando me aproximé.

—¿Dónde está Lois? —pregunté ansiosamente.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Quizás usted pueda decírmelo.

—¿No ha venido?

—No, no ha venido.

Harry claramente me estaba considerando culpable cíe eso.

—Mire, Harry, ya le dije que sólo quería hacerle un par de preguntas. Es algo importante. Pero es todo lo que quiero de ella. —Hice una pausa—. ¿No llamó ni ha dicho nada?

—No —gruñó, menos ofensivamente—. Algunas veces se retrasa. Otras veces no viene en toda la noche.

Sentí un vuelco en el estómago. Tenía que venir. Yo tenía que hablar con ella.

Me senté ante el mostrador y pedí café. Aguardé. Los dos profesores, separados de mí por todo lo largo del mostrador, me dirigieron un saludo con la cabeza. Salieron algunos estudiantes y entraron otros. Cada vez que la puerta se abría yo miraba ávidamente. Pedí más café y dejé que se enfriara ante mí, sin tocarlo.

Pasó una hora. Harry se plantó frente a mí. Habló cargado de resentimiento, pero aparentemente, convencido al fin de que yo no estaba mintiendo:

—¿No va usted a comer? No creo que ella venga esta noche...

—No, no tengo hambre. ¿Ha hecho esto ella alguna vez... no venir sin decírselo antes?

—Sí, algunas veces. —Se le ensombreció el rostro—. Estos muchachitos...

Pensé en mi cita con Laurie Hendricks. Lois podría dejarse ver después. Probablemente habría salido con algún estudiante. Al parecer podía mostrarse bastante despreocupada en cuanto a la hora de comenzar el trabajo. Harry no la pondría de patitas en la calle, hiciera lo que hiciera. Sí, probablemente vendría luego. También yo podría volver una vez que Laurie se marchara.

A las siete y media me di por vencido. Me quedaba sólo el tiempo preciso para regresar a mi parque de remolques y estar allí algo antes de las ocho. Me llevó cinco minutos el llegar a la estación local del ferrocarril elevado. Otros cinco minutos estuve esperando hasta que llegó una de las unidades del elevado, brotando al parecer de la oscuridad. Momentos después me apeé en la plataforma de Mulholland donde la línea local empalmaba con el elevado de Mulholland.

Anduve hacia mi remolque.

Estaba oscuro cuando entré. Mi vecina, la muchacha tan extrañamente vista por mí en otra ocasión y de tan sorprendente cuerpo, estaba sentada, comiendo, en su habitacioncita brillantemente iluminada, con las cortinas parcialmente corridas en la parte frontal de su remolque. Otra solitaria, pensé. Otra forastera.

Pero esta noche yo no estaría solo.

VII

A las ocho y media de esa noche ya me estaba sintiendo incómodo. Había pasado toda una tarde capaz de impacientar a cualquiera, y ahora acusaba el esfuerzo realizado en la tensión de mis nervios. Estaba comenzando a sentirme como un hombre que tuviera un resfriado o alguna de esas otras enfermedades tan raras en estos tiempos, esquivado y evitado. Me ponía de pie a cada momento y me acercaba a la ventana para ver si venía Laurie Hendricks, si la veía dar la vuelta a la esquina. Lo hice una y otra vez, pero siempre quedé desengañado.

No sé lo que realmente esperaba que sucediera cuando ella viniese. Me había dicho a mí mismo que la razón para pedirle que viniera estaba clarísima: era sospechosa. Aun cuando yo no pensara que era culpable tenía que estar seguro de esto, y la oportunidad para encontrarme con ella privadamente había resultado de fácil improvisación. Pero había también otra razón. Mi aislamiento voluntario, mi soledad, tenían una serie de inconvenientes. Cuando pensaba en las bonitas piernas que veía cruzarse ante mí en la primera fila de la clase o en el fino jersey que se amoldaba al busto de la muchacha, sentía la garganta seca y las palmas de las manos comenzaban a sudarme.

El reloj de pared continuó cambiando de números, hasta que las manecillas indicaron que era poco antes de las nueve y ella no llegaba todavía. Comencé a preguntarme el porqué de la avidez de ella al aceptar mi sugestión de venir a verme a mi remolque. ¿Había sido todo un fingimiento para aquietar las sospechas que yo pudiera sentir contra ella? Engáñale. Hazle saltar en la planta de tu mano. Distrae su mente con un poco de juego sexual. Luego dispón convenientemente una muerte accidental. Fácil. Está maduro para eso. No ha tenido una mujer en sus brazos desde hace dos años. No pensará en nada más. Nunca creerá que una joven y bella muchacha pudiera ser un...

El toque en la puerta fue tan suave que durante un momento no estuve seguro de haber oído realmente un sonido. Después sonó de nuevo: un alegre repiqueteo, claramente audible. Me planté ante la puerta y otra vez las palmas de las manos comenzaron a sudar. Pero ahora no sabía si la reacción era debida al deseo o al miedo.

Ella estaba de pie en el último escalón del remolque, mirando hacia arriba. Como al verla no dije nada, ella sonrió excusándose y la curva de sus labios se hizo más tentadora.

—Siento haber llegado tarde, señor Cameron. Me han... retenido.

—Pase —dije con seriedad—. No importa.

Entró en el diminuto vestíbulo. Cuando lo hizo me pareció que la habitación quedaba totalmente lleno con su presencia. Cerré la puerta y me quedé mirándola fijamente. Llevaba un vestido de una sola pieza, de fibra química, un modelo ajustado en rojo y blanco. No era precisamente el vestido

que debería llevar una muchacha para ir a visitar a su profesor.

Miró con curiosidad en torno.

—Es bonito —dijo.

—No se puede decir que sea muy amplio, pero me basta. Y tiene muy buenas vistas.

Señalé el brillante panorama visible por las ventanas del fondo. Se acercó a la ventana y pareció haber entrado en la oscuridad de la noche. De pronto me pregunté si no habría alguien esperando allá fuera a que ella le diese la señal para entrar. Alguien. El otro ser extraño. Hice un esfuerzo consciente de concentración, escuchando intensamente con mi pensamiento. Me pareció tener la extraña sensación de oír el suave murmullo del mundo, al distante ruido del tráfico en una carretera lejana, muy lejana. Pero nada más.

Algo me hizo mirar por la ventana lateral. Llegué a tiempo de ver el rostro de la muchacha del remolque próximo, serio y sin sonrisas, antes de que corriera por completo las cortinas de su ventana. Corrí las de la mía, sintiendo que se mitigaba en mí la tensión. De modo que mi vecina no estaba levantada haciendo un poquito de fisgoneo por su cuenta, pensé sonriendo.

—Intenté estar aquí a tiempo —dijo Laurie, todavía mirando por la ventana—. Pero Bob me retuvo y... a veces es difícil desprenderse de él.

—¿Jenkins?

—Sí. Parece ser que habíamos concertado una cita para esta noche.

Miré la delgada silueta de la muchacha realzada por el ajustado vestido y comprendí que era lo único que llevaba puesto. Resultaba provocativo.

—No sería yo quien le condenara por eso —dije—. También yo me sentiría celoso.

Dio, la vuelta lentamente, con una luz extraña en sus pupilas verdes. Y me di cuenta de lo joven que ella era en realidad. Veinte años, si acaso.

¿Qué es lo que yo quería saber de ella? ¿Cómo podría saber dónde estaba o qué era la mente que controlaba a este hermoso y joven animal? Pensé en una inteligencia, una superinteligencia más bien, astuta y despiadada, que me contemplaba desde detrás de los claros ojos verdes de ella, burlándose de mí, divertida. ¿Tendrían ellos sentido del humor? No había captado nada humorístico en las palabras que había interferido. Había sentido algo infinitamente frío, completamente desapasionado.

—Papá dice que me estoy echando a perder —dijo Laurie Hendricks de pronto.

—¿Papá? —repetí estólidamente.

—Sí, tengo uno, ¿sabe usted? —Se encogió de hombros y el gesto causó oleadas en su vestido de fibras químicas, tan excitantemente ajustado—. Pero es él quien me está echando a perder, de modo que no puede quejarse. Cree que lo único que hago es divertirme con los hombres, y esto no le gusta.

—¿Se divierte usted?

—Naturalmente. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Supuse que era rica —dije—. Es extraño, nunca había pensado en

usted de esa forma.

—¿Ha pensado usted mucho en mí? —Pareció que el semblante se le iluminaba—. Yo he pensado en usted. Mucho. Adivino que es una cosa muy natural, ¿no? La escolar que se enamora de su bello profesor.

Respiré con dificultad. La conversación se me estaba escapando de las manos. No era yo quien la estaba conduciendo, ni mucho menos.

—Sería mejor que nos pusiéramos a trabajar —dije—. ¿Ha pensado en algún tema para su ensayo literario?

Corrió las cortinas de la ventana y se volvió hacia mí contoneándose con movimientos felinos.

—No, no he pensado en nada de eso. ¿Se le ocurre algo que pueda sugerirme?

—Podría usted estar interesada en los romances medievales —insinué, esforzándome en que mi mente siguiera el hilo de lo que yo estaba diciendo —. Podría hacer algo sobre las tradiciones de los amores cortesanos.

Sonrió de repente.

—Creo que me gustaría. Quizás usted pudiera enseñarme algo de eso, profesor.

No, éste será el tema que tendrá que investigar para su ejercicio.

—Tengo una idea mejor —dijo con suavidad—. Me apuesto algo a que usted sabe mucho de estas cosas. Podría enseñármelas.

Me sentí incómodo. El suelo del remolque crujió perceptiblemente. Traicionando mi temblor, pensé.

—Laurie, yo...

—Profesor, usted no quería hacerme venir aquí sólo para hablar de un ejercicio de redacción, ¿verdad?

Me quedé sorprendido por lo directo de la pregunta. Poco a poco, todo encajó. De acuerdo en que era una muchacha extraña. Pero no de otro mundo. Resultaría peligrosa, pero no en la forma que yo había supuesto. Era sencillamente una mujer deseable, sensual. Los sentimientos que inspiraba difícilmente podrían ser más humanos.

—Bueno, si no viene usted a mí —dijo—, supongo que tendré que ir yo hacia usted.

Me quedé como una estatua.

—¿Cuántas veces tendré que pedírselo? —preguntó con un susurro.

La besé. Sus labios eran cálidos y dulces...

Algo penetró en mi cerebro. Al principio creí que era el latido de la sangre, unos golpes secos, continuados, rítmicos.

Los golpes se oyeron claramente. Llamaban a la puerta.

—¡Dios mío! ¿Quién puede ser? —cuchicheó la muchacha.

—No lo sé.

—¡Maldición! —protestó fingiendo indignación—. Precisamente cuando mi profesor iba a explicarme el tema de mi trabajo.

Le hice una mueca cuando me dirigía a la puerta. El temor y el peligro

parecían cosas muy remotas.

—Le diré a quien sea que se largue —prometí.

Estaba todavía sonriendo abiertamente cuando abrí la puerta. Dos policías uniformados se alzaron ante mí, con rostros duros, sin sombra de sonrisa.

VIII

—No comprendo —dije.

—Es sólo una pregunta —dijo el sargento Bullock—. ¿Conoce a una muchacha llamada Lois Worthington?

—No lo sé. Conozco a una chica llamada Lois, una camarera de un pequeño restaurante próximo a la universidad. Pero...

—Esa es precisamente —dijo el sargento mirando significativamente a su compañero de pareja, que de pronto dejó de mirar a Laurie.

Ella se había sentado en el diván bajo la ventana, con las piernas dobladas bajo el cuerpo, a usanza mora, con la cara extraordinariamente fría y seria bajo el flameante cabello rojo.

—Realmente no la conozco —dije—. Quiero decir que sólo la he visto en «La Cueva».

—No la conoce usted muy bien, ¿verdad?

—No, yo... —recordé los intentos, que había hecho para hablar con ella ese mismo día.

Los duros ojos del sargento no dejaban de mirarme fijamente y sentí un escalofrío.

—Oiga, sargento, ¿a qué viene todo esto?

—Tengo entendido que ha estado usted tratando de verla con bastante insistencia. En realidad casi ha armado un espectáculo con tal de conseguirlo. —Miró a Laurie y hubo en sus ojos una ligera expresión de despecho—. ¿Lois es otra de sus estudiantes?

—No. Tuve... un accidente la pasada noche. Exactamente frente a «La Cueva». Sé que Lois estaba de servicio y creía que ella podía haberlo visto todo. Quería preguntarle lo que había visto.

—¿Dio usted parte de su accidente?

Me sonrojé:

—No.

—¿Por qué no?

—Yo... no creía ayer que hubiera sufrido daño alguno. Pero hoy me dolía una costilla y pensé que sería mejor asegurarme...

—Pensó usted que quizá podría recoger alguna indemnización, ¿eh, profesor?

Comencé a enfadarme.

—Tal vez fuera eso, pero no creo que haya venido para preguntarme sobre mis asuntos privados, sargento. Si tiene algo que decirme, dígalo de una vez. De otra forma...

—¡No se las dé de listo, profesor! —dijo el sargento con expresión amenazadora—. Le haré todas las preguntas que quiera en la forma que me parezca mejor. Y usted se limitará a escuchar y a contestar, lo mismo que un escolar en su clase, atenta y educadamente.

Reprimí mi lengua haciendo un esfuerzo, pero sentí cómo la piel de las mandíbulas se me ponía tensa.

—¡Ahora escuche! —bramó—. Usted estuvo en «La Cueva» preguntando por la muchacha entre seis y siete de la noche, ¿exacto?

—Salí a las siete y media.

—Bueno. Y dijo que volvería después. Actuó usted como si tuviera una cita con ella, ¿no?

—¡Eso no es verdad!

—Pero usted iba a volver.

Miré a Laurie. Hubo una brillante chispita en sus ojos mientras esperaba mi contestación.

—Sí. Iba a volver.

—Pero, en lugar de eso, fue usted a buscarla, ¿verdad, profesor?

Demostré mi sorpresa con un gesto elocuente.

—No. Vine directamente a casa.

—¿A qué hora llegó aquí?

—Muy poco antes de las ocho. Tenía una cita... con la señorita Hendricks.

—¿Sí? —Giró hacia Laurie y le preguntó—: ¿Y a qué hora llegó usted aquí, señorita?

—A las ocho y cinco, sargento —mintió tranquilamente—. Lo sé porque llegaba un poco tarde y miré el reloj antes de entrar.

El sargento la miró suspicazmente, luego se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Han estado aquí los dos desde entonces? ¿Los dos?

—Exactamente —dije, admirándome por la facilidad con que había mentido Laurie—. Y ahora, quiere explicarme qué tiene que ver todo esto con la señorita... Worthington?

Sus pequeños ojos pestañearon y en su rostro se reflejó algo parecido al placer.

—Fue asesinada, profesor. Eso es todo.

—¿Asesinada?

—Sí. Nos figuramos que entre las ocho y las ocho y media. Más bien hacia las ocho. Éste era un tiempo muy oportuno para usted, profesor. Parece como si la muchacha tuviese un montón de amiguitos… ¡pero usted era el número uno de nuestra lista!

Miré la hostil cara del sargento y pensé en lo que habría sucedido si Laurie no hubiese mentido, si él tuviese sólo mi palabra de haber permanecido completamente solo en el remolque desde las ocho hasta las nueve. Y luego pensé en lo que sucedería si llegaban a saber que ella había mentido.

Pero cuando volví mis pensamientos a Lois y por qué yo había querido verla, sentí un espanto que no tenía nada que ver con la teatral actitud de los policías, un terror que comenzaba muy dentro de mí mismo y que me hacía sentirme enfermo.

—¿Cómo... cómo la mataron?

—Bonita y rápidamente, profesor. Le cortaron el cuello.

Oí el gemido de Laurie y miré hacia ella rápidamente. Su cara estaba pálida, haciendo resaltar aún más la pintura de sus labios. Tenía los ojos fijos en mí, abiertos de par en par, asustados.

El sargento comenzó a alejarse hacia la puerta seguido del compañero. Ya en la puerta, el sargento dijo:

—Esto le deja a usted fuera del asunto por ahora. Pero comprobaremos su historia. Y tal vez tengamos que charlar un poco en otra ocasión. Quédese por aquí, donde pueda encontrarlo en caso preciso, ¿quiere?

—Sí —dije, estirando los labios en algo que quería ser una sonrisa—. Seguro.

Dirigió una larga mirada a Laurie y otra a mí antes de volver los anchos hombros y salir afuera. Esperé a que los dos se hubieran marchado, antes de cerrar la puerta.

Laurie no se había movido. Había una rara expresión en sus ojos y en las comisuras de sus labios que al principio no pude reconocer, una tensión extraordinaria. Pero el brutal anuncio de la forma de morir Lois había sido excitante. Poco podía extrañar que Laurie estuviese asustada.

—Gracias, Laurie —dije—. Me has sacado de un buen lío.

—Me alegra haberle podido ayudar —dijo fríamente.

La miré, sorprendido.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se levantó del diván y se dirigió hacia mí, contoneando las caderas, esta vez involuntariamente.

—Estaba completamente equivocada en cuanto a usted, ¿verdad? —dijo con voz extrañamente aguda.

—Laurie, no creerás que yo tenga nada que ver con...

—No. No, no creo que la haya matado. Pero yo le había tomado por el profesor solitario, aislado...

—Estás equivocada, Laurie.

—¡Sí claro! ¿Cuál era el plan? Tener un poco de charla con una de sus estudiantes en el sofá, y luego irse a buscar a su amiguita, ¿no? Parece usted un entendido. Yo debiera haberlo deducido de la forma en que me besó antes. Eso no se aprende en los libros.

Estaba claramente molesta, el orgullo ofendido ponía amargura en sus palabras y yo sabía que no iba a escuchar nada de lo que le dijera. Sin embargo, lo intenté.

—Laurie, tenía que hablar con ella, créeme…

—¡Oh, desde luego! Sobre el accidente, ¿no era esto? Usted necesitaba un testigo...

—Tenía que hacerle una pregunta...

—¿Siempre contestaba que sí? No tiene usted que responder a esta pregunta, señor profesor. Puedo adivinar la respuesta. ¡He visto de cerca a su camarera!

—No puedo darte detalles, pero tienes que comprender que no había nada entre Lois y yo.

—Cuénteselo a los «polis», señor Cameron. Pero la próxima vez no espere que sea yo quien le facilite una coartada.

Me apartó de su camino y se dirigió a la puerta, ia abrió y se lanzó por la escalera. Salí corriendo tras ella.

—¡Laurie!

Pero se alejaba a toda velocidad, su cabellera roja flotando en pos de ella. E inmediatamente me detuve. Me pareció que había en toda la escena demasiada vehemencia, vehemencia en sus celos, vehemencia en su rabia y en su negativa a dejarme explicar lo sucedido, vehemencia y rapidez en su huida, vehemencia en la forma que tuvo de mentir para salvarme...

Ella no sólo me había proporcionado una coartada. Se había creado una para ella misma.

Oí el sonido de una voz. Mirando hacia arriba, vi la rechoncha figura del sargento Bullock bajando la escalera del próximo remolque. Tras él se divisaba la rubia cabellera de la tímida muchacha que hacía ya tiempo era vecina mía. La momentánea sensación de seguridad que me envolvía, se desvaneció. Bullock había estado comprobando mi coartada. ¡Le había resultado muy fácil!

El sargento andaba pesadamente hacia mí. Su compañero se detuvo y se quedó allí, tras Bullock, inmóvil. Aguardé, incapaz de moverme. Yo no lo había hecho, no tenía nada que ver con la muerte de Lois, pero no me creerían ahora después de la mentira. Debiera haberles dicho la verdad.

—¿Qué pasa, profesor? ¿Su joven amiga se decide a marcharse a casa tempranito?

—Estaba... molesta —dije tensamente.

El sargento pareció casi genial. Con toda seguridad estaba gozando del momento.

—Hemos comprobado su coartada, señor Cameron —dijo el sargento —. Su vecina afirma que es cierta la hora que usted dio como entrada en el remolque y también vio a la muchacha que llegó unos minutos después de las ocho. ¿Está usted muy enfadado con nosotros?

—No —dije estólidamente, aturdido—. Claro está que no.

—Descubriremos quién lo hizo —afirmó el sargento—. Pero ahora vanaos a tener que desenterrar muchas cosas.

Se marcharon. Estuve mirando hasta que el helicóptero amarillo y negro ascendió lentamente en el negro cielo. Al fin me volví a mirar el remolque de mi vecina. Las cortinas estaban echadas; la puerta, cerrada. La joven se había encerrado.

Todo el mundo me estaba proporcionando coartadas. Nadie me quería ver dentro de la cárcel. Me pregunté por qué. El salvaje ritmo de los acontecimientos, la secuencia de extrañas e inesperadas situaciones, me habían dejado confundido, incapaz de pensar con claridad. Pero después de un

momento de reflexión, cuando todavía estaba en la puerta de mi casa mirando las corridas cortinas del remolque vecino, comprendí el motivo de que no quisieran que me encerraran en la cárcel.

La cárcel era la seguridad.

IX

Tuve otra noche de sueños espasmódicos que me dejaron por la mañana molido hasta los huesos. Luché contra la espantosa pesadilla que podría ser simplemente una repetición del terrible sueño en que era sorbido por frías aguas negras, y, como resultado de esa lucha, me desperté lleno de pánico, haciendo firmes propósitos de no volver a soñar, para despertarme otra vez, angustiado, con el corazón latiendo con fuerza y cubierto de sudor. Y así toda la noche. Las imágenes del sueño y las de la realidad se me confundían por la mañana en la cabeza. A veces era Laurie la que estaba en mis brazos, con sus cabellos rojos rozándome el cuello, cabellos que se convertían en los rubios y lisos de la tímida muchacha cuyo nombre yo no sabía. De pronto el sargento Bullock me atrapaba en una esquina y me chillaba en los oídos: «¿Por qué la mataste?» Y, al despertarme, me preguntaba a mí mismo por qué había muerto Lois, aunque sabía en lo profundo de mi corazón que ella tenía que rnorir, que yo la había marcado para la muerte. Porque ella sabía. Ella había visto al ser extraño. Al intentar yo localizarla, me había convertido en el instrumento involuntario de su muerte. El sentimiento de culpabilidad colgaba en torno a mí como una pesada manta que no dejara pasar el aire, oprimiéndome, cerrando sus garras en mis pulmones con la espesa, fría agua negra del sueño. Al fin el amanecer gris llegó de pronto a la cresta de las montañas y me sorprendió exhausto, con los ojos hinchados.

Era un jueves. Tenía dos clases esa mañana, incluyendo la vigilancia de los estudiantes de segundo curso a las once en punto. De todas formas me las arreglé para explicar las lecciones, aunque no muy seguro después de lo que había dicho, sorprendiéndome a veces al verme hablando con fluidez, con aparente cohesión y lógica, haciendo preguntas o contestándolas, funcionando como un robot bien entrenado en desempeñar las funciones de un instructor de inglés.

Y por fin llegó la tarde y la última clase del día terminó. Ya estaba libre para volver a la biblioteca. Lentamente comencé a leer los artículos y periódicos que había dejado aparte el día anterior. Leía sin esperanzas, casi sin interés, convencido de que no encontraría nada que explicara la confusa existencia de las mentes invasoras... y, sin embargo, creía en esos momentos, más firmemente que nunca, que eran verdaderas, no un producto de mi propia enfermedad, porque había muerto una mujer que podía haberlas identificado. Y al fin empujé hacia adelante el montón de revistas y periódicos con súbita impaciencia.

No encontraría en ellos respuesta. Tenía que salir a descubrirla. No podía ni esconderme de los seres extraños ni intentar ser más listos que ellos, pero podía obligarles a descubrirse. Podía atacar aunque no tuviera probabilidad de vencer. Uno de los cuatro estudiantes había sido ya probado y no podía tratar de creer que Laurie era todavía sospechosa. Su conducta de la

noche anterior, examinada retrospectivamente, me parecía ser palpablemente la demostración de una ardorosa y mimada muchacha acostumbrada a poseer lo que se le antojaba... y en ese momento yo era su antojo. Pero ella era sólo uno de los cuatro estudiantes.

Un sonido rompió e1 errabundo círculo de mis pensamientos. Los estantes de la biblioteca eran una red de pasillos atiborrados de libros. Oí pisadas que subían la escalera metálica. ¿Por qué esas pisadas habían impresionado mi mente? Había habido ruidos de todas clases durante toda la tarde cuando los lectores o bibliotecarios iban y venían.

Estos pasos son furtivos, pensé. Me levanté lentamente del pequeño pupitre y me acerqué a la ventana. Los otros sonidos habían tenido una secuencia normal registrada inconscientemente por mi cerebro. Estos pasos eran singulares, originados por una sola persona, por alguien que suponía que no le oían, que se movía lenta y silenciosamente.

Me deslicé hasta ponerme junto a la ventana. Sabía que la luz del crepúsculo siluetearía mi cuerpo, pero no me importaba. No había nadie a la vista, pero sabía que alguien estaba allí, aproximándose a mí, y sentí la opresión, ahora familiar, del terror.

Se detuvo ante mí, confrontándome con su mirada, tan repentinamente, que parecía que se hubiera materializado ante mis ojos.

—¿Qué desea usted? —pregunté con rudeza.

—Quiero hablar con usted, señor Cameron —dijo Bob Jenkins con voz baja y pastosa.

—Se da por entendido que usted no puede penetrar en la biblioteca.

—Les dije que quería verle a usted.

Naturalmente, pensé. Los bibliotecarios son gente muy razonable. ¿Cómo podían ellos adivinar para qué quería verme Jenkins? ¿Por qué había de sospechar? Si era verdad que les había hablado.

Jenkins avanzó y vi que tenía los labios apretados y que en sus azules ojos lucía una chispita de rabia. En ese momento oímos los dos el rápido taconeo de los pasos de una mujer que se acercaba a una de las escaleras próximas. Jenkins se alejó tras una de las filas de estantes. El ruido de los tacones se alejó algo y luego se detuvo. Cuando Jenkins volvió parecía haberse relajado un poco aunque su rostro estaba todavía fríamente inamistoso.

—¡Déjela en paz! —dijo secamente.

Le miré, asombrado.

—Ya sabe usted a quien me refiero. ¡Deje en paz a Laurie! Sé que fue a la casa de usted anoche.

—Eso... eso, fue para tomar notas de un ejercicio de redacción.

—No me trate como a un crío. La vi cuando vino a casa anoche. Estaba tan loca que ni siquiera me dirigió la palabra... y ella no podría haberse corrido la pintura de los labios sola.

Comencé a recobrarme de la sorpresa. El peligro que yo había esperado

era tan superior al originado por la angustia de un muchacho celoso, que sentí unos deseos locos de echarme a reír. Pero su rabia parecía real. Creo que si el bibliotecario no hubiera estado tan cerca habría comenzado por su cuenta una pelea.

—¡Es mi muchacha! —dijo con voz cortante—. ¡Manténgase alejado de ella!

—Eso es ella quien tiene que decidirlo, ¿no? —pregunté con suavidad —. Pero no creo que tenga por qué preocuparse. Dudo que ella vaya a verme otra vez.

—¡No trate de apartarla de mí! —dijo el muchacho con vehemencia—. Si no la deja en paz, quizás a la escuela le gustaría estar enterada de esto. ¡A las autoridades académicas no les gustaría!

Me sentí irritado.

—Si está pensando en formar un escándalo —dije fríamente—, quizás haría mejor en pensar en la reputación de Laurie también. Si trata de perjudicarme le hará a ella bastante más daño que a mí.

Mis palabras le sobresaltaron. Me miró fijamente, con los puños apretados y respirando tan rápidamente como si estuviera en plena carrera, y sentí el conflicto en su mente; la rabia le hacía impotente.

—¡Le estoy avisando! La próxima vez me las tendrá que pagar todas.

Después de decir esto, se marchó. Pude oír el ruido de sus pasos al alejarse. Respiré profundamente...

Toma nota de otra amenaza, pensé. Primero las malignas mentes poderosas que jugueteaban conmigo. Después la Policía que sospechaba de mí. Los vecinos misteriosos. Y ahora un muchacho celoso tan fuerte y ciego, que podía hacer cualquier tontería. No podría conseguir ahora que me hicieran una póliza de seguros, pensé con un débil intento de humor. Las apuestas estaban contra mí durante los próximos meses.

La inesperada aparición de Jenkins y su estallido de celos parecían estar honestamente motivados. Si él fuera uno de los seres extraños, ¿habría actuado de esa forma? ¿Para qué? Entonces recordé la oportuna interrupción de la bibliotecaria. ¿Habría ella detenido algo más que la amenaza de una lucha a brazo partido? ¿Había sido estropeado el plan de Jenkins por este incidente, por la inesperada presencia de testigos, obligándole a improvisar una inteligente y verosímil razón para hablarme?

No. Probablemente era verdad que había tenido que explicar en la entrada su propósito de verme. De otra forma no habría podido entrar. Las bibliotecarias guardaban la entrada tan celosamente como, sin duda, guardaban las puertas de sus dormitorios. Si él hubiera planeado causarme algún daño serio no se le habría ocurrido hacerlo en la biblioteca. No era el lugar que lógicamente se escogería para esto.

Mi cerebro estaba cansado de tantas preguntas. Jenkins no estaba todavía libre de sospechas. Nadie lo estaba. Estaba tan lejos yo ahora de poder dar alguna respuesta a mis preguntas como lo había estado siempre. O más.

X

Encontré a Mike Boyle en el campo de entrenamiento de rugby, en el extremo occidental de los terrenos deportivos. El primer equipo estaba jugando contra los suplentes. Vi a Boyle plantado para defenderse de una carrera final, no moviéndose rápido, siguiendo el juego, hasta que de pronto cargó hacia adelante a toda velocidad, esquivando a los contrarios con facilidad asombrosa.

Su juego me demostró que era un firme candidato para el equipo nacional. Pero también me hizo ver que poseía una habilidad increíble para adivinar lo que iba a hacer el contrario. A cualquier sitio a que el otro intentara marcharse, Boyle se iba también antes de que el contrario iniciara la carrera, anticipándose a su acción, como si supiera exactamente lo que el contrario iba a hacer. El hecho era bastante inocente, pero entonces me extrañó. Todo era sospechoso, pensaba. Nada era inocente.

Continuó el forcejeo durante veinte minutos, mientras yo lo contemplaba. Luego el primer equipo fue llamado para descansar y un segundo grupo empezó a jugar contra los mismos cansados suplentes. Algunos del primer equipo estiraron las piernas dando cortas y lentas carreras antes de meterse en la ducha. Otros se quedaron mirando el juego unos minutos.

Me dirigí a Mike Boyle. Cuando me acercaba a él estaba cogiendo agua de una fuente. Después bebió, fresco y nada cansado, como si no hubiera estado corriendo. Se dejó correr el agua por la cara, por la garganta. Todo parecía hacerlo en forma muy fuerte, exagerada. Con el equipo puesto, parecía inmenso: dos veces más ancho que yo y alto como un castillo, a mi lado. Nunca me había parecido tan inmenso en traje de calle.

Estuve esperando mientras se refrescaba y bebía. Yo estaba seguro de que no se había dado cuenta de mi llegada, pero cuando arrojó la toalla dijo sin volverse:

—Hola, profesor. ¿Viene huyendo de algún auto?

—Procuro apartarme todo lo posible del camino de ellos.

Hizo una mueca. Sus labios eran anchos, carnosos, desafiando a las proporciones de una prominente nariz, que le habían roto ya hacía tiempo, y a una masa rebelde de negros cabellos. Sólo los ojos eran demasiado pequeños para su rostro, pero eso podía ser debido al fruncimiento habitual de las cejas obligado por la luz del sol, algo muy natural en muchachos acostumbrados a pasar la mayor parte del día al aire libre.

—Ustedes, los profesores, me desconciertan —dijo Boyle—. ¿Qué es lo que llevaba en la cabeza, profesor? ¿Un poema o algo así?

—Una cosa que acababa de oír.

—¿Sí? Debe de haber sido muy interesante —dijo de repente— para

hacerle ponerse por delante del único coche que venía por la calle.

—Lo era —afirmé.

Los ojillos castaños me miraron curiosamente y me pregunté si su brillo era debido a lo divertido que se sentía en aquel momento o a algún sentimiento más profundo.

—Mejor será que tenga más cuidado —dijo Boyle—. Oír cosas como esas no le servirán de nada si está usted muerto.

Me pareció leer cierta amenaza en sus palabras, pero ésta quedaba desmentida por la ligera mueca despreciativa de su rostro. Boyle tenía el engreimiento habitual de los deportistas profesionales a quienes la adulación del público ha llegado demasiado pronto, antes de que la inteligencia esté lo suficientemente madura para desestimarla. Tal actitud resulta siempre irritante.

—Es muy bonita esa amiga suya —dije, tal vez demasiado casualmente —. ¿No hace el doctorado en Física?

—¿Helen? Sí, es todo cerebro —asintió—. Pero es una muchacha lista —añadió extrañado, como si la combinación de listeza y cerebro fuera motivo de sorpresa—. Tenemos un baile.

—La señorita Hendricks dice que ustedes van siempre juntos.

—¿Sí? Puede afirmar que sí, profesor. Pero no soy de esa clase de muchachos a los que les gustan que los amarren cortos. ¿Comprende?

Yo estaba andando a tientas, tratando de descubrir una forma de preguntarle dónde había estado la noche anterior sin parecer estar indagando. Me di cuenta de que me disgustaba la arrogancia del jovenzuelo y sólo con un esfuerzo pude conservar la sonrisa estúpidamente amable en mis labios. Permanecí unos momentos en silencio, contemplando el entrenamiento. Los suplentes realizaron una intrincada maniobra que cogió a la defensa completamente fuera de su sitio. Boyle aulló con vehemencia.

—Debían habérselo olido desde el principio —gruñó.

—¿No se enfada el entrenador cuando sale usted a sus citas por las noches, en los días de entre semana? —pregunté de pronto—. ¿O tiene usted fijado un toque de queda?

—¡Bah! —dijo—. Soy su niño bonito. Salgo cada vez que quiero.

Vacilé:

—Creo —dije— que lo vi con Helen otra vez anoche. Más bien tarde. Yo volvía a casa del cine.

Se volvió lentamente hacia mí y sus ojillos castaños me miraron fijamente. La indefinible expresión de desprecio se marcaba otra vez en sus labios y en sus ojos.

—Profesor —dijo con suavidad—, usted no me vio con Helen anoche. Tiene usted algo en la cabeza. Quizá fuera mejor que me lo dijera de una vez.

—Creo que estaba equivocado —respondí sintiéndome muy contento por haber escogido este lugar y esta hora para sondearlo, con más de cien personas a la vista y al alcance de la voz.

No estaba muy seguro de lo que querían decir la suavidad de sus palabras y lo envarado de su cuerpo. El fuerte pecho y los musculosos brazos no me asustaban. Más bien' me aterraba ¡el pensar eh que esta fuerza bruta estuviera dirigida por una inteligencia supremamente poderosa.

—Sí, se ha equivocado usted, profesor, Helen estuvo conmigo anoche, pero usted no nos vio. Le diré lo que tiene que hacer. Si quiere saber si Helen estuvo conmigo anoche, vaya y pregúnteselo a ella, ¿eh? Y déjeme en paz con sus preguntas,

—Puedo asegurarle que no estaba curioseando —dije en mi mejor y más altanera imitación de profesor indignado—. Estaba solamente tratando de entablar una charla por pasar el tiempo.

—Claro que era eso lo que estaba haciendo. Bueno, hable para usted, profesor. Y tenga cuidado con los autos. Le echaríamos de menos por aquí.

Se volvió de espaldas y comenzó a hacer una serie de ejercicios de piernas, flexionándolas y extendiéndolas.

Me alejé lentamente. La momentánea irritación que sentí al advertir el desprecio mostrado por el atleta que tenía en más sus músculos que su cabeza no era importante. Pero su declaración en cuanto a haber estado con Helen por la noche, en caso de ser cierta, era altamente significativa. Quería decir que ambos podían responder del otro, probando que estaban juntos en el momento en que fue asesinada Lois Worthington. Boyle era el único sospechoso, de los que yo conocía, que podría con toda facilidad haberle roto el cuello a la muchacha sin que él se le alterara siquiera la respiración por el esfuerzo. Pero yo estaba convencido de que la muerte de Lois estaba relacionada con los seres extraños y sabía que de éstos no había tres. Estaba el hombre que había estado en el palco en sombras y uno de los estudiantes. No dos. Helen Darrow podía probar que tanto ella como Mike Boyle eran inocentes. De un solo golpe el número de sospechosos se había reducido a la mitad.

XI

Sentí el impulso de seguir moviéndome. Hasta los negativos resultados que estaba consiguiendo parecían impulsarme a obrar. Además estaba tratando de evitar convertirme en un blanco fijo. El hecho de que los seres extraños no me hubieran asaltado otra vez me parecía sorprendente. Habían pasado casi dos días desde el improvisado intento contra mi vida. No era consolador el pensamiento de que ellos querrían estar completamente seguros de que me tendrían bien muerto después del segundo intento... y de que no era demasiado fácil arreglar el asunto de forma que pareciera un accidente a todos los efectos.

Además, y este pensamiento tampoco parecía muy animador, la noche anterior habían estado ocupados con Lois Worthington.

Necesitaba moverme con mayor rapidez. Eso quería decir que me hacía falta un auto. Alquilé un pequeño modelo cerrado de aluminio es un establecimiento cercano a la universidad. Aunque el precio era más bien alto yo parecía haber adquirido una nueva visión en los asuntos económicos. El si podría comer al día siguiente o pagar el alquiler de la casa del próximo mes eran cosas que no creía que importara mucho. Toda mi perspectiva del porvenir' había ido cambiando gradualmente.

Incluso la obediencia condicionada a las reglas académicas de las conveniencias sociales estaba desapareciendo. Veinticuatro horas antes me habría mostrado reluctante ante el pensamiento de buscar la dirección de Lois en las oficinas del Registro, por temor a que se me preguntaran los motivos para tal solicitud. Esto le había costado la vida a la muchacha: mi indecisión y mi respeto a las conveniencias. Ahora no tuve la menor duda al ir a la oficina a preguntar las dos direcciones que necesitaba. Por extraña ironía, la muchacha que estaba tras la ventanilla no se mostró ni mucho menos curiosa. No me habría importado si lo hubiera estado.

¿Era esto apatía esquizofrénica, progresiva falta de orientación? Había huecos en los días en cuanto al momento en que había hecho las cosas habituales, como afeitarme y cambiarme de ropa. No podía recordar haberlo hecho. El espejo del auto reflejaba una imagen que podía haber sido de cualquier otro, un joven cuyo rostro mostraba pocas huellas de esfuerzo y fatiga. En efecto, a pesar de mi falta de sueño, no me encontraba cansado. Me sentía como si hubiera estado atado fuertemente y un minuto después me hubieran libertado y comenzara un paseo en coche a lo loco.

A lo loco. La expresión me aturulló. Ya comenzaba de nuevo a volver el espantoso terror. Mis desatinadas y vacilantes investigaciones tenían un doble motivo: descubrir a los seres extraños y probar que yo no estaba loco. Pero estaba lentamente, inexorablemente, atrapándome a mí mismo en un círculo que se estrechaba cada vez más. Si me sentaba tranquilamente, si no

hacía algo, no sabría nunca nada seguro. Podría creer en seres misteriosos procedentes del espacio exterior, que fraguaban complots en contra de mí, podría creer en las alucinaciones de voces incorpóreas. No tendría que confrontar desagradables implicaciones acerca de mórbidos intentos de autodestrucción o de personalidad que se desintegra.

Incluso durante los veintisiete años de mi vida la sociedad había recorrido un largo camino en su actitud hacia la demencia. Ya no se la miraba con una sensación de vergüenza o repulsión, como a algo que debe ser ignorado o apartado en un rincón de la sociedad donde no haya que tropezarse con ella. Pero era todavía la enfermedad número uno de la nación, inspiraba aún el terror de lo desconocido. Habíamos vencido muchas dificultades: el famoso descubrimiento del virus en 1971 que significó el fin del cáncer; la eliminación, prácticamente conseguida, del resfriado común; el triunfal «remiendo de corazón» que cambió las enfermedades cardíacas de ser una principal causa de muerte a un trastorno raramente fatal; la desaparición total de la poliomielitis y de muchas esclerosis y la eliminación de muchos otros enemigos malignos del organismo humano. Pero la mente permanecía inexpugnable.

Había habido gigantescos pasos en el tratamiento, pero los hospitales para enfermos mentales estaban siempre atestados por encima de su capacidad normal. Un americano de cada cinco padecía alguna forma de enfermedad mental. Algunos, los más afortunados, encontraban rápida curación mediante el empleo de la droga K7U, despachada sólo por prescripción facultativa en el laboratorio de narcóticos, y que había demostrado ser espantosamente efectiva, permitiendo que bajo su influencia se exageraran en el enfermo los síntomas de su psicosis con lo que se hacía posible un diagnóstico exacto que permitía la adopción del tratamiento apropiado. Pero había habido muchos casos de efectos tóxicos secundarios del K7U. Y en una zona de las enfermedades mentales la droga milagrosa tenía un resultado completamente diferente. Aceleraba las fases avanzadas de la esquizofrenia paranoica y las de su más raro y más lógicamente organizado primo, la paranoia.

Había un frasquito de píldoras K7U en el cajón de arriba de la cómoda de mi dormitorio, píldoras que había cogido subrepticiamente en el laboratorio de psicología la primera vez que me di cuenta de lo que parecían ser voces de una alucinación. Me había dado miedo utilizarla. Si la mía era una enfermedad sin importancia, con las píldoras podría haber el peligro de que se hiciera preciso un tratamiento intensivo. Cabía el riesgo de efectos accesorios, pero aquello no me asustaba. Los síntomas, en cambio, sí.

La alucinación de voces en un sitio donde no había nadie era bastante frecuente. A menudo aparecía combinada con un sistema ilusorio bastante bien combinado en el que la persona afectada mantenía la extraña convicción de que seres sobrehumanos estaban tratando de apoderarse de ella o de destruirla, y también a menudo estaba convencida de poseer poderes extraordinarios que explicaban el porqué de la persecución. Esa persona

podría parecer completamente normal en otras fases de su vida, bien orientada hacia los que le rodeaban, excepto en una tendencia a retraerse socialmente, evitando relaciones personales muy íntimas y manifestando además una creciente apatía emotiva que alternaba a veces con rachas de exagerada sensibilidad.

Aquel modelo sintomático era de lo más común en la esquizofrenia paranoica.

Ceñudamente, arrojé a un lado las conclusiones a que me habían conducido mis pensamientos, procurando ignorar el calambre de miedo que sentía en la boca del estómago, fingiendo que no había razón ninguna para sentir pánico.

Me encaminaba hacia el Sur a través de la bahía de Culver, al extremo oeste de la ciudad, lleno de edificios que variaban desde proyectos utilitarios del Gobierno de casos de rentas reducidas hasta lujosas mansiones residenciales. Desconecté los mandos de control automático, prefiriendo conducir el coche manualmente, aunque eso significara un viaje más lento. Necesitaba el contacto con una humanidad activa, ruidosa, normal.

El moverme por las calles del nivel inferior me proporcionó un punto de vista que no había tenido en los dos últimos años. Había vivido con mi madre en el valle hasta el momento de su muerte. Después había obedecido la inclinación de apartarme de todas las personas a las que conocía. Había tenido suerte al encontrar alojamiento en donde ahora residía. En una ciudad de dieciséis millones de habitantes aquello era una suerte mucho mayor de lo que podía imaginarme. Había ya un clamor público exigiendo más y más viviendas de renta reducida. Donde yo vivía era el último núcleo de casas particulares y únicamente la enorme riqueza de los poderosos y de los políticos hacía que aquella zona no estuviese aplastada por las masas crecientes de los trabajadores.

Ahora al volver a ver el valle después de tan larga ausencia, pude apreciar los efectos abrumadores de la superpoblación. Las aceras estaban tan abarrotadas, que la gente tenía que moverse en procesión general. En los cruces donde no había pasos subterráneos para los peatones se tardaba más de tres minutos en cruzar la calle. El tráfico automovilístico era muy intenso a pesar del gran número de personas que preferían ya no conducir y que tomaban los veloces trenes elevados que zumbaban por encima de nuestras cabezas a intervalos frecuentes. Y en toda la zona había un inacabable murmullo de voces, pisadas, bocinas, altavoces de pantallas públicas de televisión y de música recogida en cintas magnetofónicas, toda una orquesta ruidosa que semejaba el interminable bordoneo que podía existir solamente en el centro de una colmena gigante. Y la ciudad olía. Olía a sudor y a aceites minerales y a comida quemada y a humo y a perfumes franceses. Olía a humanidad comprimida en un recinto que parecía estar sin aire. Tuve la sensación de estar aprisionado dentro de sólidas paredes de sonidos, de olores y de movimientos.

El mundo estaba haciéndose demasiado pequeño muy de prisa. Más de veinticinco años de paz ininterrumpida se habían combinado con los triunfos de la ciencia contra la enfermedad y los accidentes, produciéndose así una vasta explosión en el índice de vitalidad, con su consiguiente secuela de paro y racionamiento. El mundo necesitaba espacio. El índice de criminalidad también iba subiendo de una manera alarmante. Las fuentes tradicionales de recursos alimenticios estaban agotándose.

Necesitábamos que el universo se expandiera. ¿Pero, qué enemigos estaban aguardándonos en aquellos planetas distantes que giraban en el vacío? ¿Era concebible que sólo yo en todo el mundo hubiese sido el primero en topar con aquellos enemigos? ¿Que tuviese en mis manos el destino de la Humanidad? ¿Me creería alguien si me pusiese a advertir a quienes podrían salvarnos?

No. No me escucharían. Un mundo superpoblado había producido ya un exceso de profetas y fanáticos del Juicio Final. Los jefes que podrían escuchar mi grito de advertencia se mostrarían afables. Si yo me portaba violentamente, me someterían a tratamiento. Pero si lo que yo creía no era locura sino realidad, y si yo no conseguía parar a los seres extraños, la Humanidad perecería.

Absorto en mis pensamientos, perdí el cruce que estaba buscando. En pocos segundos me vi perdido en el laberinto. El trazado de las calles era tan caótico, que, aún con un plano, tardé más de una hora en localizar el sitio que buscaba. Ya estaba anocheciendo y me di cuenta de que probablemente iba a llegar en el momento de la cena.

Me preguntaba cómo serían los Darrow.

El remolque era muy viejo, poco mayor que el mío, colocado sobre su pequeño armazón de cemento en el que se había excavado el hueco necesario para un diminuto jardín. A pesar de su antigüedad, la casita remolque tenía un aspecto de limpieza y cuidado, un aire de intimidad y orgullo. Me acordé de los intentos de mi madre por mantener limpio, cómodo y hogareño nuestro alojamiento transportable, y lo intranquila e inquieta que se había sentido en el nuevo alojamiento que compramos con el legado que le había hecho mi padre, un remolque moderno construido con materiales que brillaban sin necesidad de limpiarlo, lleno de instrumentos que hacían que el trabajo culinario resultara completamente impersonal y el cuidado de la casa una cosa anticuada.

Las cortinas no estaban echadas en el remolque de los Darrow. Pude ver a un hombre de edad madura en pie en la salita de estar, ante una pantalla ,de la televisión tridimensional. Tenía colocado el brazo derecho en la posición de un jugador de rugby que va a hacer un paso. En la cocina, una mujercita rechoncha se movía afanosamente, dándome la espalda. No vi señal alguna de Helen Darrow y anduve el pequeño trayecto que me separaba de la puerta.

El hombre acudió a mi llamada. Tenía un rostro pequeño y encogido y

unos ojos abatidos por arrugas que daban a entender que en tiempos debió de reír muchísimo. Llevaba los hombros erectos y cuadrados con una sugerencia de orgullo desafiante. En ese momento, las comisuras de la boca se le bajaban en una expresión irritada.

—¿Qué pasa? —disparó.

—¿Está Helen en casa? —pregunté.

La curiosidad se agitó en sus ojos sombríos.

—No. Pero vendrá dentro de pocos minutos. Estamos a punto de empezar a comer —añadió incisivamente.

—Dile al joven que entre —dijo una voz desde dentro.

—No quiero interrumpirles su cena —dije—. Estaré aquí mismo hasta que vuelva su hija.

—Tonterías —dijo la mujer, apareciendo de pronto junto al hombre—. Entre.

Vacilé. El hombre me volvió la espalda y volvió colocarse ante la pantalla de la televisión. La mujer me sonrió amablemente. Entré, sintiéndome incómodo por mi misión.

—Me llamo Cameron —dije torpemente—. Soy ayudante en la Universidad.

—¡Mira qué sorpresa, George! Es uno de los nuestros de Helen.

—No, no lo soy —dije rápidamente—. Pero la conozco y...

—Se quedará a cenar, ¿verdad? ¿Ha comido usted?

—No podría hacerlo.

—Déjese de cumplidos —dijo la señora Darrow jovialmente—. Hay convida de sobra y siempre es agradable tener un invitado cuando se es una buena cocinera. Y yo lo soy añadió con sincero placer.

Sonreí. El olor de hortaliza fresca cociéndose en la cocina llenaba la habitacioncita.

—Estoy seguro de que lo es —dije—, pero no puedo quedarme. Tengo que hacer otra visita.

—Pero en algún sitio tendrá que pararse para comer —dijo ella plácidamente sin tomar en cuenta mis protestas cogiendo otro plato de la rejilla.

—Mientras viene Helen, puede usted esperar con mi marido en la salita.

Entré allí y vi que el señor Darrow estaba completamente entusiasmo con el partido de rugby. Aquel entusiasmo podría serme útil. Probablemente no le daría cuidado hablarme de Mike Boyle. Examiné los objetos y los muebles de la habitación y comprendí que era absurdo sospechar que aquel hogar cálido y modesto, tan típicamente humano, pudiese albergar a una criatura extraterrestre.

George Darrow apretó un botón para apagar el aparato. El partido había terminado. La habitación quedó bruscamente en silencio. Se hundió en una butaca y se quedó mirándome. Al cabo de un momento carraspeó, pareció a punto de hablar, pero luego lo pensó mejor y se detuvo.

—Usted debe de conocer muy bien a Mike Boyle —dije como quien no quiere la cosa.

Los ojos del hombrecillo volvieron a brillar como si otra vez estuviese contemplando el partido.

—¿A Mike? Claro que lo conozco. Es el mejor tres cuartos del país.

—Sí, esta tarde lo he estado viendo actuar. Es magnífico.

—Les pegaremos, de eso no cabe duda. Mike es el alma de nuestro equipo. —Hizo una pausa y luego alzó una mirada feliz—. Mike y Helen van a casarse, ¿ya lo sabe usted?

—Sí, lo sabía. A propósito, ¿lo vio Helen anoche? He oído decir que él estuvo levantado hasta muy tarde, contraviniendo su entrenamiento.

Darrow se echó a reír.

—A Mike pueden decirle lo que le dé la gana, pero él siempre hará lo que quiera. Sí, él y Helen salieron anoche. Como casi todas las noches. Pero no estuvieron hasta muy tarde, ¿verdad, mamá?

La señora Darrow entraba en aquellos momentos.

—Yo diría que a eso de las once —contestó—.

Mike es un buen muchacho, señor Cameron. Nunca me preocupo cuando Helen está afuera con él.

—Me alegro de oír eso —intervino una voz nueva.

Nos volvimos todos hacia la puerta. La morenita esbelta a la que yo había visto con Boyle estaba en el marco mirándome atentamente, sin sonreír.

—Estábamos hablando de usted —dije levantándome.

—Ya lo he oído.

Entró en la habitación sin dejar de observarme con ojos agudos, y me pregunté si en su mirada no había algo de recelo o era tan sólo la sospecha natural de una muchacha ante un desconocido que llega haciendo preguntas.

—El señor Cameron ha venido a verte —dijo su madre jovialmente—, así es que le he pedido que se quede a cenar. Todo está *a* punto.

Aunque era evidente que no le hacía gracia mi presencia, Helen Darrow no presentó objeción alguna ni se apresuró a preguntarme para qué quería verla. Los cuatro nos sentamos en torno a la mesita y empezamos a comer. La muchacha y su padre guardaban silencio, pero la madre hablaba por los codos. Al final, la joven no tuvo más remedio que sonreír al oír algunas exageraciones de la madre. Me di cuenta de que la muchacha no mostraba hostilidad alguna sino que sencillamente era reservada y seria por naturaleza. Pronto me sentí completamente a mis anchas dentro de aquel grupo familiar. Toda sospecha que pudiera tener se me había evaporado. Cuando por fin llegó la pregunta de la muchacha, me sentí casi culpable al insistir en una investigación sin objeto. Pero al mismo tiempo tenía que presentar una excusa plausible por mi visita.

—¿Para qué quería usted verme, señor Cameron?

Vacilé.

—¿Recuerda usted el accidente que tuve la otra noche?

—Desde luego.

—¿Tuvo usted un accidente? —preguntó la señora Darrow vivamente preocupada.

—Nada grave —dije—. Pero me interesaría entrar en contacto con el hombre que iba conduciendo el coche, y he perdido su dirección. He pensado que tal vez usted la tuviese por casualidad.

Helen Darrow frunció el ceño.

—Creo que su apellido era Harrison. Albert o Alfred o algo por el estilo.

—¿Recuerda usted su dirección?

—No. En eso me temo que no puedo ayudarle.

—Bueno, por lo menos lo he intentado. Tal vez la recuerde alguno de los otros. Le telefoneé a usted la noche pasada —añadí, fingiendo la mayor naturalidad—. A eso de las ocho. Pero debían ustedes estar fuera.

—Yo estaba con Mike. Salimos a cenar.

—Es raro —dijo su madre—. Papá y yo estuvimos en casa toda la tarde.

Se produjo un silencio embarazoso.

—No, no estuvimos —dijo George Darrow bruscamente Fuimos a casa de los Wallace unos minutos. Justamente a eso de las ocho.

—Debió de ser entonces cuando yo telefoneé —dije, aliviado—. Me resulta violento comer y marcharme y le doy gracias por su hospitalidad, señora Darrow, pero...

—¿No quiere usted quedarse **a** tomar café?

—Me gustaría, pero no tengo más remedio que hacer otras visitas.

—Bueno, ya vendrá usted otro día.

—Lo procuraré. No es corriente saborear comidas como ésta.

Me despedí del matrimonio, y la muchacha me acompañó hasta la puerta.

—Espero que localice usted al individuo —me dijo más amistosamente que al principio—. Pensé que iba usted a preguntarme por la muchacha asesinada.

Involuntariamente sentí una gran tensión.

—No. ¿Ha oído usted hablar de eso?

—En el colegio no se hablaba de otra cosa.

—Ha sido algo terrible —dije automáticamente—. Gracias por haberse molestado. Y dé nuevamente las gracias a sus padres en mi nombre.

Salí a la noche fría. La muchacha se quedó mirándome, una figura pequeña y esbelta recortada sobre la luz cálida del remolque.

Una vez más mi búsqueda había resultado infructuosa. Y ahora ya había hablado con los cuatro estudiantes que estuvieron presentes en los hechos aquella noche fatídica.

No podía creer que ninguno de ellos dispusiese de poderes extrahumanos. Ni que uno de ellos fuese capaz de asesinar.

XII

Cuando marqué el número de Laurie Hendricks, me contestó la voz de un criado. Me informó cortésmente que la señorita Hendricks no estaba en casa, pero que se la podría encontrar en el remolque de la playa. Aquella era la primera vez que oí hablar de que tuviesen un sitio en la playa y entonces caí en la cuenta de que Laurie Hendricks tenía que ser la hija del millonario fabricante de helicópteros.

El criado me dio la dirección y el número del teléfono del remolque de la playa. Laurie contestó a la cuarta llamada.

—Diga.

Su imagen saltó a la pantalla. Estaba goteando, con el cabello rojo pegado a la cara. Contra el pecho se apretaba una inmensa toalla de baño.

—¿Laurie? Aquí Paul Cameron.

Apreté el interruptor para que pudiese verme en su pantalla.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz fría y distante.

—La otra noche nos interrumpieron.

—¿Estás seguro?

—Yo tenía que hablar contigo.

—No creo que tengamos nada que hablar.

—Voy ahora para allá ¿Me esperarás?

—No te molestes. Esta noche tengo una cita con Bob. Ahora tengo que arreglarme, así es que perdona.

—Me tendrás que escuchar quieras o no —dije, enfadado—. No había motivo alguno para que te disgustaras por lo que pasó entre Lois...

—¿Por qué había de disgustarme?

Cortó la conexión. Pero el instante antes de hacerlo no había nada que ocultase la belleza escultural de su espalda. Me pregunté si aquella exhibición provocativa había sido indiferencia o incitación deliberada.

Cogí el coche y me dirigí a la playa. Acordándome de la imagen de Laurie en la pantalla, me sentí arrastrado por una ráfaga de deseo. La iba a buscar no porque tuviese sospecha alguna, sino porque necesitaba abrazarla y perderme en ella, olvidar los miedos y las amenazas y el terror a mi propia locura en el olvido intenso del amor.

Al llegar junto al agua, fue como si me hubiesen dado un golpe en el estómago. ¡Agua! ¡El sueño! Un animal insensato y aterrorizado, eso es lo que yo era. Traté de abrir las puertas automáticas, sin acordarme de que no lo conseguiría mientras el coche estuviese en movimiento. Me sobrepuse a aquel primer momento de pánico y me quedé sentado, rígido en el asiento, sin mirar al agua que golpeaba a un lado y a otro de la calzada de cemento.

Me reproché a mí mismo mi pánico animal. Me dije que iba

simplemente a ver a Laurie, que no tenía nada que temer, que no tenía por qué acercarme al agua. No estaría solo. La pesadilla de ahogarse es un fantasma de la noche, un fantasma simplemente simbólico, una representación gráfica del miedo subconsciente, sentido por la parte más sana de mi espíritu hacia la locura. Tenía que afrontar aquello. Reconocerlo. Aceptarlo.

Pero la voz, pensé, la voz de mando. La mente extraña. Eso es real. La he oído yo mientras estaba despierto y totalmente cuerdo. No era ningún símbolo soñado. Era completamente real.

¿Pero lo era? ¿No había yo realizado una investigación minuciosa en torno a cada uno de los sospechosos, de los cuatro jóvenes a los que suponía poseídos por alguna cosa increíble procedente de Marte? ¿No me había convencido a mí mismo de que todos ellos era inocentes? ¿No era hora ya de que empezase a afrontar los hechos irrefutables, a admitir que la lúgubre conspiración contra mí no era más que el invento fantástico de una imaginación enferma, invento que revelaba un deseo oculto y no muy insólito de autodestrucción?

Me calmé un poco. En aquel momento ei terror a la locura me parecía menos horripilante que el espectro de una fuerza cruel y extraña que pudiera apoderarse de mí y destruirme. Por fin miré hacia la línea de la costa y no vi nada que pudiese darme miedo. No había nada que temer. Aquello no podía afectarme.

Estaba ya cerca del trozo de playa donde debería encontrarse el remolque de Laurie. Tenía ya cansadas las manos de llevarlas sobre el volante y me alegré además de no sentir el ruido del agua bajo el pavimento.

El hogar móvil y moderno de Laurie estaba equipado con una gran ventana que se abría hacia la orilla. En la mayor parte de los remolques circundantes reinaba la oscuridad y el silencio de los alojamientos no habitados. Había pocos coches alrededor y sólo una pareja de helicópteros en la pista de aterrizaje próxima a la carretera. Principalmente aquello era un balneario para pasar el fin de semana, quienes podían permitirse el lujo extremo de tener una casa en la ciudad y un refugio junto a la playa.

Llamé. Dentro del remolque no se oyó ruido alguno. Levanté la mano para llamar de nuevo y en aquel momento la puerta se abrió.

Laurie se puso rígida.

—¡Tú! Ya te dije que no vinieras.

—Y ya te dije que tenía que hablar contigo.

Quiso darme con la puerta en las narices, pero yo fui más rápido.

Seguía rígida de indignación, los puños cerrados, pero siempre con la misma curva dulce de los pechos y de las caderas, aquellas curvas que hacían saltar mi deseo de una manera inmediata. No sé hasta qué punto ella notó mí reacción, pero me pareció que el resplandor de cólera en sus ojos verdes se alteró sutilmente.

—No sé qué querrás demostrarme —dijo menos duramente de lo que yo había temido—, pero ésta no es la manera. Será mejor que te marches.

—No. Voy a quedarme y me vas a escuchar.

Se apartó bruscamente y recogió una chaquetilla que estaba sobre el respaldo de un sillón. Se dirigió hacia la puerta.

—Si tienes necesidad de hablar, hay un restaurante que no está lejos de la carretera. Quizá la camarera quiera escucharte.

La agarré por el brazo.

—Pero, compréndelo, no tenía más remedio que hablar con Lois, era una cosa importante y no te puedo explicar por qué. Pero en ninguna otra ocasión he salido con ella, nunca he tenido nada que ver con ella.

El rostro de Laurie permanecía altivo e indiferente.

—¿Y a mí qué me importa todo eso?

—Tiene que importarte. ¿O es que lo que pasó anoche no significa nada para ti?

—Me divertí un poco. Pero hoy voy a divertirme con otra persona.

Me indigné y casi estuve a punto de golpearla. Pero luego sorprendí en sus ojos una expresión de extraña ternura y me atreví a abrazarla sin que ella opusiera resistencia.

Me apartó blandamente.

—Ahora vete. Será mejor que nos veamos mañana, cuando los dos estemos más calmados y seamos un día más viejos. Estaré aquí esperándole. Buenas noches, cariño.

XIII

El remolque estaba en una ligera hondonada. Desde dentro se podía ver la línea blanca de la orilla, pero cuando se salía a la arena un filo de dunas cortaba la visión del agua. Se oía el ruido de las olas, pero ya aquel ruido no me asustaba.

El golpe surgió de la oscuridad. Tuve una milésima de segundo de advertencia, tiempo suficiente para revolverme contra el trallazo de mando. No llegó. La sombra que había surgido de la esquina del remolque cargó contra mí velozmente, pero el golpe no había sido de ningún poder mental. Fue un puño torpemente balanceado lo que me dio en el hombro cuando me volví.

—¡Maldito sea!

El segundo puñetazo me dio en la mandíbula y perdí el equilibrio. La oscura sombra se me acercó y empezó a gritar:

—¡Levántese! —chillaba—, ¡levántese y pelee!

Me eché a reír. La sensación de alivio fue tan intensa, que no me dejó sitio para la cólera ni para la sorpresa. Se trataba de Jenkins, el jovencito celoso que me había advertido que no me acercase a su novia.

Me puse en pie y recibí su embestida con un puñetazo que lo dejó tendido. Pero se recobró más pronto que yo y volvió a lanzarse sobre mí lleno de furia.

La verdad era que todavía yo no sentía ni cólera ni espanto, tan sólo una pasajera sensación de alarma, de reconocimiento, de que se trataba de una amenaza real, de algo que había que detener, no de un error ridículo.

Él era más joven, estaba en mejores condiciones, era más duro y más fuerte. Vi que se acercaba el final. Sus golpes rompían con más y más frecuencia mis barreras de codo y hombro. Él apretaba más en su ataque.

Volví a caer al suelo y entonces me vino vagamente la idea de que no me quedaba ninguna esperanza de vencer porque yo no ponía corazón en aquello. No me importaba. No tenía el sentimiento de ser un guerrero luchando por mi amor contra el caballero malandrín. Me sentía apático. Luchaba por la sencilla razón de que tenía que defenderme. Aquello no tenía nada que ver con Laurie ni con la valentía o el honor.

Sin saber cómo, volví a ponerme en pie y entonces surgió un grito de la oscuridad. Con el rabillo del ojo vi a Laurie en la puerta del remolque. El grito detuvo a Jenkins pero yo estaba ya lanzado y mi puño golpeó en el único sitio que no tenía defendido: el estómago. Soltó un gemido significativo.

Laurie volvió a gritar y corrió hacia nosotros. Jenkins estaba acurrucado en el suelo, yo de pie a su lado, escupiendo sangre, sobre la arena.

—Dios mío! ¿Qué estás haciendo, Paul? ¿Por qué?

—Él empezó —me disculpé puerilmente.

Se arrodilló junto a Jenkins, lo acarició como a un niño. Aunque en realidad el único que estaba herido era yo, como si tuviera rotos todos los huesos de mi cuerpo. Pero ella no me escucharía, y el esfuerzo de tratar de convencerla no me parecía que valiese la pena. Nada importaba. Me sentía terriblemente cansado y dolorido y muy viejo.

Di media vuelta y anduve por la arena tambaleándome.

XIV

Me senté en el cochecito de aluminio y me quedé allí un gran rato. No sé cuánto tiempo. El embotamiento iba desapareciendo poco a poco del pecho y de los brazos y de la cara, siendo substituido por un millar de punzantes agujas de dolor. Pero el embotamiento emotivo, la lóbrega apatía, persistía.

Una pelea no debiera deprimirle a uno de esta forma, pensé. A los veintisiete años no se es precisamente un viejo. ¿No se supone que uno está en las mejores condiciones físicas en esa edad?

¿Por qué no había sentido en ningún momento de la pelea una cólera verdadera? La resistencia automática y fría durante la lucha había sido anormal. Mi sentimiento ahora de estar agotado y vacío era desproporcionado. Tal vez una reacción a las semanas que llevaba de angustia, juntamente con la paliza física que acababa de recibir y los golpes finales.

¿O es que se trataba de algo más profundo? Tampoco mi reacción frente a Laurie era del todo normal. El péndulo emotivo estaba oscilando demasiado ampliamente entre los dos extremos de su arco. Yo ya no era un crío ni un adolescente inestable. El besar a una muchacha joven y hermosa no era una experiencia única y enloquecedora. La pasión momentánea por Laurie había significado demasiado para mí. Cierto que no era una muchacha corriente y que en el aislamiento que yo mismo me había impuesto no podía decirse que llevara una vida sexual completa y satisfactoria. Sin embargo, ninguno de aquellos hechos parecía explicar del todo la reacción exagerada y vibrante que había sentido frente a ella en las dos ocasiones en que habíamos estado solos unos minutos.

¿Estaría ella ejerciendo sobre mí una influencia que no fuese natural?

Pero luego me revolví contra aquellas ideas y me dije que ni ella era un monstruo ni lo era Jenkins, Helen Darrow o Mike Boyle. Tenía que ser uno de los cuatro, pero el caso es que ninguno lo era. Así pues, no me era posible ya ocultar mi amarga desilusión. No había seres extraños. No había más enemigo sino el que se ocultaba dentro de mí. Yo mismo.

Pero, no obstante, había un hecho que no era imaginario. Lois Worthington había muerto. Ella había visto al hombre en el palco trasero, yo había tratado de alcanzarla y ella había sido asesinada brutalmente. Aquel hecho era demasiado real. Y la visión que yo había tenido hacía tanto tiempo de la muerte de mi padre no podía ser borrada ni explicada de ninguna manera plausible. Aquello también había sucedido. Por aquel tiempo pude creer en una coincidencia. Ya, no.

Por otra parte, si los seres extraños existían tan sólo como elementos de una complicada manía de persecución, si las voces susurradas eran

alucinaciones, entonces tendría que haber habido antes síntomas accesorios, alguna prueba de un deterioro más intenso de mi pensar. Pero ninguna otra cosa había cambiado. El mundo seguía pareciéndome lo mismo de siempre. Ni siquiera tenía que buscar lejos para hallar una explicación aceptable respecto a mis bruscas oscilaciones de la apatía a la emoción más extremada. Esta inestabilidad podría explicarse lógicamente por las presiones anormales de miedo y preocupación.

Dubitativamente examiné las pruebas en pro y en contra de la existencia de los seres extraños. La argumentación sobre la que podía fundamentar la fe en mi cordura era una argumentación débil, de delgadas paredes y superficiales cimientos. Para protegerla, cerré la mente contra todos los vientos de la realidad y de la lógica.

Puse en movimiento el coche y me fui alejando lentamente del grupo de remolques. Mientras estuve al volante no se vio señal alguna de Laurie o de Jenkins. Miré la hora en el tablero de instrumentos. No eran las once. Todavía temprano. Las cuarenta y ocho horas que habían transcurrido desde que las voces me asaltaron en el patio de la universidad me parecían ahora semanas infinitas. El tiempo había perdido su significado.

A aquella hora, la carretera junto a la costa por la que yo me iba moviendo estaba relativamente desierta. Sólo algún que otro coche se cruzaba conmigo o me rebasaba.

Un gato surgió de uno de los lados de la carretera. Frené con un movimiento reflejo, esperando oír el ruido del aplastamiento, pero el gato reapareció al otro lado de la carretera y volví a enderezar el coche.

Al acelerar, miré automáticamente al retrovisor. Los faros del coche que venía detrás de mí estaban exactamente a la misma altura que antes. Me costó algún tiempo comprender que me seguían, y entonces una delgada corriente de emoción se abrió paso en mi amodorramiento mental, y surgieron unos latidos de miedo.

Conduje más de prisa, saltando bruscamente de los sesenta a los cien kilómetros por hora. Pero el otro coche me seguía implacable. Pude darme cuenta de que iba buscando el accidente, de que eso era lo que el otro quería.

Agarré los frenos, pero en aquel momento en mi mente descargó el pensamiento con la fuerza de una masa:

—¡Suelta los frenos, suéltalos, conduce más aprisa, más aprisa!

Trataba de resistirme, de crear un vacío en mi mente, algo que no escuchara aquella voz fría, arrogante, impasible. El cuentakilómetros daba saltos alrededor de los ciento treinta.

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Aquella única orden, repetida una y otra vez, redoblando en mi cerebro y borrando todo pensamiento. Yo era como un autómata que conducía al coche dócil por la confusa cinta de una carretera, era una marioneta gobernada por tenues cuerdas de fuerza mental, un títere de madera sin voluntad ni ideas propias, respondiendo pesadamente a la palabra del dueño.

Y por último llegó la orden, la orden tan temida en los repliegues más profundos de mi conciencia, que la protesta llegó a gritar en mi mente, sacándome del estupor.

—¡Gira el volante!

Y en aquel segundo, cuando el impulso inmediato de obediencia era casi arrollador, un grito final y frenético de desafío se hizo oír. Vi frente a mí la curva suave de una rampa que se dirigía hacia la carretera oceánica. Por unos momentos largos y agónicos resistí contra la presión y mis manos se movieron en el volante para enderezar al coche hacia la rampa.

La maniobra cogió a mi perseguidor por sorpresa. Hubo un brevísimo instante de respiro antes de que la voz clara y fría volviese a sonar de nuevo apagando el entusiasmo que se había apoderado de mí. El principio de la recta carretera playera estaba tan cerca ahora, que creí que me salvaría.

—¡Gira! ¡Gira ahora!

Yo había gastado ya toda la fuerza que me quedaba para resistir. Sentí que los invisibles dedos electrónicos de los controles automáticos de la carretera querían sujetar el coche y mantenerlo lejos de la barandilla. La esperanza renació en mi pecho. Todavía podría salvarme. Pero la velocidad del coche era demasiado grande. Derribó el parapeto y estaba ya en el aire, describiendo una curva larga y abierta para caer al fin contra el muro de agua. El muro se rompió y se hizo trizas alrededor del coche y me vi hundido en una cueva infinita de frío y de oscuridad.

XV

A través del agua surgían rostros distorsionados y relucientes. En mis oídos había un zumbar lejano como el clamor del mar atrapado en una caracola. El zumbido se alejaba luego y en la inmensidad del silencio yo aguardaba temblando que la fuerza invisible se apoderara da mi mente.

—¡Es un milagro! —dijo una voz con toda claridad.

Mis párpados se abrieron como persianas llenas de polvo. Volví a ver las caras, borrosas como las de una foto desenfocada, pero mucho más claras que antes. Me acordé de un despertar anterior en el que cinco pares de ojos se me habían quedado mirando llenos de curiosidad mientras yo temblaba de miedo. ¿O es que todo había sido un sueño del que sólo empezaba ahora a despertarme?

—No se mueva —dijo un hombre.

No tenía la menor intención de moverme. Me dolía la cabeza y sentía un extraño picor,

Cerré los ojos y volví a abrirlos. Había dos pares de ojos, colocados en dos rostros, ahora completamente claros. Un hombre y una mujer, de edad mediana o más viejos. Desconocidos. El cabello del hombre era de un gris acerado y lo tenía mojado y pegado contra el cráneo. La mujer pacía un pájaro. Se inclinó hacia mí y tuve la impresión de que iba a picotearme con su nariz larga y puntiaguda.

—¿Puede usted oírnos? —preguntó ella con su voz delgada y piante—. ¿Sabe usted lo que estamos diciendo.

—Sí.

Yo creía haber hablado en voz alta pero ella continuó mirándome a la expectativa. A su espalda, el cielo estaba oscuro y aquello me sorprendió.

—Henry lo sacó a usted del coche —dijo la mujer—. Vimos cómo pasaba la cosa.

Escuché el ruido de dos camiones que pasaban por el puente. Luego lo recordé todo.

—¡La voz! —grité—. ¡Gira el volante!

El hombre se inclinó sobre mí amenazadoramente.

—¿Qué está usted diciendo?

Traté de moverme. El dolor se deslizaba por mi cabeza en ráfagas que parecían arrancarme del cráneo.

—Por favor —gruñí—, aquella voz...

—¿Qué dijo aquella voz?

—Me dijo que girara el volante.

—Henry, ¿oyes lo que está diciendo?

—Ese es el delirio. No significa nada.

—Pero dice que ha oído voces. Debe de ser uno de ellos.

—No sabe lo que está diciendo.

Se me cerraron nuevamente los ojos para defenderme del dolor de la cabeza. Al abrirlos, vi ya perfectamente enfocados a aquellos dos seres. El hombre estaba empapado y parecía hallarse de mal humor. Los rasgos de pájaro de la mujer estaban alargados por la curiosidad y sus ojos brillaban de excitación.

—¿Oyó usted una voz? —preguntó ella rápidamente—. ¿Es eso lo que está tratando de decir?

—La voz de un ser extraño —dije débilmente.

El matrimonio se puso a hablar en voz baja. De su conversación se deducía como si otras personas hubiesen oído las voces. Pero si aquello era verdad, entonces yo no estaba solo, no era cosa que me hubiese imaginado.

—¿Han oído ustedes las voces? —pregunté ansiosamente.

Ella meneó la cabeza.

—Henry y yo lo hemos intentado, pero no lo conseguimos, no tenemos una fe completa. Pero el Swami dice que nos estamos acercando a la pureza del pensamiento puro.

El hombre rezongó, interrumpiéndola.

—¿Puede usted mover las piernas? —preguntó.

Lo probé y lo conseguí trabajosamente.

—Desde luego es un milagro. Lo mejor será que lo llevemos a ver al Swami.

Salió para buscar el coche. Yo me quedé mirando a la mujer-pájaro.

—¿Esa persona de que ustedes hablan oye las voces?

—Desde luego —contestó sorprendida—. ¡Está Exaltado!

No comprendí aquella expresión. Me agarré al único hecho que parecía estar claro, el de que había otra persona que escuchaba las voces, alguien que podría ayudarme. Entonces ya no estaría solo.

Un coche se deslizó por la blanda arena y se paró allí cerca. Se abrió una portezuela. Sentí que unos brazos me cogían por los hombros y lancé un suspiro de dolor.

XVI

Cuando recobré el conocimiento, era ya por la mañana. Me sentía rígido y dolorido y por un minuto tuve la impresión de que estaba vendado de pies a cabeza. Más tarde me di cuenta de que únicamente tenía vendas en la cabeza y en el brazo izquierdo. Estaba vestido con una túnica de una pieza de tela blanca, ceñida junto a las piernas y al torso.

No sabía dónde estaba. Me hallaba tendido en una cama estrecha y dura entre duras y anticuadas sábanas blancas de algodón. La habitación era pequeña y de techo alto. Sólo tenía una ventanita, larga y estrecha y provista de reja.

Me levanté, sentí mareos y me pregunté si me encontraría en un hospital y cuánto tiempo llevaría allí dentro.

La puerta tenía una mirilla y me dio la impresión de que alguien estaba vigilándome.

La memoria me iba volviendo lentamente en fragmentos cortados. Recordé haber estado con Laurie, la lucha fuera del remolque, la carrera frenética perseguido por el otro coche, la voz que me incitaba a ir más y más aprisa, y por último el momento de terror que me había sobrecogido cuando el coche saltó el parapeto y describió una curva en el aire.

Luego la aparición de aquel matrimonio que me hacía metido en su coche para que me viese no sé quién.

Oí un chasquido en la cerradura. La puerta se abrió y entró una mujercilla vestida con una toca blanca y suelta.

—¡Está usted despierto! —exclamó.

Aquello no necesitaba respuesta. Fruncí el ceño y me quedé mirándola.

—¿No se acuerda usted? Le trajimos aquí Henry y yo. El Swami se mostró muy complacido.

—¿Swami?

—¡Sí! El Exaltado Uno. Lo verá usted esta mañana. ¿Se siente bien del todo? El Swami dice que no tiene nada roto. Únicamente un corte en el brazo y magullamiento.

Comprendí que había tenido mucha suerte. Los seres extraños habían fracasado.

—¿Cree que podrá comer?

La idea de la comida me produjo una aguda sensación de náuseas. Me llevé una mano al estómago y sacudí la cabeza.

—Tiene usted que tomar algo, pero por ahora no trate de andar.

Salió arrastrando la toga por el suelo. Yo me quedé sentado en el filo de la cama, incapaz de sentir curiosidad por el sitio en que estaba y por el motivo de haber sido traído aquí. Transcurrían los minutos y la mujer no volvía. La habitación estaba sumida en el más profundo silencio. No se escuchaba el

menor ruido dentro ni fuera e incluso el aire acondicionado se engendraba sin ruido alguno.

El lugar era como una cripta, pensé. La idea no me hizo ninguna gracia. Me quedé mirando los sólidos muros y el estrecho ventanuco, así como la pesada puerta bien cerrada, y todo aquello se puso a bailar ante mis ojos como si estuvieran cercándome más y más por momentos. Una horrible claustrofobia se apoderó de mí y la respiración se me hizo trabajosa e irregular.

El pánico me lanzó fuera de la cama. Mis ropas estaban limpiamente colocadas sobre un sillón de madera tallada puesto junto a una de las paredes. Tambaleándome, avancé hacia el sillón. El suelo de la habitación parecía temblar y tuve la sensación de que me caía, pero de todos modos llegué a la pared y me apoyé en ella. Después que la habitación se quedó firme, tardé todavía unos minutos en cambiarme la túnica blanca por mi propio traje. A pesar de la fría temperatura estaba sudando.

Entonces descubrí que me faltaban los zapatos. Miré muy cuidadosamente en toda la habitación. No había ningún ropero. Los únicos muebles eran el sillón y la cama estrecha. El suelo estaba desnudo. Mis zapatos no se veían por ninguna parte.

Todavía estaba preguntándome dónde podrían encontrarse, cuando la puerta se abrió y la mujer de la cara de pájaro entró en la habitación trayendo una bandeja. Se detuvo bruscamente cuando me vio.

—Ya le dije que no se levantara —dijo con enfado.

—No contesté. Ella dejó la puerta y me quedé mirando aquel hueco. Me abandonó la claustrofobia. Pensé que todo aquello era absurdo, que estaba enfermo y que me imaginaba toda clase de peligros.

—Sería mejor que se quedara sentado en la cama —dijo la mujer.

La obedecí. Esta vez ya me costaba menos trabajo moverme. Incluso se me iban pasando las náuseas. Podía oler la fragancia del té recién hecho. En la bandeja había también pastas y una taza de algo que parecía arroz. Con gran sorpresa de mi parte, descubrí que la vista de los alimentos me abría el apetito.

Comí. Era una comida insípida, pero no desagradable. Las pastas y el té eran excelentes. Parecía que la fuerza iba entrando en mí a raudales a medida que iba comiendo. Cuando terminé me sentía ya casi normal.

Levanté la mirada hacia la mujer, que se había sentado en el filo del sillón y que me miraba con ojos brillantes de curiosidad. Parecía más que nunca un pájaro y sonreía sutilmente.

—¿Dónde están mis zapatos? —pregunté de pronto.

Se sobresaltó.

—¡Oh!, aquí nunca llevamos zapatos.

Por primera vez me fijé en que iba descalza. No era nada raro que se moviera tan silenciosamente. Pensé en centenares de personas correteando por el edificio con los pies desnudos. La idea era cómica más bien que terrorífica.

—¿Y qué es esto? —le pregunté.

Me contestó con voz apagada, casi reverente:

—Está usted en el templo del Sol de Poniente. Se le ha concedido una audiencia con el Exaltado Uno. Ya le ha visto y le ha puesto la mano encima.

Fruncí el ceño. Volvían a mi memoria frases de la noche anterior y en algún sitio de mis recuerdos surgió la imagen de un hombre muy moreno, con luminosos ojos negros que me miraban fijamente, inclinándose sobre mí. Recordé por qué me habían traído aquí. Miré fijamente a la mujer. Su marido me había salvado la vida. Y habían hablado no sé qué acerca de voces extrañas.

—¿Quién ha escuchado aquí las voces? —pregunté ansiosamente.

—Naturalmente el Exaltado Uno las oye —dijo ella con calma—. Es extraño que usted pueda oírlas, habiendo fracasado tantos de nosotros. Pero los designios de Dios son inescrutables.

Las últimas palabras resultaban incongruentes en labios de aquella mujer, pronunciadas con una especie de precisión mecánica a la que yo estaba habituado: la recitación rutinaria de una respuesta por un estudiante que no comprende lo que está diciendo. Mi curiosidad se veía frenada por algunos recelos. Estaba ansioso de encontrarme con el hombre al que ella llamaba Exaltado Uno. Ni que decir tiene que yo había oído hablar de varios cultos místicos religiosos, cuyo número había crecido rápidamente en los últimos años. Pero me extrañaba aquella coincidencia de las voces.

—¿Cuándo podré verle? Me gustaría hablarle ahora.

—Ahora está absorto en la contemplación. Pero no tardará mucho. Cuando el sol se haya levantado, le llamará a usted. Es mejor que se vaya preparando. Yo vendré a buscarle.

Vino al mediodía Me había quedado dormido y me desperté muy vigorizado. La mujer me condujo por un claustro a lo largo del cual se veían muchas puertas similares a las de mi habitación. Bajamos unas escaleras y llegamos a un vestíbulo de techos altísimos. Aquel local inmenso estaba casi vacío.

Cruzamos el vestíbulo y pasamos por otra puerta. Y entonces me detuve bruscamente. La habitación estaba abarrotada y todo el mundo llevaba togas blancas como la de la mujer. Todos estaban sentados con las piernas cruzadas sobre el suelo en diversas actitudes de concentración. Muchos ni siquiera levantaron la cabeza cuando entramos. Los que lo hicieron no mostraron ni sorpresa ni un interés especial. Volvieron a sus contemplaciones. Nadie hablaba.

La mujer había cruzado la habitación y me hacía señas impacientes para que la siguiera. Caminé despacio hacia ella. Abrió una puerta que estaba al extremo de la habitación y se echó a un lado para dejarme pasar. Oí cómo la puerta se cerraba suavemente a mis espaldas.

Al principio creí hallarme solo. La estancia se hallaba provista de espesas cortinas y sumida en la oscuridad. Había un fuerte olor a incienso. La

habitación parecía estar completamente vacía, excepto un gran cojín colocado en el centro. Entonces me di cuenta de una finísima cortina que colgaba en el centro de la habitación como un velo. De la otra parte empezó a encenderse suavemente una luz que principiaba en los rincones de la habitación y que iba resplandeciendo gradualmente como un amanecer. Detrás del velo, recortado sobre el fondo suave de luz azulada, había un hombre casi desnudo. Llevaba un gran turbante blanco en la cabeza, adornado con una espléndida piedra roja. Los rasgos del hombre eran rozados apenas por las luces, distinguiéndose la línea recta de una nariz de gran puente, unas mejillas huesudas, labios llenos y sensuales y mandíbula firme, obteniéndose la impresión de conjunto de un rostro que era sorprendentemente bello sin ser débil ni lindo. La piel del cuerpo parecía casi negra. Un paño blanco le cubría los riñones.

—Es usted Paul Cameron —dijo el hombre con una voz rica e impresionante, que le daba importancia a la inocua declaración.

—Así es —contesté con voz incolora e insignificante.

—Ese cojín se ha puesto ahí para usted. No debe de estar acostumbrado a nuestros hábitos austeros.

Al sentarme me di cuenta de que el otro estaba sentado a su vez sobre una plataforma más elevada.

—Debo darle las gracias por haberme recibido —dije, sintiéndome vagamente decepcionado.

No sé qué ilusiones me había hecho, pero desde luego no había contado con aquella complicada ostentación teatral. Deduje rápidamente que me hallaba en el templo de uno de aquellos cultos populares y supersticiosos que engañan a los cándidos infelices.

El hombre hizo una inclinación de cabeza.

—Soy Swami Fallaninda. ¿Se siente desilusionado?

El que hubiera captado mi pensamiento me sorprendió.

—No, en absoluto. Ya sabe usted cómo he llegado hasta aquí. Cuando hablé de oír voces sus discípulos mostraron curiosidad. ¿Es que usted las ha oído?

—Muchos las oyen. El cuerpo astral es visible para los que se adaptan a sus vibraciones, a los que pueden ver u oír con ojos y oídos astrales.

Interrumpí impacientemente:

—No se trata de voces astrales o como quiera que usted las llame. Estos son seres extraños, seres que tratan de matarme.

El místico no mostró ni sorpresa ni preocupación.

—Es posible que poderes ocultos puedan ser usados para propósitos perversos. Sin embargo, no es corriente que suceda eso, sino sólo que mediante el entrenamiento se puedan escuchar las vibraciones del cuerpo astral. Usted no ha tenido tal entrenamiento, ¿verdad?

—No, pero he oído voces.

—Quizá fuera mejor que me explicase qué es lo que ha experimentado.

Estudié a la oscura figura medio oculta tras el velo y me sentí ganado por un impulso de confianza. Llegué a esperanzarme. Le conté toda la historia. No vi motivo para ocultarle nada. Empecé con el recuerdo de la visión de la muerte de mi padre, seguí luego en el relato del sueño en que me ahogaba y las muchas veces que había oído las voces, sobre toda la semana última. Y por último hablé de los dos atentados que se habían hecho contra mi vida en los momentos en los que una fuerza extraña parecía controlarme la mente. Cuando acabé, aguardé ansioso, mirando a través del tul delgadísimo.

—Yo lo sabía —dijo el Swami—. Las vibraciones perversas me alcanzaron, pero yo resistí y de esta manera conservé el contacto con la Mente Universal.

—¿Mente Universal? ¿Qué es eso?

—La Conciencia Cósmica hacia la que vamos avanzando. La mente humana es frágil y finita, pero la Mente Universal lo es todo.

—No comprendo.

—Toda vida humana es un proceso de ascensión, un abrirse de la mente individual a la única mente universal. Nuestra conciencia es limitada, captamos sólo vislumbres fragmentarias de la verdad. Pero la historia del hombre es la historia de su lucha hacia la luz, la lenta evolución de la conciencia hacia el estado en que por fin lo subconsciente y lo superconsciente se fundirán en el gran Todo.

—¿Qué tengo yo que ver con eso? —pregunté.

Levantó la mano en un gesto de mando.

—La telepatía no es más que una sencilla herramienta del adepto que ha aprendido a gobernar la mente humana. Ese adepto puede fácilmente comunicar de forma directa con la mente inconsciente de otra persona, puede obligar a una mente más débil a que ejecute sus mandatos y puede incluso causar los extraños extravíos que acaba usted de describir. Un poder así, usado sólo para el mal, puede ser derrotado únicamente mediante una verdadera fe íntima, un grado de pureza en el que se limpien todas las emociones bajas. El don que usted tiene no es más que un reflejo del poder cósmico que tuvo usted en una encarnación previa. Para usar este poder de la mente, debe usted aprender lo que se llama concentración total en la cual no hay sensación alguna ni conciencia de sí mismo. Usted debe ser un receptáculo vacío, listo para ser llenado con el vino de la verdad y del amor.

Irritadamente, me puse en pie.

—¿Qué quiere darme a entender? ¿Que me una a sus correligionarios? ¿Que le entregue mis ahorros puesto que no los necesitaré si me voy a purificar de todo deseo terrenal? ¿Qué tengo yo que ver con todas esas pamplinas? Lo que me interesa es saber quiénes son los que están procurando matarme.

Mi cólera se había despertado de una manera desproporcionada, pero me era imposible dominarla. El desengaño sufrido había sido demasiado grande. Encontrarme a un fanático o a un charlatán era cosa que me daba

rabia. Me lancé hacia adelante y rompí el velo que se interponía entre nosotros. El Swami no se movió. Permanecía absolutamente quieto, con la cabeza inclinada, cruzadas las piernas, en actitud de total concentración o de plegaria. Furioso, le cogí por los hombros y le zarandeé. Su falta de peso me dejó atónito. El hombre era delgado y huesudo. Bajo mis manos resultaba frágil y ligero como una pluma. La vasta y hermosa cabeza resultaba una incongruencia sobre aquel cuerpecillo frágil y endeble. No era de extrañar que estuviese sentado en lo alto de una plataforma ni que hablase desde la oscuridad. Le solté.

A mi espalda no había escuchado ningún ruido, pero de pronto me sorprendió el roce de una tela blanca que me caía por encima y, demasiado tarde, me di cuenta del chasquido de muchos pies descalzos. Manos y manos me agarraban por los brazos y tiraban de mí.

—¡Soltadlo! —dijo el Swami—. El mal se ha apoderado de él. Dejadlo marchar en paz.

Los adeptos cayeron de rodillas mientras su jefe seguía hablándoles.

En el vestíbulo me encontré bruscamente con la mujer de la cara de pájaro. Me miró con odio.

—Deberíamos haberle dejado morir. Se ha atrevido usted a poner las manos sobre el Swami.

—¡Déjeme en paz, señora!

Salí a la calle y entonces me di cuenta de que iba descalzo. Me detuve pensativo, mirando al templo silencioso. Tenía la oscura sensación de que aquel hombre había dicho algo que era muy importante para mí, algo que yo no llegaba a captar del todo, una verdad oculta bajo el alud de sus palabras. Yo trataba de recordarlas lo mejor posible:

«Los días del espíritu están en puerta. Las horas del mal están contadas. Id en paz. Limpiad vuestro espíritu. Preparaos para el día de la verdad, del Todo en Uno. Vosotros, los que habéis tropezado ciegamente con los poderes latentes que hay en el interior del hombre, sabed que cuando vuestra mente se abre a la verdad los poderes de las tinieblas no pueden ejercer influjo alguno sobre vosotros. Conoced vuestra propia fuerza, creed en ella, no temáis morir. Porque la muerte no existe; es sólo la vida del espíritu.»

XVII

Llegué a mi remolque a mitad de la tarde. Tenía los pies cansados y llenos de ampollas, aunque había conseguido hacerme de un par de sandalias por el camino. El templo del Swami estaba a un kilómetro largo de la estación más próxima del elevador. Yo no estaba muy acostumbrado a andar, sobre todo descalzo.

No había hecho más que pisar el sendero que llevaba a mi remolque cuando apareció la muchacha de la puerta contigua. Bajó los escalones y se detuvo bruscamente.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó ansiosamente viendo mis vendas.

—Nada grave. Una caída sin importancia.

—Tenía miedo —dijo, mirándome tímidamente— Estuvo aquí la Policía. Querían verle.

—¿Otra vez le han estado preguntando a usted sobre lo sucedido la otra noche? —pregunté fingiendo no dar importancia a mis palabras.

—No, no me volvieron a preguntar nada más. Únicamente que querían verle a usted, pero no me dijeron para qué. Dijeron que volverían.

Le di las gracias y ella me contestó con una ternura insospechada.

Entré en mi remolque y me puse a meditar una vez más de lo sucedido.

Alguien había matado a una mujer y la Policía tenía motivos para creer que yo pudiese estar complicado en aquello. Y yo había mentido. ¿Por qué otra razón podía haber mentido si no por la de que era culpable? Desde el punto de vista de la Policía aquélla era una prueba suficiente.

Me senté en la cama y luché contra mi tentación de emprender la fuga. Pero aquello sería todavía peor. Además, pensé con humor macabro, en el peor de los casos podría alegar la eximente de locura. Decidí esperar.

No tuve necesidad de esperar más de una hora. Oí cómo el helicóptero chirriaba afuera y se posaba suavemente en la pista que cruzaba la calle. Los dos policías vinieron directamente hacia mi remolque, moviéndose sin prisas. Reconocí al sargento achaparrado que me había interrogado la vez anterior. Iba acompañado por el mismo agente.

—Nos alegramos de encontrarle en casa, señor Cameron. Pensábamos que estaría usted un poco preocupado por lo que le dijimos del crimen y la verdad era que a cualquiera le hubiese parecido raro eso de usted preguntar por la muchacha y resultar que dos horas después la mata un desconocido.

—Sí, desde luego. Pero, ¿es que han descubierto algo nuevo? ¿Se sabe ya quién lo hizo?

—Sí, ya lo hemos cogido. El propietario del restaurante donde ella trabajaba.

—¿Harry?

—Así se llama. Al parecer estaba loco por la chica y había habido antes un poco de jaleo. Era del tipo de las cariñosas. Me temo que le servía a media universidad.

Meneé la cabeza de arriba abajo.

—Harry —decía con tono inexpresivo.

—Sí. Por lo visto tuvieron una discusión al sorprenderla con uno de los chicos. Ya le había dado dos o tres palizas. Por lo visto era celoso y perdió la cabeza. Cosas así pasan todos los días.

Todavía atónito, miraba fijamente a los dos policías. Las consecuencias de lo que estaba diciendo el sargento iban penetrando poco a poco en mi mente. Si Harry era el asesino...

—¿Está usted seguro? —pregunté.

El sargento pareció sorprenderse.

—Hombre, si vamos a eso, la verdad es que no ha confesado todavía. Lo atrapamos hace unas horas y todavía no ha dicho nada. Un tipo terco. Pero dentro de poco tendremos el resultado del detector de mentiras y de los sueros de la verdad y la cosa quedará definitivamente aclarada. Lo hizo él, de eso podemos estar seguros. Lo vieron cerca del sitio aquella noche y los vecinos les oyeron pelear. Ahora que lo hemos cogido averiguaremos más cosas.

—Muchas gracias por las molestias que se han tomado para venir a decírmelo —dije con un nudo en la garganta.

—No ha sido molestia, señor Cameron. Hacemos servicio en esta zona.

El silencioso agente habló por primera vez.

—De todos modos nunca creímos que usted lo hubiera hecho —dijo lacónicamente.

Traté de sonreír, volví a dar las gracias y se marcharon. Un momento después el helicóptero había emprendido ya el vuelo y se perdía en la bruma vespertina.

Todo acabado, pensé. El misterio resuelto. Ningún misterio en absoluto. Nunca lo había habido. La muerte de Lois Worthington era la única prueba tangible de que yo había dispuesto para intentar demostrar que los seres extraños eran reales y peligrosos. Pero quien la había matado había sido un amante despechado.

Ya no había más datos a los que agarrarme.

Me tendí en el diván y me quedé allí inmóvil, tratando de revisar todos los hechos con una lógica cuidadosa. Repasé toda la lista. Ninguno de mis cuatro sospechosos era capaz de la conspiración monstruosa que yo había imaginado. Ninguno tenía poderes sobrehumanos. Por tanto dejaban de ser sospechosos. Era mejor considerar el asunto desde otro punto de vista, el punto de vista de la víctima misma, de Paul Cameron, el único testigo que insiste en que se ha cometido un crimen, un intento de asesinato, el de él mismo. Pero da la casualidad de que este testigo es un pájaro raro, que vive solo, que no tiene amigos y que disfruta de una rica imaginación. Por tanto, ¿cómo sabemos que no está mintiendo? ¿Cómo sabemos que no es todo una

cosa forjada en su mente?

Ya estaba. La investigación había terminado. No había tal crimen. No había tales seres extraños.

Tenía que resignarme a aquella conclusión inevitable. Transcurrieron así unos minutos dolorosos y luego, en uno de aquellos raros saltos mentales que parecen no tener ningún motivo lógico, como el brinco súbito de un saltamontes, me puse a pensar en las palabras de Swami Fallaninda y de ahí a la conclusión de que el único dios que podía interponerse entre mí y los poderes de las tinieblas que trataban de apoderarse de mi mente, era el hombre de ciencia.

XVIII

El doctor Jonás Temple era un hombre de unos sesenta años, pero cuyo aspecto no revelaba su edad. Hombre de altura media y construcción vigorosa, daba la impresión de ser más bien un atleta que un renombrado geofísico que raramente abandonaba la atmósfera azulenca de su laboratorio.

Sus ojos, brillantes e inteligentes, me miraban con firmeza, con expresión pensativa y atenta y nada burlona. Yo me sentí agradecido.

Sabía que había tenido suerte al encontrarlo en su despacho en una noche de sábado. El edificio estaba casi vacío. Pensé que era un rasgo del carácter de aquel hombre el encontrarlo allí, solo, al final de un largo día de trabajos agotadores. Y todavía era más característico que escuchase mi historia sin reírse y sin mostrar impaciencia.

—Lo que usted me pide que crea es que alguna forma de vida extraña ha asumido una forma humana...

—Ha poseído cuerpos humanos.

—¡Ah, sí! Poseído. Gobiernan esos cuerpos como si fueran suyos propios. Una especie de parásito inteligente.

Asentí.

—Y usted puede oír los pensamientos de ellos,

—Son telépatas.

—Pero eso quiere decir que usted también lo es, puesto que es el único que los oye.

—Sí. —dije tercamente.

—¿Puede usted oír los míos? ¿Puede proyectarme los suyos?

—Quizá la verdadera telepatía requiera a dos seres capaces de una percepción extrasensorial en un grado muy desarrollado, tanto en el receptor como en el emisor.

—¿Y cómo explica usted que esta facultad suya no se haya revelado hasta ahora? Porque lo que me ha dicho de su padre basta para la demostración.

—No sé qué decirle —repliqué nada convencido.

—Señor Cameron, no estoy tratando de ridiculizar lo que usted rugiere. Lo que trato es de extraer todas las consecuencias posibles de lo que me ha dicho. Sé que han existido casos auténticos de clarividencia. Pero esto no quiere decir que las experiencias que usted ha tenido en épocas más recientes tengan algo que ver con la visión de la muerte de su padre. Caben interpretaciones diversas.

Se movió en su sillón y chupó vigorosamente en su pipa. Yo paseé mis miradas por las vitrinas de su despacho. En una de ellas estaban los famosos

cristales y formaciones fósiles de Marte, al estudio de lo cual había dedicado su vida el gran científico. Seguramente estos fósiles debían de haber revelado algo de la naturaleza de la vida marciana. Si alguna especie de parásito inteligente hubiese existido en aquel planeta, ¿no habría dejado huellas que pudiera advertir un hombre como Temple?

—Esa forma de vida extraña a la que usted se refiere podría existir —dijo el doctor Temple—. Concedamos eso. No hay razón alguna para que la vida, la vida inteligente, en otros planetas, tenga que hacerse palpable ante nosotros. Lo que usted postula es esencialmente una forma de parásitos, y la idea de un ser parásito que sea al mismo tiempo inteligente no está en modo alguno más allá de las pruebas que podemos adquirir incluso aquí en la Tierra. Concedamos que eso pueda suceder. Un ser inteligente, desenvolviéndose en condiciones de ambientación enormemente distintas, podría descubrir pronto, en el progreso de la evolución, que le sería fácil utilizar un material huésped con un organismo físico mucho más desarrollado pero con una inteligencia muy inferior. Y a través de las épocas de cambio y autoperfeccionamiento, tales seres inteligentes podrían desarrollarse de forma física a lo largo tan sólo de aquellas líneas que le serían necesarias para su supervivencia y su desarrollo mental. Si ese ser pudiera utilizar el cuerpo de un huésped, tendería a no desarrollar su propio organismo físico, como el hombre ha desarrollado su cuerpo, sino más bien a perfeccionar la capacidad de apoderarse de sus diversos aposentadores y controlarlos totalmente.

Asentí ávidamente, notando que mi esperanza volvía a florecer. ¡Era una cosa posible!

—Sin embargo —dijo el científico con lentitud— es un paso bastante difícil el de aceptar la idea de que semejante tipo de vida parásita pudiera instalarse en cualquier huésped, e incluso en uno de otro planeta y con un organismo totalmente extraño como es el del hombre.

—Pero es concebible —dije tercamente, sintiéndome incapaz de abandonar mi esperanza recién nacida.

—Quizá. En realidad sabemos muy poco de la vida, del organismo viviente. Sabemos o al menos creemos que sabemos, que cualquier ser altamente desarrollado ha de tener células, y que en definitiva tiene que estar construido con el mismo número limitado de átomos con los que se manufactura rodo lo que existe en nuestro universo. Pero las formas que puede adoptar la vida son infinitas. Y la posibilidad que usted sugiere presenta una faceta interesante. —Hizo una pausa y yo me incliné ansiosamente, sintiendo correr el sudor por las palmas de mis manos—. Un parásito inteligente —dijo el doctor Temple con aire pensativo, mandando y viviendo dentro de su huésped, alimentándose de su huésped o de lo que éste consumiera, es una forma de vida que fácilmente podría sobrevivir al viaje espacial, con tal de que su huésped sobreviva. Pues el propio ambiente del parásito dentro de su huésped no será substancialmente alterado.

Me miró agudamente, como si un pensamiento súbito se le hubiese

ocurrido.

—Pero, ¿por qué un ser de esa inteligencia, inteligencia que por lo que usted dice sería enormemente superior a la del hombre, no ha dominado la cuestión del viaje espacial mucho antes que nosotros? ¿Por qué ha tenido que depender en esto de una inteligencia inferior?

—Porque no tenían a un ser como el hombre del que echar mano —dije rápidamente—. Esa parece ser una razón principalísima para venir aquí y para traer aquí a otros seres como ellos. Nunca han conocido un organismo físico como el del hombre. No se han desarrollado ellos mismos en un organismo físico de tipo humano probablemente porque no lo necesitaban o posiblemente porque un organismo así no habría podido resistir las condiciones de vida de Marte. Los huéspedes de que echaban mano nunca desarrollaron la perfección de la utilidad del cuerpo humano con sus brazos, sus manos y sus dedos. Hay más, sabemos que Marte es un planeta casi muerto. ¿No iba a saltar ávidamente un parásito de ese tipo sobre cualquier organismo nuevo que apareciese por allí, especialmente un organismo que físicamente era tan superior a cualquiera de los seres que se habían desarrollado en Marte?

El doctor Temple asintió con cuidado.

—Sí, esa es una explicación plausible. Pero nada más que hasta cierto punto, señor Cameron. Hay dos objeciones contra su teoría, objeciones que no sé cómo resolver. Una de ellas es que mis propios estudios no aportan la menor prueba sobre la existencia de una criatura como la que usted postula.

Yo tengo que creer irremisiblemente en que los signos de esa existencia tendrían que haber aparecido de una forma o de otra. La segunda objeción es que la presencia de un organismo parásito poderoso en el cuerpo humano se detectaría con la mayor facilidad y apenas necesito decirle que cada uno de los hombres que ha regresado de Marte ha quedado sometido al más penoso y rígido control, durante muchísimo tiempo, antes de que pudiera entrar de nuevo en contacto con los demás hombres. A la ciencia no ha podido escapársele nada de lo que en esos hombres pueda haber acontecido de nuevo. Es más, señor Cameron, incluso el menor trozo de roca, huesos y hongos muertos que ve usted en esas vitrinas, ha sido examinado y reexaminado de una manera exhaustiva y sometido a toda las clases de pruebas de que la ciencia dispone, antes de que fueran tocados por manos humanas.

—Pero debe de haber alguna manera...

—Déjeme acabar. Hay otra cosa que quizás usted no sepa. Los hombres que tripulan nuestras naves espaciales no entran nunca en contacto físico con ningún objeto de Marte ni con ninguna de las cosas traídas de aquel planeta. Una pared protectora se interpone siempre entre los hombres y los objetos con que entran en contacto. Nada ha sido tocado por manos humanas. Por tanto, ¿cómo va a penetrar un parásito?

—No lo sé —dije ásperamente—. Pero el caso es que han entrado.

Algo se agitaba en mi mente, algo quería intervenir en medio del aluvión de palabras del doctor, pero en el momento en que me concentraba en

aquello, tratando de aislarlo, una puerta parecía cerrarse sólidamente al fondo de un corredor en penumbra en mi memoria.

—Quizás el parásito se hallaba aletargado cuando entró —dije desesperadamente—. Quizá no se reveló por eso en los análisis. ¿Cómo podemos estar completamente seguros de que nuestros instrumentos lo registran todo?

Por un momento el científico no contestó. Leí compasión en sus ojos y supe que no creía que existieran los seres extraños. Estaba tratando de mostrarse amable y paciente. Había vuelto a consumir su pipa y ahora la vaciaba en el gran cenicero que tenía sobre la mesa. Se inclinó hacia adelante.

—Señor Cameron, yo soy un científico. He tratado de tomar en serio la teoría o explicación que usted ofrece para este conjunto de hechos. Pero cuando la investigación cierra un camino, no hay más remedio que tomar el otro.

—Ya sé lo que va usted a decir.

—Puede que no haya mentes extrañas. O más bien puede que haya sólo una: la de usted.

Las palabras entraron en mi cerebro con un toque de brutalidad definitiva.

—No soy psiquiatra, pero todo lo que usted me ha dicho encaja en el cuadro de la manía persecutoria con la que yo mismo estoy familiarizado. La presencia de enemigos con poderes sobrehumanos, la posesión de usted de capacidades anormales y el hecho de que su facultad única le haga a usted objeto de persecución por parte de esos enemigos, parecen formar un síndrome esquizofrénico. Tendría que estudiar el asunto, pero...

—No es necesario —dije sombríamente—. Ya lo he estudiado yo. Esquizofrenia paranoica.

—Las alucinaciones, si no me equivoco, tanto las visuales como las auditivas, forman parte de ese cuadro —añadió el científico—. E incluso esa idea de estar poseído, de verse forzado a ejecutar cosas que usted no quiere hacer.

—Sí, sí —admití con amargura—, todo encaja perfectamente.

El doctor Temple carraspeó embarazado:

—Lo siento, señor Cameron. Creo que usted es quien mejor se puede ayudar a sí mismo. Cuando joven se vio usted confrontado de pronto con un hecho turbador que al parecer destruyó su sentido de seguridad. Ahora, años más tarde, su intento de escapar de la realidad le ha creado en la mente un conflicto intolerable. Pero el saber lo que ha sucedido le capacita ahora para resolver ese conflicto. Puede usted afrontar la realidad. Después de todo no es tan importante ni vergonzoso el saber que es usted el hijo bastardo de un científico muy distinguido y de una mujer a la que usted quería profundamente.

Moví la cabeza, sintiéndome incapaz de contestar. La mente no es una cosa tan sencilla como creía aquel señor, pensé. No se mueve en canales tan

limpiamente trazados. Me levanté con rigidez y me acerqué a las ventanas. Por un momento me quedé viendo cómo la ciudad se perdía en las sombras.

El dios de la ciencia había hablado. Ahora yo sabía sin género alguno de duda que estaba loco.

XIX

A pie y completamente solo, caminé por las animadas calles de la ciudad. Me movía sin propósito ni destino, con el paso vacilante e incierto del borracho. Como si fuera una esponja, mi cerebro iba empapándose de visiones y de sonidos hasta que al final las imágenes se mezclaron y confundieron en una masa borrosa. Andaba. A mi alrededor el estrépito de bocinas, el chirriar de frenos, el sonido de las pisadas en las aceras, el grito urgente y la frase murmurada. Sobre la cabeza, el lento zumbar de un helicóptero o el silbido ruidoso de un reactor forzando la barrera del sonido. A intervalos el estrépito de una pantalla de televisión, aumentando de volumen cuando me acercaba y perdiendo intensidad a mis espaldas. Y siempre había música, brotando de un altavoz, el lamento de un violín, la llamada de una trompeta, el redoble de un tambor, el agudo de una voz humana.

Yo reaccionaba con gran finura a toda clase de sensaciones. Me dolían los ojos por el asalto de la luz, se me erizaba el cuerpo ante los empujones de la multitud en las aceras. Deliberadamente, me iba alejando hacia calles más oscuras y más tranquilas, sintiéndome intensamente solo.

Poco a poco la muchedumbre iba disminuyendo. El clamor de la ciudad se aquietaba, se iban apagando las luces. Y yo iba paseando solo, un loco que por última vez admiraba la confusión y violencia de la vida.

Despuntaba el alba cuando llegué a mi alojamiento. Entré y cerré la puerta.

XX

Al principio las píldoras parecían producir poco efecto. A pesar de la advertencia que figuraba en el frasco, me tomé una tercera píldora. Me quedé mirando fijamente la etiqueta: K7U. Me pregunté qué simbolizaban aquellas letras. ¿Una parte de K por siete partes de U? ¿O era ésta la fórmula a la que se había llegado en el séptimo intento? Traté de leer las palabras impresas en latín en la etiqueta. Mis ojos se negaron al esfuerzo.

Pesadamente me dejé caer en la cama. Tenía los párpados de plomo; las piernas, de algodón. Intenté volver a incorporarme, pero me faltaban las fuerzas. Parecía hundirme más y más profundamente en las blanduras del lecho. Por fin, me dormí.

Cuando desperté, no estaba del todo seguro de hallarme dormido o despierto. La barrera entre la vigilia y la inconsciencia parecía haberse desintegrado. Hubo un momento —creí que era por la mañana, pero el tiempo no tenía importancia ninguna porque el tiempo había dejado de existir— en que el teléfono se puso a sonar incesantemente y yo quería contestar con toda mi alma, pero estaba encadenado al lecho. Y hubo otro momento en que la muchacha de la puerta de al lado se puso a golpear en la ventana, crispada su boca en una mueca de dolor. Me vio mirándola y se echó a correr. La llamé, pero sin exhalar ningún sonido. A la caída de la tarde hubo un momento en que estuve asomado a la ventana.

Lo veía todo con extraordinaria viveza. Los colores tenían una intensidad que yo nunca había apreciado: el verde centelleante de un trozo de césped, el castaño de un tronco de árbol proyectándose desde las colinas amarillas, el rojo cálido de un sillón de plástico, el blanco cegador de un remolque, el moteado de un helicóptero de la Policía deslizándose en el azul eléctrico del cielo. En la planta más vulgar veía una belleza inimaginable, una realización exquisita y maravillosa de la arquitectura natural de la vida.

Me fallaba el sentido de la perspectiva. Me engañaban las distancias. Paredes que debían coincidir me parecían estar situadas en diferentes planos. El espacio era una ilusión. Quise coger un vaso de una mesa y se me escapó de una manera total. Una vez traté de sentarme en una silla y me caí al suelo. Arrastrándome, me parecía avanzar pulgada a pulgada por un espacio interminable, a una distancia infinita, tardando horas en recorrer los pocos metros que había desde una a otra pared de mi salita, y aquello no me resultaba sorprendente ni turbador. Hubo un momento en que me vi sentado en el suelo de la cocina, mirando con inmenso asombro el picaporte de la nevera. Y de nuevo me vi recorriendo el estrecho vestíbulo existente entre mi dormitorio y la parte delantera del remolque. El suelo ondeaba y se hundía y

el vestíbulo se alargaba infinitamente hasta que por fin conseguía llegar a la cama donde me dejaba caer y flotar en la negra y fría infinidad del espacio.

Al mediodía, mientras el sol caía a plomo sobre el remolque, me veía mirando indiferente el rostro blanco y quieto de mi madre en la calma sin sentido de la muerte. Sentía un embotamiento total, una ausencia completa de sentimientos, como si todo mi cuerpo y todo mi cerebro hubiesen sido tratados con dosis masivas de novocaína.

Pero más tarde, muchísimo después, me vi admirando a una ciudad gris bajo un cielo gris, un cielo animado únicamente por rayas rojas, anaranjadas y purpúreas dejadas por el Sol en el horizonte. Y las lágrimas me corrían por el rostro. Lloraba sin saber qué era lo que me daba pena.

Dormí, soñé con olas que me arrastraban de un sitio para otro. Y en el caos de la seminconsciencia gusté el saber delicioso de unos rojos labios soñados.

Y por la noche, cuando la oscuridad se arrastraba ya por los rincones de mi dormitorio, me desperté de pronto a un segundo de realidad completamente ordinaria, segundo durante el cual vi la habitación exactamente como había estado siempre, vi el frasco abierto de píldoras en la mesilla de noche, al alcance de la mano, noté el olor de mi cuerpo sudoroso y tuve el pensamiento momentáneo de que aquello estaba equivocado, que las píldoras habían fracasado, que el pozo donde me había hundido no había sido más que una ilusión. Procuré entender aquello, pero el sueño descendió sobre mí como una negra neblina...

El suelo crujió. Me desperté temblando con la sensación inmediata y aterradora de que alguien estaba en el remolque. No estaba seguro de qué era lo que me había despertado y por un momento me acordé del largo día perdido. Luego el suelo crujió otra vez.

Y todavía no comprendí. En una confusión de cuadros sucesivos, recordé las píldoras y las dispersiones que me habían causado. Pero, en cuanto a la memoria podía asegurarlo, yo sabía que las píldoras no habían causado efecto. Habían fracasado en lo de producir una exageración sintomática mi enfermedad. Mi reacción había sido violenta, pero no era más que la respuesta normal de una mente normal a una dosis exagerada. Por lo demás, los efectos habían pasado muy rápidamente.

Todo aquello lo vi, pero se me escapó su significación. Todavía estaba pensando confusamente. La cabeza me dolía por una presión casi insoportable y mis miembros estaban todavía pesados. El tercer crujido de advertencia me despertó completamente y entonces supe que alguien venía arrastrándose hacia mí desde el estrecho vestíbulo. No podía ver nada en la oscuridad y no había sonido alguno de respiración o de pasos furtivos. Pero el crujido del suelo era una voz demasiado familiar para ser ignorada. Sólo podía significar una cosa.

Yo aguardaba en tensión, aguzando todos los sentidos. Nada se movía.

Empecé a distinguir formas sombrías a medida que mis ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. Me asaltaron dudas. ¿Podría ser después de todo el instante este en que la mente llegaba a su desquiciamiento completo? ¿El monstruo creado por ella misma en las tinieblas?

Pero al final prevaleció la comprensión completa. No, yo no estaba loco. Las píldoras no habían hecho más que probar mi cordura. Después de todo habían cumplido su oficio. El peligro era ahora una cosa real. Ahora...

Atacó.

En el mismo momento en que me convencí de que me hallaba completamente normal y cuerdo, pude moverme a un lado, echándome a rodar. Una figura gigantesca se lanzó sobre la cama, cayendo en el sitio donde yo había estado. Pude oír su respiración jadeante, no contenida ya. Me alejé corriendo. Una mano enorme me cayó en el hombro, pero me zafé. Me caí luego al suelo. Cuando el enemigo se levantaba de la cama yo estaba ya en pie. Una gran mano me agarró por el traje, pero la tela cedió. Pude escapar otros pasos pero un puño me dio en la mejilla. Caí pesadamente, como si me hubieran pulverizado media cara.

Me asaltó el pánico. No podría sobrevivir al ataque de aquel gigante. ¿Quién sería? Unas manos enormes me alzaron en vilo y volvieron a arrojarme encima de la cama. Las manos trataban de estrangularme, pero yo me resistía desesperadamente. Clavé mis uñas en aquellos ojos y escuché un rugido de rabia y de dolor. Me escapé de aquel abrazo mortal. Eché a correr, aunque eso me costaba un trabajo enorme.

Mientras corría iba pensando que aquél tenía que ser el extraño, la criatura extrahumana. Pero ahora no utilizaban ninguna clase de sutileza, ningún delicado truco mental, sino la simple fuerza bruta. Me imaginé el cuadro de la muerte de Lois Worthington, tal como debió quedar la pobre muchacha con el cuello tronchado como una brizna de paja. Y supe que no me escaparía, que aquél era también el final de mi carrera.

Mi mano, palpando en el marco de la puerta, tropezó con un interruptor y la habitación quedó inundada de luz. Entonces pude verle: ¡Mike Boyle!

Por un instante, la luz lo cegó. Y en aquel momento, además de la confusión y del sobresalto causado por el reconocimiento, tuve tiempo para sentir un impulso de incredulidad. ¡No podía ser él! Yo conocía aquella mente lenta y arrogante. Y si él podía gobernarme como me había gobernado el extraño, ¿por qué no me había impedido que saliera huyendo?

Sus grandes manos me hicieron retroceder. Sentí que sus brazos me rodeaban el pecho y empezaban a apretar. Revolviéndome, le miré fijamente a los ojos. Unos ojos mate, sin visión, de una estupidez aterradora. Una presión insoportable me iba estrujando las costillas, sacándome el aire de los pulmones.

Y entre las oleadas de dolor se deslizó un rayo de comprensión. ¡Estaba controlado! Aquél no era el ser extraño. Ésta era una mente más débil, incapaz de resistir el mandato que le obligaba a matar, como yo era incapaz de resistir

su terrible abrazo. No era más que un arma con la que yo no había contado, un arma última contra la que no cabía resistencia posible.

El dolor se hacía más y más intenso. Me parecía que oía ya el crujir de los huesos y me pareció que no podría soportar aquella tortura. Un grito ahogado escapó de entre mis mandíbulas contraídas. Empezaba a perder el conocimiento y las paredes parecían alejarse como un barco que se pierde en el horizonte.

Y entonces fue cuando recordé las instrucciones que Swami Fallaminda daba a sus adeptos:

«No hay dolor, no hay enfermedad, no hay mal que el poder de la mente no controle. Concentraos y no habrá dolor. Volved la mente sobre sí misma y borraréis el conocimiento de la miseria del cuerpo. Concentraos intensivamente, conoced el poder de vuestro espíritu y no habrá nada que no podáis hacer...»

—¡Quieto!

Arrojé el mandato mental contra Boyle con toda la fuerza de mi conciencia que ya se desvanecía. Percibí cómo su cuerpo poderoso se quedaba rígido contra el mío. ¡Le había alcanzado! El desesperado intento había logrado romper la barrera de su mente. ¡Se le podía gobernar! Si el ser extraño podía hacerlo, ¿por qué no yo?

—¡Suéltame!

Su garganta dejó escapar un grito ahogado. Vi cómo su cara enrojecida se crispaba en el esfuerzo. Sus brazos se iban aflojando. Yo trataba por mi parte de borrar todo dolor, toda sensación, trataba de no ser más sino la conciencia de mi mente, de mi fuerza mental.

—¡Ahora! —Mi mente martilleaba en la suya el mandato sin palabras —. ¡Suéltame!

Sentí que sus brazos se aflojaban como un muelle que se desenrolla. Me alejé de él y me dirigí al vestíbulo. Él seguía allí como alelado, reflejando en sus ojos el oscuro dolor de un animal acorralado en un rincón, atrapado en un dilema intolerable. Sólo entonces pude sospechar algo del tormento que mi contraorden había producido en su mente cautiva.

Volví a acordarme de las palabras cantarinas del Swami: «Conoced vuestras propias fuerzas, .creed en ellas y libraos de todo temor». Ahora el hombrecito semidesnudo no parecía nada ridículo.

El chillido de la sirena de un helicóptero de la Policía rasgó el aire. Era un sonido tan estridente, que parecía sonar encima de nuestras cabezas. Y entonces vi cómo aquel sonido parecía agitar algo en la mente de Mike Boyle.

Me dio un empellón, se lanzó hacia la puerta, la abrió brutalmente y salió al aire libre.

Cuando llegué a mi ve/ a la puerta ya él iba corriendo por la calle, pero la luz de tui reflector le salía al encuentro.

—¡Alto! —aulló una voz.

Divisé el contorno turbio de un negro helicóptero de la policía, y me

pregunté por qué estarían ' allí, cómo se les había ocurrido llegar en el momento preciso. Pero entonces, con el rabillo del ojo, vi luz en el remolque de la puerta contigua. Mi atención seguía fija en Mike Boyle al que en aquel momento acababan de derribar con un golpe habilísimo. El ruido de su caída halló eco en un grito ahogado pronunciado a mi vera.

Me volví y vi los ojos asustados de la muchacha rubia de la puerta vecina. Tuve una intuición súbita, como si ella me hubiese hablado en voz alta.

—Usted ha llamado a la policía —dije.

Ella asintió.

—Tenía miedo de que pudieran herirle.

—Pero, ¿cómo se enteró usted? ¿Cómo pudo enterarse de lo que estaba sucediendo?

—Oí ruidos, me levanté a ver qué pasaba y en aquel momento vi que alguien entraba furtivamente en su remolque, así es que llamé a la policía. Eso es todo.

Por un segundo me quedé mirándola con el ceño fruncido, tratando de leer en sus ojos. No estaba asustada en absoluto, pensé con sorpresa. Más bien evasiva, misteriosa, como si quisiera ocultar algo.

Oí detrás de mí un rugido de rabia, me volví y vi cómo Mike Boyle se debatía entre dos policías. Me acerqué al grupo. El detenido profería sonidos ininteligibles y sus ojos seguían teniendo aquella extraña mirada vidriosa y mate. Reconocí en los policías a la pareja que me había interrogado en otra ocasión. El rostro frío y duro del sargento había recobrado su expresión de severidad. Me pregunté por qué habría desaparecido la expresión amistosa del día antes.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó ásperamente—. ¿Quién es este tipo?

—Se llama Boyle —dije—. Estudiante de la Universidad, un campeón en el rugby. Está loco.

—¿Mike Boyle? —preguntó el sargento con tono incrédulo.

—Sí. Y, mire, sargento —pensé las palabras cuidadosamente—, creo que fue él quien mató a Lois Worthington.

El sargento se enderezó hostilmente, mirándome con sus ojillos desconfiados.

—Piense usted bien lo que dice, no habla a tontas y a locas.

Por un instante vacilé. No tenía prueba ninguna de que Boyle hubiese matado a la camarera, pero estaba convencido de que le habían ordenado matarla lo mismo que le habían ordenado matarme a mí. Pero yo no podía decirle a la policía por qué sabía aquello. Si trataba de contarles todo el embrollo, decidirían simplemente que yo estaba chalado.

El sargento se retiró. Se dirigió al helicóptero y volvió luego con unas esposas. Boyle había cesado ya en su resistencia. Algo de su pánico bestial parecía haber desaparecido de su rostro. El sargento me interpeló, llevándome

aparte:

—¿Qué le hace a usted pensar que mató a la muchacha?

—Algo que dijo cuando estaba tratando de matarme.

—¿También quería matarle a usted? ¿Por qué?

—Creo —mentí— que estaba convencido de que yo tenía algo que ver con Lois.

—Es curioso que diga usted eso. Al principio creí que estaba usted bastante complicado en todo este asunto. Ahora empiezo a creerlo otra vez. Será conveniente que encuentre al criminal. El tipo que detuvimos, Harry Grayson, ha podido librarse da todo. Las distintas pruebas han acreditado su total veracidad. No es culpable. No la mató.

Volví a mirar a Boyle. Me pareció notar que le iba volviendo la razón.

—La mató Boyle —dije—. Pero lo hizo en un arrebato de locura, estoy seguro.

—¡Ah, sí! Está usted seguro de demasiadas cosas, creo que será mejor que baje con nosotros a la ciudad. Tendrá que darnos muchas explicaciones. No me gustan tantas coincidencias.

—¡Yo la maté! —dijo Boyle de sopetón.

Todos nos quedamos mirándoles. Él empezó a dar golpes con la cabeza sobre la pared.

—¡Ya la maté, yo la maté! —gritaba.

Entre el agente y el sargento volvieron a sujetarlo.

—Está bien —dijo el sargento al cabo de un momento, mirándome por encima del hombro—. Él lo hizo. Eso le deja a usted al margen. No lo necesitamos esta noche, pero no se mueva de un sitio donde pueda encontrarlo. Todavía tengo que hacerle algunas preguntas.

—Pero, ¿y con él, qué van a hacer con él?

—Nos lo llevaremos en una ambulancia. —Paseó una mirada circular por la calle—. Si usted quiere ayudar en algo, dígale a toda esa gente que se vaya a la cama. Y haga usted lo mismo.

Me di cuenta de que mucha gente había salido de sus remolques y formaban grupos que comentaban el extraño suceso. La cosa me sorprendió, porque todo había ocurrido en poquísimo tiempo y sin ruidos exagerados.

Me dirigí al grupo más próximo.

—Ya se acabó todo. No era más que un borracho, alguien que ha tomado unas copas de más.

Los grupos se disolvieron y me quedé mirando a Mike Boyle con lástima. No cabía duda de que lo curarían. Su enfermedad no era una aberración mental de raíces profundas, sino un desvarío temporal producido por las presiones contradictorias a que se había visto sometida su mente. Le pondrían a tratamiento y, cuando hubiese recobrado la razón, le sacarían una confesión detallada del asesinato de Lois. Pero no tomarían en serio su relato de haber seguido la orden de una mente no humana.

Le absolverían como víctima de un ataque de locura. Le curarían y

cuando estuviesen seguros de que se encontraba bien del todo, le pondrían en libertad.

Me pregunté si más tarde recordaría o comprendería lo que se había hecho con él. O quién se lo había hecho.

Levanté la mirada y vi que la muchacha de la puerta próxima seguía de pie donde yo mismo la había dejado. Anduve lentamente hacia ella. En sus ojos y en su boca se leía una gran ansiedad.

—Quiso matarlo a usted —susurró.

Asentí. Experimentaba una ternura inexpresable. Gratitud, creí. ¡Cuánto le debía a aquella muchacha!

—Gracias por haber llamado a la policía —dije—. Y por haberse preocupado.

Se ruborizó. Incluso en la oscuridad pude notarle el color en las mejillas.

—¡Espere! —dije cuando se alejaba—, ni siquiera sé cómo se llama usted.

—Erika, Erika Linstron —dijo en voz baja.

Sonreí. El nombre cuadraba perfectamente con su belleza de mujer rubia y alta. Sentí que se me renovaba aquel extraño impulso de ternura.

—Gracias otra vez, Erika.

—Buenas noches, señor Cameron —dijo rápidamente.

Esta vez no traté de detenerla. Me extrañaba que se mostrara tan ansiosa por mí. Aquello me halagaba y me complacía. En aquel momento sentí que había recobrado algo más que la fe en mi propia razón. Había reconquistado algo perdido hacía mucho tiempo. La intimidad. El calor. El toque de humanidad.

XXI

Me quedé dormido inmediatamente, con un sueño profundo y cansado. El sonido enojoso estuvo rondando en torno a mi subconsciente por largo tiempo y en vano trataba yo de escaparme hundiéndome en las aterciopeladas profundidades del sueño. El sonido penetraba también allí, una llamada delgada, distante, persistente.

Y me desperté. Y todavía era de noche. ¿La misma noche? ¿O podría haber estado durmiendo veinticuatro horas? Miré las esferas luminosas empotradas en la pared y que indicaban la hora y la fecha. Las tres de la madrugada. Había dormido menos de cinco horas. Cinco horas antes había escapado a la muerte. Tiempo suficiente para elaborar un nuevo plan.

El teléfono sonó de nuevo. De mal humor fui a la salita.

—Oiga, Paul. ¿Eres tú?

Me quedé mirando incrédulo la imagen que aparecía en la pantalla.

—¡Laurie! ¿Cómo se te ocurre llamarme **a** esta hora?

—¡Oh, Paul! ¡Gracias a Dios!

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—Hace horas que trato de localizarte. Me tienes que ayudar. Tienes que venir aquí.

Sentí el primer presentimiento de peligro, una señal de aviso en el fondo de mi mente, haciéndole eco al zumbido del teléfono de un momento antes.

—Dime qué pasa —pedí ásperamente.

—No puedo. Por favor, Paul. —Empezó a llorar silenciosamente, doblándose sobre el estómago como si tuviese un gran dolor—. Por favor.

Miré fijamente a la pantalla y todo lo que pude notar fue que Laurie estaba en salto de cama, como si acabara de levantarse asustada por algo, algo que debía ser terrorífico a juzgar por el aspecto de su rostro. Parecía contenerse a duras penas para no estallar en gritos de angustia.

—¿Está alguien contigo? —pregunté con calma.

Ella meneó la cabeza denegando, con demasiada rapidez, pensé. En el estómago se me revolvió algo. Un aletazo de miedo.

—Paul, ayúdame, tienes que ayudarme, haré todo lo que quieras, te amo, tú sabes que te amo. ¡Haré todo lo que quieras!

Pensé que no hacía falta que lo repitiera tanto. Me pregunté cuánto tiempo habría tardado en arreglarse el salto de cama con un descuido tan estudiado. Pero después mi desconfianza fue vencida por la compasión y dije sencillamente:

—No te preocupes, ahora voy para allá.

En realidad no quería ir. Me estremecí al pensar en lo que podría

encontrar en aquella playa aislada. No era nada bueno fingir que el miedo no existía, pero lo relegué a un rincón y traté de no mirarlo.

Sin embargo, tenía que considerar algunos hechos. ¿Hasta qué punto eran vulnerables los seres extraños? ¿Qué armas podrían alcanzarlos? Si los cuerpos en los que vivían eran destruidos, ¿perecían los extraños también? ¿O de tal manera infundían e informaban a sus patrones, que las formas aparentemente humanas de éstos se hacían inmunes a la violencia que pudiera destruir a un cuerpo humano ordinario? Por la conversación que yo había oído entre aquellos seres, había adquirido la vaga idea de que los extraños carcomían la misma carne de los patrones en los que moraban. Uno de ellos le había advertido al otro que mantuviese una vigilancia estricta del cuerpo para impedir que se desintegrara. Para mantenerlo unido. ¿Qué significaba aquello? ¿Podía una mente mantener sujeta a la materia en un estado fijo, retener una forma exterior siendo así que ya no había una unidad intrínseca de cuerpo? La mente sobre la materia, la mente gobernando a la materia. La posibilidad no era tan fantástica. Incluso aquí en la Tierra era tema de investigaciones científicas.

Pero, ¿qué armas podían afectar a un cuerpo gobernado de tal forma? ¿Una bala que penetrase en el cerebro ocupado destruiría al ser extraño? Yo no tenía manera de saberlo. Además carecía de pistola. Tenía que ser otra arma cualquiera.

Hice una rebusca apresurada pero concienzuda en mi alojamiento. Encontré una navaja en un cajón de la cocina. Al revolver en otros cajones, me encontré con un diminuto lanzallamas, uno de esos encendedores de gas que lo mismo sirven para encender un cigarrillo que un fuego o parar cortar delgadas piezas de metal. Iba a cerrar el cajón cuando de pronto me asaltó un recuerdo oscuro. Calor, el calor hacía más que el dolor más penetrante, el calor consumía. Todos los organismos vivientes eran vulnerables al calor. En los planetas donde la temperatura era demasiado alta, los científicos estaban conformes en que la vida no podía existir.

Me eché el lanzallamas al bolsillo, me puse una cazadora, unos pantalones de playa y unos zapatos. Abrí la puerta sin hacer ruido y salí al frío y a la oscuridad

Mientras me dirigía a la estación del elevador, un impulso incontenible me hizo volver la cabeza. Vi luz en el remolque de la muchacha. Aquello era ya misterioso. Estaba convencido de no haber hecho ruido alguno que pudiese despertarla. Aquello no se explicaba a menos que la joven hubiese estado acostada todo el tiempo sin dormirse. Pero, ¿para qué?

Entré en la estación desechando para mejor ocasión el resolver aquel misterio y subí al tren que llegó a los pocos minutos.

A aquellas horas de la noche había pocos pasajeros. En mi vagón unas seis personas, ninguna de las cuales me prestó la menor atención después de la primera mirada de curiosidad.

Mis pensamientos seguían dándole vueltas al problema de cómo los

seres extraños habrían conseguido entrar en nuestro planeta. ¿Ocultándose en dónde? La argumentación lógica del doctor Temple no significaba nada. En alguna parte había un fallo, una rendija por la que los extraños habían podido penetrar.

Esta vez no era un hombre asustado y dubitativo el que iba a hacerles frente, sino un hombre que sabía por experiencia que ellos no eran invencibles, que en mí había un poder capaz de paralizarlos. ¿Paralizarlos?

Una rápida contracción de los músculos de mi abdomen me probó que me había ilusionado demasiado en mi creencia de haber vencido al miedo. Porque yo podría luchar contra uno de los extraños, pero no contra los dos, si los dos juntos me aguardaban para matarme. El mayor, el jefe, no quería que estuviesen juntos a menos que fuese absolutamente necesario. ¿Y por qué habían de sospechar que para reducirme a mí eran precisas dos mentes superiores? Con una bastaría. Sí, estaría solo el joven, el socio menor, que creería lo más sencillo del mundo eliminarme definitivamente.

Aquella reflexión volvió a vigorizarme y me inundó con una cólera terca y sombría.

XXII

Había un apeadero a poca distancia del remolque de Laurie, pero decidí no bajarme allí, sino en el apeadero siguiente e ir luego a pie por la carretera.

Empecé la caminata. No había tráfico en absoluto. Cuando llevaba andando diez minutos caí en la cuenta de que había calculado mal la velocidad del tren. Me había alejado de aquel trozo de la playa mucho más de lo que hubiera creído. Sin embargo no lamentaba la decisión de no haberme bajado en el primer apeadero. Aquello habría sido anunciar mi llegada de manera demasiado ostentosa. De esta otra forma me quedaba una débil posibilidad de llegar por sorpresa.

Desde el borde de la carretera podía distinguir apenas los letreros iluminados que indicaban los nombres de los diferentes parques de remolques, siendo las letras apenas visibles en medio de la neblina. Aquello no se parecía en nada a la pesadilla, pensé con cierto alivio. En la pesadilla todo había estado muy claro y concreto. Caminaba lentamente, con precaución, sintiendo que el frío me calaba a través de las ropas. Por fin, en un hoyo casi superficial de la playa vi el letrero del grupo donde sabía que estaba el remolque de Laurie.

Me detuve. Tratando de abrir mi mente a cuales quiera impulsos de inspiración, me quedé inmóvil, sin pensar en nada, aguardando y escuchando. Se oía sólo el rítmico bramido del océano batiendo contra la playa. No había ningún murmullo extraño, ninguna vibración de pensamiento. Nada fuera de lo ordinario. Sin embargo, yo sentía el peligro en torno a mí casi como una presencia física. Algún oído insospechado de la mente oía y telegrafiaba su mensaje a los tensos nervios de mi cuerpo. Empecé a temblar. Será el frío, pensé con irritación, apretando los dientes para cortar su castañeteo.

Describiendo un arco, me acerqué hasta situarme a unos cien metros al norte del letrero. Desde allí empecé a bajar hasta llegar a la parte donde los remolques se juntaban como animalillos inmóviles escondidos bajo la niebla protectora. Me abrí camino entre ellos hasta llegar a la faja vacía de la playa al borde mismo del océano. Allí el rugido de las olas era casi ensordecedor y aparecía magnificado en la oscuridad y el silencio de la noche. Confusamente, podía distinguir la blanca espuma al fondo de la cuesta que se deslizaba ante mí. Tuve que luchar contra el pánico paralizador, cerrar mi mente como una tapa de acero contra la invasión de la memoria, contra el terror del sueño cuyos vividos detalles avanzaban exigiendo ser vistos y oídos y sentidos.

Con el cuerpo rígido en la tensión disciplinada, fui por la playa, midiendo la distancia, contando los pasos hasta que comprendí que había recorrido los cien metros y que debía hallarme en línea recta con el remolque de Laurie. Recordaba que estaba medio tapado por una ligera duna, recordaba

también que desde su interior se podía ver la superficie del agua, pero que la duna la tapaba cuando se estaba afuera.

Vi la ventana encendida. Aquella luz no parecía peligrosa en absoluto, sino al contrario, una cálida incitación para entrar.

Durante un minuto entero quizá me acurruqué inmóvil en la fría arena mientras la niebla se iba espesando a mi alrededor. Todos mis sentidos se esforzaban en identificar la amenaza invisible que yacía oculta tras el velo de las tinieblas. Nada. Ni un sonido, ni un asomo de sensación, ni una sola onda vibrante de pensamiento.

Empecé a avanzar milímetro a milímetro. La luz se hacía ahora más próxima, visible como un turbio rectángulo entre las densas porciones de la niebla. Cada paso que daba me llevaba más cerca de aquel rectángulo luminoso. Sentía cómo mi corazón iba latiendo más aprisa y más ruidosamente.

Me paré en el instante en que apliqué la mirada al filo de la ventana. Laurie estaba agazapada en una esquina de la habitación.

Sus ojos verdes estaban abiertos de par en par, mirando fijamente hacia la puerta. En su mano había una pequeña pistola, chata y fea, el cañón apuntando al otro lado de la habitación. No se veía a nadie, y eso me hizo fruncir el ceño con suspicacia. Entonces me di cuenta de que el miedo que irradiaba toda la actitud de su cuerpo estaba dirigido y enfocado sobre algo que se hallaba fuera de la habitación, al otro lado de la puerta. Y entonces supe que la pistola era para mí.

Con grandes precauciones di la vuelta al remolque. No vi ninguna sombra que se agitara. Me detuve delante de la puerta, escuchando. Agarré el picaporte. La puerta no estaba cerrada. Se abrió fácilmente bajo la presión de mi mano. Di un salto atrás y escuché el disparo, ruidoso y sordo. El proyectil golpeó en algo metálico a mi lado y rebotó alejándose en la oscuridad con un silbido. Yo subía ya los escalones y entraba en el remolque.

—¡Tírala, Laurie!

Miré el cañón de la pistola. Se movía de un lado a otro, pero Laurie estaba inmóvil. Se notaba a ojos vistas que las cuerdas de su garganta trabajaban en una tensión extrema y percibí el horror de un grito helado dentro de ella a causa de los músculos que se negaban a funcionar.

—¡Tírala!

La pistola cayó de sus dedos inertes y rebotó en el suelo. Crucé la habitación rápidamente y cogí a Laurie por los hombros.

—¡Laurie! ¡Laurie!

El grito encontró una pequeña salida, pero no brotó como un grito abierto, sino como un delgado gemido de terror. Huyó de mí. Se le abrió el salto de cama y se quedó medio desnuda, con los ojos fijos y muertos por el espanto. Pude ver cómo los estremecimientos recorrían su cuerpo. La cogí por los brazos y la enderecé, manteniéndola muy apretada.

—Estoy aquí, Laurie —dije roncamente—. Soy yo, Paul. He venido.

Ya no hay nada que temer. Estoy aquí.

Hablaba con una confianza que no sentía, pero en la urgencia de mi voz hubo algo que llegó hasta su espíritu. De pronto se desplomó contra mí, se puso a sollozar y a llorar sin consuelo, mojándosele las mejillas de lágrimas. Yo murmuraba frases sin sentido, tratando de tranquilizarla. Poco a poco el terror pareció reducirse dentro de ella, no quedando más que algún que otro escalofrío y un extraño vacío en la mirada.

La conduje hasta el diván y me senté a su lado, cogiéndole las manos. Sus dedos se engarfiaban en los míos involuntariamente como los dedos de un recién nacido.

—¿Puedes decirme qué ha pasado, Laurie? ¿Me oyes? ¿Sabes lo que estoy diciendo? Ya no hay por qué tener miedo. Nadie te hará daño. ¿Comprendes?

Se le agrandaban los ojos y seguía mirando fijamente. Le acaricié las manos.

—¿Cuánto tiempo hace de esto? ¿Cuándo sucedió? ¿Quién lo hizo, Laurie? ¿Quién te obligó a que me llamaras? ¿Quién quería que me matases?

Pero yo sabía que era inútil hacerle preguntas. No podía contestar. En un estado de profunda postración, apenas podía darse cuenta de lo que le preguntaba. Pero yo no necesitaba que me contestase. Yo ya lo sabía.

Y sentí crecer en mí la furia y el odio contra aquellos seres extraños para los cuales los humanos éramos simplemente organismos inferiores que podían ser poseídos y usados, abandonados o destruidos. Al mirar a Laurie, aquella muchacha esbelta y linda y el acariciarle los rojos cabellos, comprendí que lo que sentía por ella no era amor, sino algo igualmente importante, simpatía y compasión. Me sentía ligado con ella en una humanidad común y una cólera propiamente humana.

Odiaba lo que tenía que hacerle.

Recogí la pistolita que se le había caído de los dedos. Por un momento me sentí tentado a abandonar el plan que se había formado en mi mente. Quizá no fuera necesario. Quizá yo mismo pudiese apretar el gatillo antes de que mis dedos se helasen en la parálisis de la obediencia.

No. Había sólo una pequeña oportunidad. Podía no dar resultado, pero yo tenía que arriesgarme. Tenía que tratar de volver la propia arma del ser extraño contra él mismo.

—Laurie —dije suavemente—. Escúchame.

Y entonces me puse a hablarle sin palabras.

XXIII

El desafío llegó. Estaba muy cerca, surgiendo en medio de la niebla y de la oscuridad, fuerte, frío y tranquilo. Me hizo cruzar la habitación. Abrí la puerta de par en par. Al desembocar en la noche, oí que Laurie lanzaba un grito ahogado. Delante de mí se extendía la arena ondulada. Sentía el apretón irremediable del miedo, pero sentía también algo más: el orgullo y el desafío humanos.

En la playa todo estaba oscuro, mojado y frío como en una mina. La espesa niebla me humedecía la cara. Yo estaba allí afrontando las pulsaciones de la mente extraña y despacio, como el telón que se alza en un drama, la niebla empezó a elevarse. De forma caprichosa, se elevó sobre mi cabeza y se mantuvo suspendida sobre la playa, revelando ahora la blanca curva de la arena, le negra hinchazón de las olas, las confusas formas grises de los remolques, pero borrando todavía el contorno de las colinas que se alzaban más allá.

Y la vi: una figura pequeña y esbelta a unos cincuenta pasos de distancia, una figura muy derecha, de inocencia frágil. Pensé con lástima en la joven que ella había sido en tiempos, la muchacha ahora destrozada, el ser humano que se llamó Helen Darrow.

No sentí sorpresa ninguna. ¡Qué fácilmente me habían engañado! Me pregunté si sus padres sabían lo que ella era o si también ellas eran muñecos que interpretaban una perfecta pantomima de la vida humana.

En aquel momento el ser extraño golpeó.

—¡Ahógate! —habló la voz.

—¡No! —grité yo en voz alta—. ¡Esta vez, no!

El extraño dio un nuevo latigazo, sus vibraciones poderosas formando palabras que estaban en mi mente pero que no eran de ella.

—¡Ahógate! ¡Ahógate tú mismo!

Mis pies se hundieron en la arena. Me revolvía contra aquel eco ensordecedor en mis oídos.

—¡Anda! ¡Ahora! ¡Métete en el agua!

La extraña lucha inmóvil continuaba, dos mentes en conflicto en aquella primera lucha por la supremacía, como dos forzudos que prueban su resistencia con los pies bien abiertos y las piernas en tensión.

Me cegaban las lágrimas. La voz del extraño borraba todo pensamiento, borraba el rencor, la cólera y el orgullo. Y un pie se movió. Una débil protesta se formó en palabras familiares para hablármelas a mí mismo, para decírselas al cuerpo robot que siempre había sido el mío y al que siempre había yo mandado. Pero el cuerpo oía ahora otra voz y se mostraba sordo ante aquel grito infantil de protesta.

—¡Anda! ¡Anda! ¡Anda!

Y yo viví el sueño de siempre, la pesadilla que me había traído a esta crisis final, la visión que yo había sabido que habría de ser verdadera.

En vano trataba de resistirme a entrar en el agua. Lentamente, iba siendo conducido hacia el negro olvido que era el mar. Rígidamente mantenía cerrado todo mi aparato mental contra la única esperanza que me quedaba. Andar deshecho y sin fuerzas.

—¡Anda! ¡Ahógate! ¡Ahógate!

El agua se hinchaba y montaba ya sobre mi cabeza. Fracasé. Ahora ya no tenía por qué seguir luchando. No quedaba ninguna esperanza.

Pero de pronto volvió a alentar la débil chispa de la vida. La mente y el cuerpo se rebelaban contra la aniquilación. Luché débilmente, enderezándome, endureciendo mi mente contra el golpe final y aniquilador de la mente extraña.

Pero la voz estaba silenciosa.

No me atrevía a creer en el súbito estallido de esperanzas que revivían. Con los pulmones a punto de estallar, subía a la superficie. Había una esperanza. El plan podía haber resultado.

Pero he aquí que de nuevo vuelvo a oír al extraño hablando en mi mente.

—¡Vuelve a nado!

Y mis brazos y mis piernas empezaron a moverse automáticamente. Yo trataba de comprender el significado de la nueva orden. La voz no había sido silenciada, pero...

—¡Nada, nada!

Confuso, incapaz todavía de gobernar mis miembros, avanzaba débilmente hacia la costa, juguete de las olas, como mi espíritu era juguete de preguntas contradictorias y esperanzas de salvación.

—¡Nada!

Percibí que en el grito del ser extraño había pánico y noté que su llamada era más débil. La fuerza de la alegría animó mis brazos. Con vigor renovado, nadé hasta encaramarme en la cresta de una ola que me dejó arrodillado en la orilla. Agotado, me dejé caer en la arena, boca abajo, con la sensación de que nunca volvería a recobrar mis fuerzas.

—¡Levántate! —La voz del extraño hablaba débilmente—. Ven aquí.

Levanté la cabeza. El ser alojado en el cuerpo de Helen Darrow yacía encogido sobre la arena mojada a unos diez metros de distancia. La cara de la que fue una muchacha serena y seria era ahora grotescamente blanca, como la máscara de un payaso, y sus ojos eran enormes huecos negros en aquella máscara espectral. Se apretaba fuertemente una mano a un costado, y contra el color pálido de su vestido se destacaba una mancha oscura. Mis miradas siguieron recorriendo la playa.

Laurie yacía tendida, boca abajo. Junto a ella algo metálico brillaba sobre la arena. ¡La pistola! El sentimiento de triunfo pareció estallar en mi

mente. ¡Había dado resultado! Mientras el ser extraño luchaba por meterme dentro del agua, Laurie, obediente al impulso que yo había infundido en su mente, había salido de su remolque sin ser vista y...

Pero, ¿qué le había pasado? ¿Qué le había hecho yo?

—¡Ven aquí!

El pensamiento golpeó cruelmente, con una fuerza desesperada. Miré de nuevo la crispada cara del extraño, miré el brazo levantado hacia mí en una dramática repetición de la llamada con la que me pedía que fuera. Y al extremo de aquel brazo ex tendido no había más que un muñón. ¡No había mano!

Luché entonces con todo el poder que todavía permanecía en mí, penetrando por el sentimiento de que ya había casi vencido, expulsando de mi mente el horror que me cercaba, no admitiendo otro pensamiento que el de la simple negativa dominante a la llamada del ser extraño. Sin embargo, la fuerza de aquellas extrañas vibraciones me hizo andar: uno, dos, tres pasos penosísimos. Allí me detuve. El terror que adiviné en aquel ente me dio fuerzas para resistir. Estaba muriéndose, la vida se escapaba de aquel cuerpo mortalmente herido, y la cosa que estaba latiendo dentro, lo que quería era que yo me acercara. Porque me necesitaba a mí, necesitaba mi cuerpo.

La fuerza que me arrastraba se hacía más débil por momentos. Por último, vaciló, dio un último latigazo y se detuvo. Las vibraciones de su pánico me martilleaban sin tener fuerzas ya para arrastrarme.

Me quedé inmóvil y vi cómo moría aquella muchacha. En el último momento de vida lanzó un grito humano. Luego el cuerpo se abarquilló como una hoja.

Las pulsaciones de la mente extraña continuaban. Las sentía ahora como un temblor sin palabras. En la arena, el cuerpo iba perdiendo poco a poco su forma humana, desintegrándose lo mismo que un tronco podrido.

Y entonces vi al ser extraño. Fluía como una saliva de la boca abierta, fluía y empezaba a extenderse, saliendo de la boca que ya no era sino un agujero informe en un rostro que se deshacía. Rígido de horror, vi cómo el cuerpo se disolvía en polvo. Y entre los huesos se deslizaba una cosa de colores resplandecientes, una red de brillantes cadenas de células extendiéndose como los dedos de una araña. Aquella cosa se extendió como una mancha sobre la arena y luego empezó a encogerse, **a** acortar sus dedos, a cerrarse en sí misma, con movimientos cada vez más convulsionados y rígidos. El clamor de la voz extraña se hacía estridente. Un tentáculo se extendió buscando y tropezó con el cuerpo húmedo de un pez muerto en la orilla. Con velocidad cegadora, el tejido membranoso se contrajo sobre el pez y vi cómo aquello se iba hinchando y de pronto hacía explosión, incapaz de contener aquella fuerza odiosa. La piel se me erizó de asco. Era éste un poder con el que yo no habría soñado ni remotamente, una fuerza que había invadido a un cuerpo humano, carcomiendo hasta la última de sus fibras, devorándolo por dentro, pero manteniendo la materia junta hasta que se apagó

la última chispa de vida. Las náuseas me encogían el estómago.

Y todavía no podía moverme mientras el ser extraño volvía a caminar otra vez por la arena mojada, extendiéndose de nuevo, las húmedas membranas apenas visibles, sus delgadas cuerdas de colores cambiantes como un arco iris acercándose más y más a mí. Y un pequeño cangrejo se interpuso en la arena entre nosotros. Temblando y sudando vi cómo la criatura de dura concha se arrastraba hacia su invisible enemigo. Una pata tocó aquel tejido húmedo y el extraño golpeó con súbita violencia, silencioso y terrible, envolviendo, desmenuzando, invadiendo el cuerpo impotente.

Por fin, pude moverme. Mirando salvajemente a mi alrededor vi un trozo de roca medio hundido en la arena. Lo levanté. El cangrejo, poseído ahora, volvió hacia mí sus ojos animales al ver que me acercaba. La pulsación en mi mente era un verdadero estruendo. Con un sollozo de furia dejé caer la roca sobre el cangrejo, la levanté y volví a golpear una vez y otra, enterrando en la arena el cuerpo roto y pulposo. Una partícula pegajosa de protoplasma voló por el aire y se me quedó adherida a la muñeca. Me la quise quitar y se pegó a mis dedos como una cosa viva. Vi el resplandor de unos hilillos diminutos. Aquello se movía.

Actuando sin pensar en nada, rebusqué en mi bolsillo con la mano libre y cogí el pequeño encendedor lanzallamas. Lo destapé y apreté el botón. Un delgado hilillo de fuego azul salió por la boca. Dirigí la llama hacia el sitio de mis dedos donde se agitaba el pegajoso trozo de substancia. En mi mente había el clamor de un violín loco. Apretando los dientes para resistir el dolor de la quemadura, moví los dedos. La cosa ennegrecida se soltó.

Luego me agaché para dirigir la llama sobre los restos del cangrejo donde el ser extraño se arrastraba aún. Mantuve abierta la llama hasta que me vi sorprendido por el silencio. Las pulsaciones habían desaparecido. Me quedé mirando el cuerpo contraído de aquel ser.

Al principio mi mente sólo pudo registrar una incredulidad asombrada. Lo que veía me resultaba tan familiar, que no podía comprender su significado. Pensé que debía de estar realmente loco. Brillando sobre la arena húmeda, había un montoncito de superficies pulimentadas dispuestas en la forma ordinaria del cristal de roca. Obedeciendo a un impulso instintivo, dirigí el chorro de fuego sobre los cristales. Ennegrecieron lentamente. Al principio pareció darse un encogimiento infinitesimal, luego únicamente una sombría decoloración. Cuando me incorporé por fin y apagué el encendedor, comprendí que aquella mente extraña estaba silenciada para siempre.

Y entonces me acordé con horror de los bellísimos cristales traídos de Marte que estaban en las vitrinas del despacho del doctor Temple. Y con un escalofrío me acordé de la costumbre que tenía el científico de tocar los cristales desconocidos, con la lengua.

Me agaché y cogí el cristal ennegrecido. Una inerte cristalización, un muerto pedazo de roca. Materia helada. Me la llevé. Me parecía justo que los dos seres extraños volvieran a encontrarse una vez más: el que había muerto y



el que vivía.

XXIV

En el edificio de los científicos todos los despachos estaban a oscuras. Los corredores relucían con una brillantez acristalada y desnuda. Probé a entrar por la puerta principal. Estaba cerrada. Iba a volverme cuando, de pronto, se me ocurrió una idea extrañísima: El ser extraño no había sido vencido por un ser humano ordinario, sino por una mente extraña también. Aquello explicaba el aislamiento enorme en que siempre había yo vivido. Pues bien, ahora lo comprobaría.

Me quedé mirando fijamente a la cerradura. Concentrándome exclusivamente en aquello, traté de ver el mecanismo desnudo. Pensé en una llave que gira, en unos muelles que se curvan, en un pestillo que se encoge. Me corría el sudor por la frente. Concentré toda mi fuerza mental en la resistente lengüecilla metálica. Y ésta cedió.

Entré y me detuvo exhausto. El dolor de la quemadura resultaba ahora insufrible.

Llegué por fin al despacho. Esperaría allí. Las primeras luces del alba pintaban ya finas rayas en el horizonte. En el centro de la mesa, encima de una hoja de papel, coloqué el cristal negro que me había llevado en el bolsillo. En la penumbra de la habitación parecía brillar con un fulgor lúgubre. Me acordé de cómo era aquella cosa en su estado activo. Pensé en los virus de la Tierra que en su estado inanimado tenían todas las propiedades de cristales de roca ordinario, respondían a los experimentos químicos de una manera predecible... hasta que tocaban al organismo viviente sobre el que se alimentaban y medraban, convirtiéndose entonces ellos mismos en parásitos vivos, que respiraban y crecían. Pensé en un planeta muerto moteado de bellos cristales de colores...

Lentamente, el edificio iba renaciendo a la vida. La luz gris de la mañana entraba ya en la oficina. Se oían voces por el corredor y ruidos de pasos y movimientos al otro lado de las paredes. Me pareció que transcurrían horas antes de que unas pisadas firmes se acercaran a la puerta de la oficina e hicieran alto allí. Me sentía demasiado cansado para moverme. Una llave giró en la cerradura.

El doctor Temple no había dado más de dos pasos en la habitación cuando advirtió mi presencia. Se detuvo a mitad de camino. Yo cerré de un portazo y me coloqué detrás de él. Se volvió lentamente. Me maravillé por la férrea disciplina con que evitó toda muestra de sorpresa o desconcierto. Su rostro era completamente inexpresivo, sus ojos parecían pedazos de pizarra azul. Estaban clavados en el cañón de la pistola que yo mantenía a pocas pulgadas de su cabeza.

—No tendrá usted tiempo para pararme, doctor —dije blandamente.

Sólo sus ojos se movieron, pasando cuidadosamente de la pistola a mi rostro.

—¿Qué significa esto?

—No parece usted sorprenderse mucho al verme.

—Soy ya demasiado viejo para sorpresas.

—¿Qué edad tiene usted, doctor? Quiero decir en años humanos, claro.

Frunció el ceño y me miró inquisitivamente. Miró luego por la habitación.

—Ella no está aquí —dije.

—No sé a quién se refiere.

—Quiero decir que está muerta. La he matado.

—¿Ha matado a alguien?

—No a una persona, sino a la cosa que está viendo usted encima de la mesa.

Miró el cristal negro y no demostró nada. Una vez más me sentí impresionado por el enorme dominio que manifestaba de sí mismo. Pero quizá no tenía emociones, pensé. Quizá no sentía nada en absoluto: ni amor ni odio ni excitación ni miedo. Podía analizar todas esas emociones fríamente pero no las entendería. Aquel pensamiento me excitó. Esa era una debilidad en la mente extraña.

—¿Se puede saber por qué quiere usted matarme?

—Porque usted es uno de ellos. Usted es el jefe. Debí haberlo sospechado antes. Pero no lo comprendí hasta ver el cristal. Me imagino que usted fue el primero que entró en actividad. El verdadero doctor Temple recibió los cristales para su análisis. Probablemente fue el primero que los tocó con las manos desnudas... o con la lengua.

—Tiene usted una gran imaginación, señor Cameron.

—Después todo lo que tuvo usted que hacer fue buscarse a una estudiante para el segundo cristal.

—Voy a llamar a un médico que venga a recogerle, señor Cameron.

Por primera vez sentí un asomo de duda. Su reacción no era la que yo había esperado. Pero tenía que ser él el otro ser extraño. No podía ser nadie más.

Dio un paso y le grité:

—¡No se mueva! ¡Si da un paso más, lo mataré!

No diga usted tonterías, señor Cameron. Matarme no le servirá de nada. Puedo ayudarle en mucho. Soy testigo de que está usted enfermo, gravemente enfermo. Podré certificarlo. Eso le servirá para que la justicia lo tenga en cuenta.

—Seguro. Pero no va usted a certificar nada. Pienso matarlo como maté al otro.

—Insiste usted en decir que mató a uno de esos seres de su fantasía. Pero, ¿cómo lo consiguió? ¿No decía que esos seres podían controlarle la

mente? Entonces, bien pudo detenerle a usted.

—Y me detuvo, doctor, pero ya yo había contado con aquello. Tomé mis precauciones. Había alguien más conmigo. Una muchacha. La aleccioné y ella disparó.

—Es ingenioso —dijo—. Pero me sorprende que una bala pueda destruir a criaturas tan poderosas como usted las pinta.

—¿Eso cree usted doctor? ¿Se está preguntando qué le hará una bala metida en el cuerpo? Pues ya lo verá. Aunque no creo que quede mucho de ese cuerpo, ¿verdad?

—Debería usted escribir novelas, señor Cameron. Todo esto es muy interesante, pero como se da el caso de que no soy uno de sus seres extraños, ¿quiere usted hacer el favor de apartarme esa pistola del cuello? No es una sensación agradable.

Vacilé. La verdad era que no se había equivocado ni una sola vez. Si no era el ser extraño, yo destruiría a uno de los hombres más valiosos del mundo, a una mente irremplazable. Pero sólo había una manera de averiguarlo. Tenía que hacerle obrar.

—Lo siento, doctor —dije—. He esperado demasiado tiempo. Tengo que matarle.

—No podrá escapar; se oirá el disparo.

—No me importa.

Mi dedo empezó a apretar el gatillo. Me temblaba la mano y tenía la boca seca.

—¡Deténgase!

La fuerza de su mente era algo aplastante y terrible, algo como yo no había experimentado en mi vida. Mi mano derecha parecía un pedazo de madera petrificada, incapaz de la presión mínima que habría podido enviar una bala al cerebro del ser extraño.

—Me ha obligado usted a hacer esto —dijo ásperamente—. Es usted un estúpido.

Hice un esfuerzo para mover los músculos de mi garganta.

—No creerá que he venido solo, ¿verdad?

—Ese es un truco muy viejo, señor Cameron. Estoy en posesión completa de la memoria del doctor Temple y por tanto no puede ser engañado por sus tretas infantiles. Sé que nadie sospecha de mí. Ha sido usted un loco al venir solo. Podría haber ganado.

Era preciso que me creyera. Era preciso que yo rompiese por un instante la presión insoportable de aquella fuerza que paralizaba mi mano. Y entonces me di cuenta de que podía mover la mano quemada. Disimule el primer brinco de excitación.

Él no creería que yo tenía un aliado a menos que pudiese leer en mi mente. Si percibía el salvaje impulso de mi alegría y de mi excitación, él lo creería.

Y de pronto miré más allá de él. Mis ojos brillaron de delicia y una

sonrisa subió a mis labios. En aquel mismo instante moví la mano quemada y el dolor corrió por todo mi cuerpo e hizo explosión en mi cerebro. Y el ser extraño se volvió con una prisa frenética.

Por una milésima de segundo me sentí libre de la presión de su mente. Mi dedo apretó el gatillo y la pistola escupió. Un negro agujero se abrió en el cráneo que tenía frente a mí.

Cuando cayó, ya me estaba yo guardando la pistola en el bolsillo y buscando el encendedor.

El rostro empezaba a descomponerse, todo se iba convirtiendo en polvo y en ceniza, polvo y ceniza entre los que se movía el tejido membranoso y brillante. El chorro de la llama inmovilizó a la criatura que fue convirtiéndose en un cristal negro sobre el que seguí pasando la llama.

En el pasillo sonaban ya voces.

—¡Abran, abran! ¿Está ahí el doctor Temple? Parece que se está quemando algo.

Cuando forzaron la puerta me vieron apagando heroicamente el fuego que no se sabía cómo se había iniciado en la papelera. En la mano izquierda me había producido una fea quemadura, el intentar apagarlo. Del hombre que había sido el doctor Jonas Temple sólo quedaba un montoncito de cenizas y un trozo de cristal que guardé en el bolsillo junto con el que recogí de la mesa.

XXV

El sol de la mañana había ahuyentado la neblina del amanecer. Por la carretera caminaba yo lentamente hacia la estación del elevador en el que iría a mi remolque. Detrás de mí quedaba la pesadilla nocturna, la hora de suspicaces interrogatorios acerca de la cuestión de aquel extraño conato de incendio. Alguien había recordado mi visita al doctor Temple el sábado anterior, por lo que mi aparición esta mañana había parecido plausible. Habría más preguntas, de eso estaba seguro, cuando el doctor Temple no apareciera. No me importaba. Habría preguntas, pero no habría respuestas.

Las dos pequeñas concreciones de cristal me pesaban en el bolsillo. Me detuve y las saqué, sopesándolas en la mano como si fueran dos bolitas de los chiquillos. Sentí el impulso de arrojarlas al polvo en la cuneta de la carretera. En lugar de eso volví a guardármelas en el bolsillo.

Recuerdos, pensé. Uno necesitaba recordar.

Alcé la mirada. Una figura alta y esbelta estaba erguida al borde del camino, su cabello rubio rehaciéndole al sol. Empezó a correr hacia mí. Yo no podía moverme. Sentía una alegría que no había conocido nunca, una extraña excitación susurrante.

Y de repente comprendí lo que subconscientemente debía haber adivinado desde el principio mismo, supe la increíble verdad, la que iba a terminar con la soledad, la extrañeza y la frialdad de mi vida. Porque allí había algo más de la belleza atrayente de una mujer, por lo demás tan maravillosamente cálida y humana. Y aquella era la razón de la tímida retirada, de la temblorosa ansiedad, del íntimo conocimiento. Aquello explicaba el que se hubiese arrepentido y se alejara ahora confusa.

—¡Erika!

El grito la detuvo. Se paró, clavada en el sitio, sin respiración. Sentí el palpitar de aquel miedo dulcísimo que me tenía, sentí el borbotón de gozo que brotaba de pronto en su mente.

¡Su mente!

Caí entonces en la cuenta de que mí llamada no la había hecho en voz alta.

PROTECCIÓN
Robert Sheckley

La semana próxima habrá un desastre aéreo en Borneo, pero no tiene por qué afectarme a mí, aquí en nueva York. Y los fegs no pueden hacerme daño, desde luego.

No si mantengo cerradas las puertas de mi armario. No, el gran problema es la lesnerización. No debo lesnerizar. No debo hacerlo de ninguna manera. Y como es de imaginar, esto me preocupa no poco.

Y, para colmo de males, creo que estoy cogiendo un catarro bastante serio.

Todo empezó la noche del siete de noviembre. Yo iba Broadway abajo camino de la Cafetería Baker. Iba sonriendo porque acababa de pasar un duro examen físico. Llevaba en el bolsillo, tintineando suavemente, cinco monedas, tres llaves y una caja de cerillas.

Para completar la imagen, permítanme que añada que soplaba viento del nordeste, a siete kilómetros por hora, que Venus estaba en su curso ascendente y que la Luna era claramente menguante. Pueden deducir lo que les parezca de todo esto.

Llegué a la esquina de la calle 98 y me dispuse a cruzar. Cuando dejaba la acera, alguien me gritó:

—¡El camión! ¡Cuidado con el camión!

Di un salto atrás, mirando ansiosamente a mi alrededor. No había nadie a la vista.

Entonces, un segundo más tarde, apareció un camión por la esquina a toda velocidad y pasó con luz roja retumbando Broadway arriba. Sin el aviso, me habría aplastado.

Han oído ustedes a menudo historias como ésta, ¿verdad? Les habrán hablado de la extraña voz que avisó a la tía Minnie para que no cogiese el ascensor, precisamente el día en que el ascensor cayó desde la séptima planta. O que avisó al tío Joe de que no embarcase en el Titanio. La historia suele concluir ahí.

Ojalá la mía terminara ahí.

—Gracias, amigo —dije, y miré a mi alrededor. Seguía sin haber nadie.

—¿Aún puedes oírme? —preguntó la voz.

—Desde luego que sí. —Di una vuelta completa y miré recelosamente las ventanas cerradas de un apartamento que quedaba sobre mí—. ¿Pero dónde demonios estás?

—Gronish —contestó la voz—. ¿Es ése el referente? índice de refracción. Criatura de insustancialidad. La Sombra lo sabe. ¿Comprendes?

—¿Eres invisible? —aventuré.

—¡Eso es!

—Pero, ¿qué eres tu?

—Un derg validusiano.

—¿Un qué?

—Yo soy... abre un poco más la laringe, por favor. Déjame ver ahora. Soy el Espíritu de las Ultimas Navidades. La Criatura de la Laguna Negra. La Esposa de Frankenstein. El...

—Un momento —dije—. ¿Intentas decirme... que eres un espectro o una criatura de otro planeta?

—Es lo mismo —contestó el derg—. Evidentemente.

Esto lo aclaraba todo. Cualquier idiota podía darse cuenta de que la voz pertenecía a alguien de otro planeta. Era invisible en la Tierra, pero sus sentidos superiores habían percibido un peligro próximo y me habían avisado.

Era tan sólo un incidente supranormal cotidiano y sencillo.

Empecé a caminar apresuradamente Broadway abajo.

—¿Qué te pasa? —preguntó el derg invisible.

—Nada, nada —contesté—. Sólo que al parecer estoy en medio de la calle hablando con un alienígena invisible procedente de los más alejados confines del espacio exterior.

Supongo que sólo yo puedo oírte...

—Sí, naturalmente.

—¡Estupendo! ¿Tú sabes a qué puede llevarme todo este asunto?

—La idea que estás subvocalizando no es del todo clara.

—A un manicomio. A una casa de locos. Al psiquiátrico. Allí es donde meten a la gente que habla con alienígenas invisibles. Gracias por el aviso, amigo. Buenas noches.

Sintiéndome un poco mareado, giré hacia el este, esperando que mi invisible amigo continuase Broadway abajo.

—¿No quieres hablar conmigo? —preguntó el derg. Moví la cabeza negativamente, gesto inofensivo por el que nadie puede señalarte, y seguí caminando.

—Pero debes hacerlo —protestó el derg, con tono desesperado—. Un auténtico contacto subvocálico es algo muy raro y asombrosamente difícil. A veces puedo transmitir un aviso, inmediatamente antes del momento de peligro, pero luego se rompe la conexión.

Así que aquélla era la explicación de la premonición de la tía Minnie. Pero aún me esperaba mucho más.

—¡Quizás no vuelvan a darse estas condiciones en un centenar de años! —dijo quejumbrosamente el derg.

¿Qué condiciones? ¿Cinco monedas y tres llaves repiqueteando en el bolsillo con Venus en su curso ascendente? Supongo que es algo que merece una investigación...

pero no por mi parte. Estas cosas supranormales nunca pueden llegar a probarse. Ya hay bastante gente tejiendo fundas para camisas de fuerza sin que pase yo a engrosar sus filas.

—Déjame en paz —dije. Un policía me dirigió una mirada curiosa. Yo sonreí puerilmente y aceleré el paso.

—Me doy cuenta de tu situación social —dijo el derg con urgencia—, pero este contacto puede resultar muy beneficioso para ambos. Quiero protegerte de la infinidad de peligros de la existencia humana.

No le contesté.

—Bueno —dijo el derg—. No puedo obligarte. No tengo más salida que ir a ofrecer mis servicios a otra parte. Adiós, amigo.

Yo asentí complacido.

—Una última cosa —dijo—. Mantente alejado del metro mañana entre las doce y la una y cuarto. Adiós.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Habrá un accidente en Columbus Circle, morirá un individuo al que la multitud empujará fuera del andén. Puedes ser tú si estás allí. Adiós.

—¿Morirá una persona allí mañana? —pregunté— ¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—¿Saldrá en los periódicos?

—Eso creo.

—¿Y tú sabes todo tipo de cosas como ésta?

—Puedo percibir todos los peligros que irradian hacia ti y que se extienden en el tiempo. Mi único deseo es protegerte de ellos.

Yo me había parado. Dos chicas se reían de mí al verme hablar solo. Reemprendí la marcha.

—Oye —susurré—, ¿puedes esperar hasta mañana por la noche?

—¿Me dejarás ser tu protector? —preguntó ansiosamente el derg.

—Te lo diré mañana —dije—. Después de leer los periódicos de la tarde.

Allí estaba la noticia, no había duda. La leí en mi habitación amueblada de la calle 113.

Un hombre, empujado por la multitud, había perdido el equilibrio y había caído del andén en el momento en que un tren entraba en la estación. Esto me dio mucho que pensar mientras esperaba que apareciese mi protector invisible.

No sabía qué hacer. Su deseo de protegerme me parecía bastante sincero. Pero no sabía si deseaba realmente que me protegiese. Cuando, una hora más tarde, el der. contactó conmigo, la idea me gustó aun menos, y así se lo dije.

—¿No confías en mí? —preguntó.

—Yo sólo quiero llevar una vida normal.

—Si puedes llevar alguna —me recordó—. Aquel camión de anoche...

—Fue una casualidad. Un azar que se produce una vez en la vida.

—Sólo se muere una vez en la vida —digo el derg solemnemente—. Recuerda también lo del metro.

—Eso no cuenta. No tenía pensado coger el metro hoy.

—Pero no tenías ninguna razón para no cogerlo. Eso es lo importante. Lo mismo que no hay ninguna razón para que no tomes una ducha en la

próxima hora.

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

—Una tal señorita Flynn —dijo el derg—, que vive abajo, acaba de terminar de ducharse y se ha dejado una pastilla de jabón de color rosa olvidada sobre el mosaico rojo del baño de esta planta. Podrías muy bien resbalar en ella y dislocarte una muñeca.

—Nada mortal, ¿verdad?

—No. Algo bastante distinto; por ejemplo, una pesada maceta que cae desde la azotea empujada por cierto caballero viejo y temblón.

—¿Cuándo va a suceder eso? —pregunté.

—Creí que no te interesaba.

—Me interesa mucho. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—¿Me dejarás que continúe protegiéndote? —preguntó.

—Dime sólo una cosa —dije—. ¿Qué ganas tú con ello?

—¡Satisfacción!—dijo—. Para un derg validusiano la mayor satisfacción posible es ayudar a otra criatura a evitar un peligro.

—¿Pero no buscas nada más? ¿Alguna nadería como mi alma o gobernar la Tierra?

—¡Nada! Aceptar algo a cambio de la protección destruiría la experiencia emocional. Lo único que persigo en la vida, lo que desea cualquier derg, es proteger a alguien de los peligros que no puede ver, pero que nosotros podemos ver perfectamente. —El derg hizo una pausa. Luego añadió suavemente—: Ni siquiera esperamos gratitud.

Bien, esto fue la puntilla. ¿Cómo podía yo sospechar las consecuencias? ¿Cómo podía yo saber que su ayuda me conduciría a una situación en la que debía procurar por todos los medios no lesnerizar?

—¿Qué me dices de esa maceta? —pregunté.

—Caerá en la esquina de la calle diez y el bulevar McAdams mañana por la mañana a las ocho y media.

—¿Calle diez esquina McAdams? ¿Dónde está eso?

—En Jersey City —contestó él rápidamente.

—¡Pero no he estado en toda mi vida en Jersey City! ¿Por qué me avisas de eso?

—Yo no sé dónde vas a estar tú —dijo el derg—. Yo sólo percibo los peligros que acechan estés tú donde estés.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Lo que quieras —me dijo. —Sigue llevando tu vida normal. Vida normal. ¡Ja!

Enseguida empezó todo. Yo iba a clases a la Columbia, hacía mis trabajos en casa, iba al cine, veía a mis amistades, jugaba al ping-pong y al ajedrez, todo como antes. En nada se notaba que me encontrase bajo la protección directa de un derg validusiano.

Una o dos veces al día, el derg acudía a mí. Me decía, por ejemplo:

—Rejilla suelta en West End Avenue, entre las calles 66 y 67. No

caminar por allí.

Y, por supuesto, yo no lo hacía. Pero algún otro lo haría. Veía a menudo la noticia del accidente en los periódicos.

Cuando empecé a acostumbrarme, me proporcionaba cierta sensación de seguridad.

Había un alienígena por allí alrededor las veinticuatro horas del día consagrado únicamente a protegerme. ¡Un guardaespaldas supranormal! La idea me daba una gran confianza.

Mi vida social, durante este período, no podría haber ido mejor.

Pero el derg pronto extremó su celo en mi protección. Comenzó a descubrir más y más peligros, la mayoría de los cuales no tenían ninguna relación con mi vida en Nueva York.

Eran cosas que sucedían en Ciudad de Méjico, Toronto, Omaha, Papeete.

Finalmente le pregunté si se proponía informarme de todo peligro potencial que hubiese en la Tierra.

—Esos son los pocos, los poquísimos casos que podrían afectarte —me explicó.

—¿En Ciudad de Méjico? ¿En Papeete? ¿Por qué no te limitas a la localidad? Nueva York ya es bastante grande, ¿no te parece?

—El espacio no significa nada para mí —contestó tercamente el derg —. Mis percepciones son temporales, no espaciales. ¡Debo protegerte de todo!

Resultaba conmovedor, en cierto modo, y yo nada podía hacer al respecto. Simplemente tenía que desechar de sus informes los diversos peligros que me acechaban en Poboken, Tailandia, Kansas City, Angkor Var (el derrumbe de una estatua), París y Sarasota. Luego venían las noticias locales. Tampoco solían afectarme, pues la mayoría de los peligros me acechaban en Queen, el Bronx, State Island y Brooklyn, y me concentraba en Manhattan. Sin embargo, a menudo merecía la pena tomar en consideración estos últimos. El derg me salvó de unas cuantas experiencias bastante desagradable: un robo a mano armada en el Cathedral Parkway, por ejemplo, un incendio...

Pero él seguía acelerando el ritmo. Había empezado con un informe o dos al día. Al cabo de un mes, me pasaba cinco o seis informes diarios. Y al final sus advertencias, locales, nacionales e internacionales, fluían en una corriente continua.

Yo estaba enfrentando demasiados peligros, peligros que superaban con mucho toda probabilidad razonable.

Un día normal:

«Comida en malas condiciones en la cafetería Baker. No cenar allí esta noche.»

«El autobús trescientos doce tiene malos frenos. No subir en él.»

«En la sastrería Meyen hay un pequeño escape de gas. Puede

producirse una explosión. Es preferible acudir a otra sastrería.»

«Perro con rabia entre Riverside Drive y Central Park West. Coger un taxi.»

Pronto pasé a estar constantemente no haciendo cosas y evitando lugares. Era como si el peligro estuviese acechándome detrás de cada farola, esperando por mí.

Yo sospechaba que el derg exageraba la nota. No cabía otra explicación. Después de todo, yo había vivido antes de conocerle sin ayuda supranormal de ningún género, y me las había arreglado muy bien. ¿Por qué aumentaban ahora los riesgos?

Se lo pregunté una noche.

—Todos mis informes son auténticos —dijo, evidentemente un poco ofendido—. Si no me crees, intenta encender la luz mañana en tu clase de psicología.

—¿Por qué?

—Hay un cable defectuoso.

—No dudo de tus avisos —le aseguré—. Pero antes de aparecer tú la vida no era tan peligrosa.

—Claro que no. Probablemente tú no sepas que si aceptas protección debes aceptar también los inconvenientes que trae consigo la protección.

—¿Qué clase de inconvenientes? El derg vaciló.

—La protección engendra la necesidad de más protección. Eso es una constante universal.

—Repite eso —dije desconcertado.

—Antes de que me conocieses, eras como cualquier otro y corrías los riesgos propios de tu situación. Pero al aparecer yo, cambió inmediatamente tu medio, y también tu posición en él.

—¿Cambió? ¿Por qué?

—Porque yo estoy incluido en él. Ahora, en cierta medida, tú participas de mi medio, lo mismo que yo participo del tuyo; y, claro está, ya se sabe que el evitar un peligro abre camino a otro.

—¿Intentas decirme —pregunté, muy lentamente— que mis riesgos han aumentado, debido a tu ayuda?

—Era inevitable —respondió él lanzando un suspiro.

Habría estrangulado con gran satisfacción al derg en aquel momento, si no hubiese sido invisible e impalpable. Tenía la desagradable sensación de que me habían engañado, de que me habían gastado una broma extraterrestre.

—Muy bien —dije, controlándome—. Gracias por todo. Ya nos veremos en Marte, o dondequiera que andes.

—¿No quieres ya más protección?

—Tú lo has dicho. No cierres de golpe al salir.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —El derg parecía realmente desconcertado —. Han aumentado los riesgos en tu vida, es cierto, pero ¿qué más da? Es una gloria y un honor enfrentar el peligro y salir victorioso. Cuanto mayor sea el

peligro, mayor es la satisfacción de poder eludirlo.

Por primera vez me di cuenta de lo ajeno que era aquel alienígena.

—No para mí —dije—. Ni mucho menos.

—Tus riesgos han aumentado —admitió el derg—, pero mi capacidad de detección es sobradamente amplia para resolver ese problema. Yo estoy encantado de poder resolverlo. Así que ello representa una ganancia neta en protección para ti.

—Sé lo que sucede luego —dije moviendo la cabeza—. Mis riesgos seguirán aumentando, ¿no es así?

—En absoluto. En lo que se refiere a accidentes, has llegado a un límite cuantitativo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no habrá ya incremento en el número de accidentes que debas evitar.

—Magnífico. Ahora, ¿quieres hacer el favor de largarte?

—Pero acabo de explicarte...

—Sí, ya lo sé. No habrá incremento. Será más o menos lo mismo. Pero si me dejas solo, volverá a existir mi medio original, ¿no es así? Y con él, mis riesgos originales...

—Puede —asintió el derg—. Si sobrevives.

—Correré el riesgo.

El derg guardó silencio un rato.

—No puedes permitirte echarme —dijo finalmente—. Mañana...

—No me lo digas. Evitaré los accidentes yo solo.

—No pensaba en accidentes.

—¿Entonces en qué?

—Es que no sé muy bien cómo decírtelo —parecía turbado—. Te dije que no habría más cambios cuantitativos. Pero no te mencioné los cambios cualitativos...

—¿De qué hablas? —le grité.

—Intento decirte —explicó el derg— que hay un gamper persiguiéndote.

—¿Un qué? ¿Qué clase de truco es éste?

—Un gamper es una criatura de mí medio. Supongo que se sintió atraído por tu creciente capacidad por evitar riesgos, debida a mi protección.

—Que se vaya al diablo el gamper; y vete al diablo tú también.

—Si viene, intenta rechazarle con muérdago. El acero suele ser eficaz, ligado con el cobre. También...

Me eché en la cama y enterré la cabeza bajo la almohada. El derg entendió la indirecta.

Al cabo de un momento pude darme cuenta de que se había ido.

¡Había sido un imbécil! Nosotros los habitantes de la Tierra tenemos un vicio común: coger todo lo que se nos ofrece, necesitémoslo o no.

Y uno puede meterse en muchos líos de ese modo.

Pero el derg se había ido y con él el peor de mis problemas. Me sentiría tenso un tiempo, mientras las cosas se asentaran, pero al cabo de unas cuantas semanas, quizás podría...

Creí percibir un ronroneo en el aire.

Me incorporé en la cama. Un rincón de la habitación estaba extrañamente oscuro, y pude percibir una brisa fresca en la cara. El ronroneo se hizo más sonoro... No era ya un ronroneo, sino una brisa, sorda y monótona.

Nadie tenía que explicarme nada.

—¡Derg! —grité—. ¡Sácame de esto! Allí estaba él.

—¡Muérdago! Muévelo delante del gamper.

—¿De dónde demonios voy a sacar yo ahora muérdago?

—¡Entonces acero y cobre!

Me abalancé hacia la mesa, cogí un pisapapeles de cobre y busqué afanosamente un objeto de acero al que unirlo. El pisapapeles voló de mi mano. Pude cogerlo antes de que cayera al suelo. Entonces vi mi pluma estilográfica y uní la punta con el pisapapeles.

La oscuridad se desvaneció. Y también la brisa.

Supongo que me desmayé.

Una hora más tarde, el derg me decía triunfalmente:

—¿Lo ves? Necesitas mi protección.

—Supongo que sí —contesté hoscamente.

—Necesitarás algunas cosas —dijo el derg—. Acónico, amarinta, ajo, barro de cementerio...

—Pero el gamper se ha ido.

—Sí. Pero quedan los grailers. Y necesitas protección contra los leeps, los feegs y el melgericer.

Así que escribí una lista de hierbas, perfumes y específicos. No me molesté en preguntarle sobre este lazo entre lo sobrenatural y lo supranormal. Ya lo entendía todo plena y completamente.

¿Espectros y espíritus? ¿O extra terrestres? El dijo que eran lo mismo, y me di cuenta de lo que había querido decir. Nos dejan en paz, generalmente, pues estamos a distintos niveles de percepción, de existencia incluso. Hasta que un humano es lo suficientemente idiota como para atraer su atención.

Ahora yo estaba en su juego. Unos querían matarme, otros protegerme, pero a ninguno le importaba yo, ni siquiera al derg. Lo único que les interesaba era mi valor en el juego, si es que se trataba de eso.

Y nadie más que yo tenía la culpa de la situación. Al principio, yo tenía a mi disposición la sabiduría acumulada por la raza humana, ese tremendo odio racial a brujas y espectros, el miedo irracional a la vida alienígena. Pues mi aventura se había desarrollado miles de veces y la historia se repetía una y otra vez. Era la historia de los hombres que se dedicaban a jugar con artes extrañas y a convocar espíritus. Al hacerlo, atraían sobre sí la atención y los resultados no se hacían esperar.

Así que yo estaba ligado inseparablemente al derg y el derg a mí. Bueno, hasta ayer.

Ahora vuelvo a estar solo.

Todo había ido pasablemente durante unas cuantas semanas. Había conseguido alejar a los feegs por el simple procedimiento de mantener cerradas las puertas de mi armario.

Los leeps eran más amenazadores, pero el ojo de un sapo parecía contenerlos. Y el melgericer sólo era peligroso con luna llena.

—Estás en peligro —dijo ayer el derg.

—¿Otra vez? —pregunté, bostezando.

—Quien nos persigue ahora es el thrang.

—¿Nos?

—Sí, tanto a ti como a mí, pues hasta un derg debe correr peligro y correr riesgos.

—¿Es especialmente peligroso ese thrang?

—Es muy peligroso.

—Bueno, ¿qué he de hacer? ¿Piel de serpiente sobre la puerta? ¿Un pentágono?

—Nada de eso —dijo el derg—. Hay que tratar al thrang negativamente, evitando ciertas acciones.

Tenía que someterme ya por entonces a tantas restricciones que no me importaba gran cosa una más.

—¿Qué he de hacer?

—No debes lesnerizar —dijo el derg.

—¿Lesnerizar? —fruncí el ceño—. ¿Qué es eso?

—Tienes que saberlo. Es una acción humana simple y rutinaria.

—Quizás la conozca con un nombre distinto. Explica.

—Muy bien. Lesnerizar es... —se detuvo bruscamente.

—¿Qué?

—¡Aquí está! ¡El thrang!

Me arrimé a la pared. Creí percibir un suave estremecimiento en el aire, pero podría ser tan solo fruto de mi excitación nerviosa.

—¡Derg! —grité—. ¿Dónde estás? ¿Qué debo hacer? Oí un chillido y el rumor inconfundible de unas mandíbulas mascando.

—¡Me ha cogido! —gritó el derg.

—¿Qué debo hacer? —grité yo.

Oí un rumor espantoso de dientes rechinando. Muy débil, oí la voz del derg:

—¡No lesnerizar! —decía. Y luego se hizo el silencio.

Así que aquí estoy ahora, sentado, muy tenso. Habrá un desastre aéreo en Borneo la próxima semana, pero no me afectará a mí que estoy aquí en Nueva York. Y desde luego los feegs no pueden hacerme ningún daño. No si mantengo cerradas las puertas de mi armario.

El problema es lesnerizar. No debo lesnerizar. En absoluto. Si puedo

conseguir no lesnerizar, todo pasará y la caza se trasladará a otro sitio. ¡Así ha de ser! Lo único que tengo que hacer es esperar a que se vayan.

El problema es que no tengo la menor idea de lo que pueda ser lesnerizar. El derg dijo que era un acto humano muy común. Bien, de momento, voy evitando cuantas acciones puedo.

Caí dormido hace un rato y no pasó nada. Así que eso no es lesnerizar. Salí y compré comida. La pagué, la cociné, la comí. Eso no era lesnerizar. Escribí este relato. Eso no era lesnerizar.

Conseguiré salir de esto.

Voy a echar una siesta. Creo que estoy cogiendo un catarro. Ahora tendré que estornudar...